LA HISTORIA QUE SE PIENSA

Conferencias, clases y conversaciones en Chile

Josep Fontana

Edición e introducción de Pablo Aravena Núñez

Colección Historia Vital
EDICIONES ESCAPARATE

"Lamento con frecuencia no tener el temperamento –y el talento– de Josep Fontana cuando denuncia tales errores en el seno de tales escuelas históricas. El tono de sus malos humores me recuerda con frecuencia el de Febvre y el de Marx".

Pierre Vilar

Agradecimientos

La estadía académica de Josep Fontana en Chile, realizada durante los días 21 al 25 de octubre del 2008, fue organizada y auspiciada por la Carrera de Historia y Geografía de la Escuela de Educación de la Universidad de Viña del Mar y el Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso. Contó con el patrocinio de la Carrera de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad Arcis, el Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna y la Biblioteca Nacional. Vayan nuestros agradecimientos a todas las autoridades y académicos involucrados: Miguel Díaz (UVM), Leonardo Jeffs (UV), Alexis Meza y Pedro Rosas (Arcis), Sergio Grez (MNBV) y Claudio Aguilera (BN).

INTRODUCCIÓN

Muchos de los que ingresábamos a estudiar historia en las universidades chilenas a inicio de los noventa, llevábamos un ánimo de verdad, memoria, justicia y democracia, alimentado de lo experimentado –de diversas maneras– durante toda la década anterior. Una gran parte de las vacantes de las universidades eran ocupadas por jóvenes de clase media provenientes de familias no adherentes, o derechamente opuestas, al régimen de Pinochet –cuando no con alguno de sus integrantes torturados o desaparecidos. No sólo no nos incomodaba en absoluto la, para nosotros, evidente naturaleza política de la historia, sino que considerábamos más necesario que nunca apostar por ella. Claro que en el único (y elemental) sentido en que lo entendíamos por ese entonces. Para muchos la historia era "crítica" –valía decir de izquierda– tan sólo por restituir hechos y acontecimientos que el régimen y su aparato educativo habían negado.

Elegir la carrera de historia tenía que ver también con una opción algo militante, aunque en un sentido distinto a las vocaciones de los sesenta y setenta: ya no era la Revolución, sino la memoria y la justicia. Muchos de nosotros partimos así al rescate de la memoria de los postergados, de los "vencidos": torturados, exiliados, mapuche, pobladores, trabajadores, etc. La Historia Social, del Tiempo Presente, la Historia Oral y la Etnohistoria no constituían tan sólo "campos de interés", sino áreas en donde debían despejarse problemas a los que nos sentíamos obligados ética y políticamente. Pensábamos que restituir una historia era la condición para recomponer lo

roto, para rehabilitar a un sujeto fragmentado por los efectos concretos de la dictadura y su "historiografía".

La década de los noventa se iniciaba con *entusiasmo*, en el sentido kantiano del término: evidenciando un *potencial de subjetividad*. Lo experimentado era lo peor, pero en ello se fundaba precisamente la expectativa de algo mejor por venir. Más aun, era evidente que ese futuro tenía que ver en gran medida con lo que pudiéramos hacer en aquel "hoy". La política era una actividad todavía reputada en nuestro país, veinte años atrás. (Poco o nada de esto pudimos observar unos años más tarde cuando nos tocó pararnos delante de los primeros productos escolares de la democracia chilena. Así, con pocos años de diferencia, nos hicimos viejos, quedamos desfasados, más que otros, de las generaciones que nos sucedieron. Esa circunstancia nos convirtió en "profesores").

Era inicio de los noventa y en los departamentos de historia se podía ver cómo la academia chilena trataba de recomponerse, revelando ante nuestros ojos todas las paradojas y conflictos de un proceso tal. De un lado desfilaban por las aulas los viejos profesores, los que aprendieron la forma de enseñar historia sin causar el disgusto ni la sospecha de nadie, los que "duraron" gracias a que no llegaron a leer los libros que por rigor profesional debían, o los que sencillamente reemplazaron los libros rojos que –mientras las cosas pintaban para bien– les permitieron contar con la simpatía de esos estudiantes de "Historia y Geografía" que nunca más volvieron. Del otro lado los profesores retornados, intelectuales formados en el exilio cuya nostalgia de un país que ya no era acompañó nuestro entusiasmo durante ese breve trayecto que va desde la primera lección hasta el escepticismo de rigor que quiebra el espíritu de los bien intencionados. Pero además de estas dos especies académicas había una tercera y minoritaria estirpe que tardamos en distinguir, figuras más bien grises, reservadas, absolutamente marginales en la facultad, de las que rodaban leyendas de un

pasado comprometido y un presente académicamente riguroso, aunque "sin postgrados". Sus asignaturas eran curricularmente secundarias, pero las más importantes. Nunca hablaban de sí mismos ni ofrecían livianamente su amistad al alumnado.

Imagino que todos guardamos nombres que caben en estas tres categorías. Cada libro que nos iluminó durante nuestra formación lleva también impreso el nombre de quien nos condujo a él. Y desde luego habrá uno –en mi caso, de los del último grupo descrito– para el de Josep Fontana: *Historia: Análisis del pasado y proyecto social,* editado originalmente por la barcelonesa casa Crítica en 1982. (Como tantos otros, el libro llegaba recién a Chile en los noventa).

Pasada la criba política y ya entregados a su lectura, el libro dejaba entrever algo perturbador para un alumno que comenzaba la carrera de historia en el contexto arriba aludido. Tratando de recapitular lo que nos llamaba la atención de él, diría que era su extraordinaria capacidad para agregar elementos que hacían más compleja la relación entre historia y política (una "tautología", como dejará claro en el presente libro), para generar una comprensión histórica del saber histórico mismo, su extraordinaria claridad para explicar cuestiones que sabíamos complejas, sin por ello simplificar. Y finalmente el enorme y pesado aparato crítico, por el que se asomaba la aplastante erudición del autor. Terminaba el libro con una crítica a la concepción histórica "de izquierda" fundada en la idea de progreso (¡la misma que había servido a los proyectos liberales de derechas!), tras la que se revelaban –con tufillo benjaminiano– los efectos "perjuiciosos" que había acarreado para las masas trabajadoras de los siglos XIX y XX, el pensarse *en* la Historia *nadando a favor de la corriente.*

Pero más allá de la arremetida contra nuestro sentido común y los descalabros conceptuales, nos dio –por un buen tiempo, y a algunos hasta hoy– invaluables pistas para comprender el sentido de la función historiadora. El pasado no

es algo que deba interesar a los hombres por una presunta curiosidad innata, no debemos esperar siempre algo así como la inquietud por el origen. El centro de gravedad de toda "operación histórica" –para usar el valioso concepto de Michel de Certeau– es el presente.

En la primera página de aquel libro se podía leer:

> *"Toda visión global de la historia constituye una genealogía del presente. Selecciona y ordena los hechos del pasado de forma que conduzcan en su secuencia hasta dar cuenta de la configuración del presente, casi siempre con el fin, consciente o no, de justificarla. Así el historiador nos muestra una sucesión ordenada de acontecimientos que van encadenándose hasta dar como resultado 'natural' la realidad social en que vive y trabaja, mientras que los obstáculos que se opusieron a esta evolución se nos presentan como regresivos, y las alternativas a ella, como utópicas".*[1]

Pero un poco más tarde caímos en la cuenta de que lo que había de fundamental en el libro de Fontana era la articulación de una memoria inscrita en una tradición. Memoria de la crítica. No obstante, dicha función era del todo azarosa para un libro editado en 1982. Inicio de los noventa –caída del muro mediante– fue época del descarte del marxismo. Así las cosas, se presentaban dos destinos para el libro de Fontana: era también descartado, por descansar en un "paradigma obsoleto", o era rescatado –en toda su lucidez– como el aviso de la operación ideológica (archiconocida por el historiador de oficio) que se estaba efectuando en ese preciso momento. Tal como en otro presente-pasado lo hiciera uno de los fundadores de la tradición aludida.

---

1 Fontana, Josep, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982, p. 9.

"Los economistas tienen una manera singular de proceder. Para ellos no hay más que dos clases de instituciones: las del arte [artificiales] y las de la naturaleza. Las instituciones del feudalismo son instituciones artificiales, y las de la burguesía son instituciones naturales. En lo cual se parecen a los teólogos, que establecen también dos clases de religiones: toda religión que no es la de ellos es una invención de los hombres, al paso que su propia religión es una emanación de Dios. Al decir que las relaciones actuales –las relaciones de la producción burguesa– son naturales, los economistas dan a entender que son relaciones dentro de las cuales se crea la riqueza y se desenvuelven las fuerzas productivas con arreglo a las leyes de la Naturaleza. Luego esas relaciones son, a su vez, leyes naturales independientes de la influencia de los tiempos; son leyes eternas que deben regir siempre la sociedad. De suerte que la Historia ha existido, pero ya no existe. Ha habido Historia, puesto que han existido instituciones feudales, y en esas instituciones se encuentran relaciones de producción enteramente distintas de las de la sociedad burguesa, que los economistas pretenden dar por naturales, y por lo tanto, eternas".[2]

El asunto es que por la fecha en que leíamos *Historia...* deslumbraba en la academia –en gran medida por efecto de cierta prensa– la tesis del Fin de la Historia rehabilitada por Francis Fukuyama. Fue gracias al libro de Fontana, a su saludable historicismo, que no sólo no desistimos de la historiografía, sino que estimamos más necesario que nunca persistir en ella: tantas veces en la historia se había echado mano al truco de hacer pasar lo contingente por necesario –y a la subjetividad universalizada por objetividad– para detener

---

2 Marx, Karl, *Miseria de la filosofía. Contestación a la "Filosofía de la miseria" de Proudhom [1847]*. Cap. II: "La metafísica de la economía política", Navarra, Ediciones Folio, 1999, p. 137.

la rueda de la historia en el momento más provechoso para el poder de turno. Pero el olvido –alentado por la moda intelectuales de la época: el posmodernismo– de que la historia es el resultado de la construcción y lucha de unos proyectos de sociedad, de unos sujetos que se imponen momentáneamente sobre otros, no permitía una lectura de más larga duración. Lo que para muchos fue motivo de renuncia, fue para algunos de nosotros prueba de que la historia estaba más viva que nunca y de que no existía una radical novedad –o aquella pregonada discontinuidad alentada por el fin de milenio– en las estrategias para construir hegemonía. (En esta misma dirección preparaba sus respuestas Perry Anderson en *Los fines de la historia*, publicado en 1992).

Los problemas abordados en *Historia: Análisis del pasado y proyecto social* fueron más tarde continuados, en buena medida, en *La historia después del fin de la historia,* (Crítica, 1992) y *La historia de los hombres: el siglo XX,* (Crítica, 2002). Y es que aunque la labor propiamente historiográfica de Fontana ha estado ligada a la historia económica y política de la España del siglo XIX, los avatares de la distribución editorial nos ha hecho acceder preferentemente al citado tipo de escritos. Así, por estos lados, Fontana es más usualmente citado como teórico o historiador de la historiografía que como historiador aplicado a la hacienda o a la época del liberalismo español. (Ciertamente muy a pesar del mismo autor, como se observará en la entrevista incluida en este libro).

Pero en esos libros, que él toma como compilación de notas y apuntes para despejar el campo de la investigación historiográfica, va implícita una apuesta. Ante todo una defensa de la historia: como saber público (y no como intercambio de *papers* entre especialistas), como posibilidad concreta de conocer lo real-pasado (y no como mera narración verosímil), como un modo específico de explicar ciertos fenómenos (y no como pura representación del pasado) y finalmente como

un conocimiento enteramente situado en un presente que exige historia.[3]

Y quizá no haya un presente que la necesitara tanto como el nuestro, paradojalmente hoy cuando desde todas partes se nos invita a "valorar el pasado", las fuentes de "nuestra identidad", la memoria, nuestra cultura, etc. Desde luego la alternativa la han tenido desde siempre los profesionales de la memoria. En palabras de Pierre Vilar –maestro reconocido de Fontana– los historiadores pueden hacer "una historia para divertir e incluso instructiva. Pero la curiosidad del historiador no es la curiosidad del mirón".[4] Si no es el mero pasado como lo pudiera usar un coleccionista o un turista ¿qué es lo propio de la historia entonces? Fontana estará de acuerdo con esta nada novedosa fórmula: la historia va al pasado porque le importa el presente. Esta es la verdadera cantera de la que extrae sus problemas –y no meras curiosidades.

¿Cómo se ha constituido este presente? ¿Por qué estos niveles de desigualdad? ¿Por qué la exclusión de los pueblos indígenas? ¿Por qué esta crisis económica global? Cierto es que estas preguntas no son propias de los historiadores, pero la forma en la que contesta la historiografía es lo que la distingue de otros saberes. Cada pregunta nos hace indagar en materiales (indicios) de distintos tiempos y niveles de la vida social. El historiador trabaja con huellas que han dejado sujetos de otro tiempo, recompone la acción de cada sujeto y

---

3 Al respecto la declaración de Pierre Vilar: "Josep Fontana me lo dijo el martes pasado, aquí mismo (y estoy completamente de acuerdo con él): pretender hacer la historia haciendo abstracción de los problemas del momento –del momento de una sociedad–, así como de los problemas personales del historiador, sería una hipocresía. La única manera de realizar una aproximación científica a los hechos humanos –y ello es válido tanto para una sociología o una politología como para una historia– es tomando conciencia clara de la propia situación en el interior de los hechos [...] El historiador y la historiografía están incluidos en la historia". "Recuerdos y reflexiones sobre el oficio de un historiador", en: *Pensar la historia*, México, Instituto Mora, 1992, p. 110 y 112.

4 Vilar, Pierre, *Op. cit.*, p. 110.

va tramando sus encrucijadas combinando materiales tanto concretos como imaginativos (hipótesis): una acción se encuentra con otra, luchan, se anulan, hacen alianza excluyendo a otros que forman nuevos proyectos, etc. Se verá por qué el historiador produce un relato, una trama. La mayor parte de las veces éste tiene la estructura de una "genealogía del presente", es decir, muestra debido a qué acciones e intereses el presente ha llegado a ser lo que es. Pero como es siempre, a fin de cuentas, fruto de la acción humana –una construcción de sujetos en pugna– nunca sella el juicio de que el presente es inmodificable. Al contrario, al restituir los proyectos que competían en el pasado por un futuro que hoy habitamos como "el presente", nos hace comprender que éste siempre pudo ser otra cosa, que el actual orden presente descansa en elementos absolutamente "artificiales": la fuerza, el interés o la estrategia de algunos para darse un mundo como "traje a la medida", desde luego en donde no cabemos todos.

Pensar la historia como un mundo de sujetos no equivale a postular una soberanía plena del sujeto individual o colectivo. El énfasis en esta dirección se justifica ante todo en el esfuerzo por contrarrestar las usuales lecturas ideológicas de lo histórico: explicar el cambio como un devenir absolutamente determinado, de manera que el presente es mero cumplimiento de unas leyes a las que los hombres y mujeres no tendrían más remedio que plegarse. No obstante, sabemos, por lo menos hace siglo y medio, que "las circunstancias hacen a los seres humanos, tanto como los seres humanos hacen las circunstancias".[5]

A parte de un gusto por la lectura de los escritos de Fontana, compartido por quienes nos involucramos en el proyecto de su estadía académica en Chile, se constituía en motor de la iniciativa el hecho de que desde un comienzo vislumbra-

[5] Marx, Karl, *La ideología alemana (I) y otros escritos políticos*, Madrid, Losada, 2005, p. 77-78.

mos la perspectiva historiográfica de Josep Fontana como un contrapunto a las hoy imperantes. Hay mucho de una impronta ilustrada en su discurso, reflejada en la manera en que concibe la función historiadora: como un saber destinado a desmontar mitologías y mistificaciones, provisto de normas y modos de control interno, pero fundamentalmente como una herramienta para el cambio social. ("La historia como arma", en la fórmula de Manuel Moreno Fraginals, otro de los historiadores promovidos desde su labor editorial en *Crítica*). Porque ¿qué sentido tendría a estas alturas defender la posibilidad cierta de un conocimiento de lo real-pasado que tiene a la "plaza pública" como destino? De otro modo: no son triviales las cosas a las que se renuncia cuando se admiten livianamente los planteamientos teórico-historiográficos de moda: que la historiografía es una función más de la memoria, que la historiografía se juega en el puro estilo (en sus efectos de escritura), o que no nos remite jamás al pasado, sino que a otros textos. Esta *debilidad* de un conocimiento histórico "retirado al código"[6] no puede sino redundar en la apuesta por un sujeto también débil. Nuestro presente es el extremo de una genealogía de acontecimientos realmente ocurridos: "Negar que existan semejantes filiaciones o que

---

[6] Con este concepto, tomado de Anthony Giddens, el filósofo argentino José Sazbón se ha referido al rasgo de cierta historiografía –o más bien teoría de la historia– contemporánea: apartar al lenguaje de su nexo referencial, de manera que la historia queda igualada al mito: "Tal equiparación de mito e historia, será asumida crecientemente por los pensadores postestructuralistas dentro de un diseño general de devaluación de la conciencia histórica que impide cualquier restablecimiento de los nexos de racionalidad entre el conocimiento de lo social y la intervención activa en su producción". "La devaluación formalista de la historia", en: *Historia y sentido. Exploraciones en teoría historiográfica*, (E. Adamovsky Ed.), Buenos Aires, El cielo por asalto, 2001, p. 84. Al respecto también son útiles los siguientes textos: "Conciencia histórica y memoria colectiva", en: *Nietzsche en Francia y otros estudios de historia intelectual*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2009, pp. 65-105. Y la entrevista "Nueva historia y conciencia histórica", en: Aravena, Pablo, *Los recursos del relato. Conversaciones sobre Filosofía de la Historia y Teoría Historiográfica*, Santiago de Chile, Departamento de Teoria, Facultad de Arte, Universidad de Chile, 2010.

puedan ser concebidas (aproximativa, pero suficientemente), es negar la objetividad de la sucesión temporal y vedarse con ello, para sí mismo y cotidianamente, la posibilidad de emprender alguna acción con el pretexto o bien de que no tendrá ninguna relación con lo que va a seguir o bien de que no se puede prever (con esa probabilidad que equivale, técnicamente, a la certeza) su resultado. Es, pues, en contra de todo sentido común, separar el hecho de ser consecuente (temporalmente) de la consecuencia (lógica y ontológica)".[7]

Desde luego esto choca frontalmente con el criticismo y las perspectivas estetizantes que imperan hoy en historiografía, las que aún no nos pueden dar respuesta –o no admiten ser interrogadas– acerca de cuál es su relación con la economía política del poder.

Existe en el enfoque de Fontana –y nótese su acercamiento crítico a los *Annales*– una mirada de *larga duración*, una forma de entender los acontecimientos por sobre la escala del individuo y de los *medios*, que tantas veces nos sumen en el sin sentido, la angustia y la deserción de lo real. Hay un tipo de lucidez que, más allá del talento individual, es patrimonio de todo historiador y que es la de no perderse en el humo de los fenómenos recientes ni en la dispersión de los hechos. Para el historiador la historia siempre sigue, y si no la hacen unos sujetos la hacen otros... Y el historiador es, él mismo, un sujeto.

> *"No podemos contentarnos con los mapas del futuro que se trazaron cuando los cambios iniciados en Petrogrado en octubre de 1917 parecían ofrecernos soluciones al alcance de la mano, pero esto no implica renunciar a cuanto hay en ellos de aportación positiva a la lucha contra el capitalismo. Ni –mucho menos aun– seguir a las gentes de Annales cuando*

---

7 Chatelet, François, "El tiempo de la historia y la evolución de la función historiadora", en: *Preguntas y réplicas. En busca de las verdaderas semejanzas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 50.

consideran que el posible fracaso de tales fórmulas significa que hay que renunciar a cualquier esperanza de progreso social, y que lo que le toca al historiador es abandonar la politización de su disciplina para volver a 'hacer ciencia'. Nuestro objetivo difícilmente puede ser el de convertir la historia en una 'ciencia' –en un cuerpo de conocimientos y métodos, cerrado y autosuficiente, que se cultiva por sí mismo–, sino, por el contrario, el de arrancarla a la fosilización cientifista para volver a convertirla en una 'técnica': en una herramienta para la tarea del cambio social". [8]

***

Las gestiones para concretar la estadía académica del profesor Josep Fontana comenzaron dos años antes de su viaje. Siendo un perfecto desconocido para él, me contacté telefónicamente durante el año 2006 para pedirle que nos acompañara durante la última semana del mes de octubre del 2007. Su respuesta fue que le interesaba mucho venir a Chile, que no conocía el país, pero que tenía puesta sus energías en dos actividades que no le permitían venir: integrar una comisión en Bruselas y terminar de escribir un libro que ya había postergado por mucho tiempo. A lo que añadió: "Pero si le parece lo agendamos para el 2008". De aquí en adelante la historia de esta visita se puede hacer a partir de una serie de correos que, en distintos tonos plantean una misma pregunta por parte de nuestro invitado: "¿Qué espera que haga yo en Chile?". Ya junto a nosotros pude confesarle que nunca tuve muy clara la respuesta. De seguro las preguntas del numeroso público que asistió a sus seminarios dieron mejor respuesta a su inquietud.

Pablo Aravena Núñez
Valparaíso, enero de 2011

---

[8] Fontana, Josep, *Op. cit.*, p. 214.

LA HISTORIOGRAFÍA VUELTA SOBRE SÍ

Pablo Aravena: *Tratando de organizar sus escritos para efectos de esta entrevista, me encontré con una idea que se mantiene a lo largo de su obra, aquella con la que abre –por ejemplo– ese paradigmático libro* Historia: Análisis del pasado y proyecto social,[1] *acerca de un distanciamiento de la Filosofía de la Historia y de una Teoría de la Historia en favor de una Historia de la Historiografía, entendida como una aplicación de los métodos de la historia al trabajo que han hecho los historiadores. ¿Podría usted decirnos algo más acerca de esta opción teórica?*

Josep Fontana: Lo que yo sostengo no es un rechazo a la filosofía de la historia, sino a una filosofía de la historia impuesta "desde fuera", es decir que no parta de la experiencia y la reflexión de quien trabaja en el terreno concreto de la investigación histórica. Un rechazo a posturas como la de Louis Althusser, quien pensando que el campo de la historia estaba en pleno desconcierto, se propuso darle un orden conceptual desde fuera. Este tipo de operaciones me parecen inadmisibles. La reflexión sobre los métodos de la historia no se puede hacer sin la experiencia del historiador.

---

1 Fontana, Josep, *Historia: Análisis del pasado y proyecto social,* Barcelona, Crítica, 1982. Existe una segunda edición actualizada del año 1999, publicada también en Crítica, casa editorial con la cual Fontana ha mantenido un largo trabajo a cargo de la colección de historia. En tal labor ha introducido al habla hispana desde las más relevantes obras de la historiografía marxista británica (E. Hobsbawm, E.P. Thompson), hasta las aportaciones teóricas de la historiografía india, englobada usualmente bajo el rótulo de "estudios subalternos" (R. Guha), entre otras.

P.A: *¿Y en qué medida esta aplicación de los métodos de la historia sobre el quehacer de los historiadores puede dar mejor cuenta de cuestiones que aparecen más difusas desde otros enfoques, como la relación de la historiografía con la política y los poderes dominantes?*

J.F: Para empezar, lo de la relación de la historiografía con la política es prácticamente una tautología. Todo lo que puedas hacer en el campo de la historia tiene un punto de partida y unos condicionantes políticos y acaba teniendo un sentido político, siempre que entendamos lo político de un modo global, social, y no en términos de partido. Es imposible reflexionar sobre la vida de los hombres y las mujeres en la sociedad sustrayendo de esta reflexión la política. Lo de la relación con los poderes dominantes es una cuestión más compleja, pero tampoco logro ver cómo se podría hacer una aportación importante desde fuera. Me parece que nadie está en mejor situación que el historiador para ver las trampas de quienes conducen su trabajo hacia unas finalidades no confesables.

P.A: *Se lo pregunto porque al final del libro que le he recordado, usted realiza un rechazo a la iniciativa de la segunda y tercera generación de la escuela de los* Annales, *referente a su llamado a hacer de la historia una ciencia. En este punto usted ha reivindicado la historiografía no como ciencia, sino como una técnica*[2] *¿Cómo se entiende esto?*

---

[2] La cita textual es: "No podemos contentarnos con los mapas del futuro que se trazaron cuando los cambios iniciados en Petrogrado en octubre de 1917 parecían ofrecernos soluciones al alcance de la mano, pero esto no implica renunciar a cuanto hay en ellos de aportación positiva a la lucha contra el capitalismo. Ni –mucho menos aun- seguir a las gentes de *Annales* cuando consideran que el posible fracaso de tales fórmulas significa que hay que renunciar a cualquier esperanza de progreso social, y que lo que le toca al historiador es abandonar la politización de su disciplina para volver a 'hacer ciencia'. Nuestro objetivo difícilmente puede ser el de convertir la historia en una 'ciencia' –en un cuerpo de conocimientos y métodos, cerrado y autosuficiente, que se cultiva por sí mismo-, sino, por el contrario, el de arrancarla a la fosilización cientifista para volver a convertirla en una 'técnica': en una herramienta para la tarea del cambio social". *Op. cit.*, p. 261.

J.F: No estaría de acuerdo en la manera en que usted lo plantea. La escuela de los *Annales* ha sido para mí, en un momento determinado, un elemento de formación fundamental. Creo que hizo una aportación muy seria en la etapa de Marc Bloch y de Febvre, en especial hasta el momento, durante la ocupación alemana, en que Febvre da un viraje a la derecha y comienza a decir que eso de una historia social y económica no tiene sentido. Luego creo que también hay una etapa muy brillante en la fase dominada por las figuras de Laborusse y de Braudel. Hasta que llega el momento en que sus propios discípulos defenestran a Braudel –los antiguos rojos que ahora se habían vuelto anticomunistas, dirá Marc Ferro–, que es cuando comienza una época de absoluta frivolidad metodológica (mientras Braudel, que no volvió a escribir en *Annales*, la criticaba desde fuera): un camino hacia abajo, caracterizado por un eclecticismo en el peor sentido de la palabra, apuntándose a las modas intelectuales del momento y publicando trabajos que llegan a ser ridículos, como aquel en que, hablando del sentido simbólico de la coronación, compara el acto del emperador al levantarse para ser coronado con una erección, etc.[3]

P.A: *¿A qué historiadores puede mencionar?*

J.F: Me refiero a casos como el de Le Roy Ladurie, que era un estalinista convencido en su momento. Y el ejemplo paradigmático del pretendido gran historiador de la Revolución: Furet. Aprendí algo sobre los aspectos internos de estas pugnas cuando me tocó sostener una larguísima conversación con Ruggiero Romano, quien me contó bastantes cosas en un

---

[3] Se refiere al trabajo de D. A. Miller, "Realeza y ambigüedad sexual", publicado en *Annales*, 26, Nº 3-4, mayo-agosto de 1971, pp. 639-652. Sobre la valoración de Fontana sobre la escuela de los *Annales* se puede consultar su artículo "Ascenso y decadencia de la escuela de los *Annales*", en: *Hacia una nueva historia* (A.A.V.V.), Madrid, Akal, 1985, pp. 109-127.

viaje de vuelta de Lima a Madrid. Pero no puedo dejar de asumir mi deuda hacia los años fecundos de *Annales*. Mi propio maestro, Pierre Vilar, se reconocía discípulo de Febvre. Y en el terreno editorial pienso que he conseguido que se publicara en castellano más Marc Bloch que nadie. Pero eso no me impide afirmar que llega un momento en que la escuela cae en la absoluta frivolidad.

P.A: *¿Usted asocia esta frivolidad de* Annales *al giro culturalista o comienza antes? ¿A qué se debe?*

J.F: Evidentemente comienza con el auge del estructuralismo levistraussiano. Descubren allí, de súbito, un marco de referencia que les parece que da un soporte científico a su quehacer, etc...

P.A: *Porque habitualmente en manuales –e incluso clases– de historiografía nosotros entendemos que Braudel es quien se esfuerza por ligar el estructuralismo con la historiografía ¿Cómo es que, según usted, él no cae en los vicios interpretativos de la generación que lo sucede?*

J.F: Veamos. Hay toda una parte de la obra de Braudel que no me causa entusiasmo. Me refiero a lo que se refiere a unos montajes literarios que pretenden presentarse como un método de investigación. *El Mediterráneo,*[4] por ejemplo, está dividido en tres partes, en las que pretende captar, como el mismo dice, "el tiempo geográfico, el tiempo social y el tiempo individual". Las tres son, independientemente, espléndidas, pero al intentar asociarlas no cuadran: la historia lenta del medio ambiente no liga con la historia política que viene arriba –esto se lo dijo públicamente mucha gente, por ejemplo Elliott en una crítica.[5]

---

4 Braudel, Fernand, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II,* México, Fondo de Cultura Económica, 1953.

5 Se refiere a la reseña que Elliott publica en *The New York Review of Books,* XX, Nº 7, mayo de 1973, pp. 25-28.

Lo mismo ocurre con su última gran obra *Civilización material.*[6] Cada una de las partes puede tener aportes de interés, pues Braudel era un historiador inteligente, pero no podemos tomar su artificio trinitario –y he señalado además que en el curso de publicación de esta última obra pasa de un enfoque binario a otro en tres planos– como un sistema de trabajo válido. Con el modelo braudeliano nadie más ha podido trabajar, porque es fundamentalmente literario: es un artificio para encuadrarlo todo en una visión global.

P.A: *¿No habría una teoría braudeliana de la historia entonces?*

J.F: Pero ¿Qué sería una teoría braudeliana de la historia? ¿La *longue durée*?

P.A: *Sí. La larga duración como una manera de instalar acontecimientos como epifenómenos de los imperceptibles ajustes de las estructuras.*

J.F: Pero es que esta idea tampoco es original de Braudel. Solemos olvidar algo que es muy importante para entender a esta gente, y es que los hombres de *Annales* son hijos de la geografía humana francesa: de Vidal de La Blache y sus continuadores. De hecho una persona como Pierre Vilar viene de la geografía, y es a partir de un tema geográfico como el de estudiar Barcelona como un lugar en que se ha creado un núcleo industrial en unas condiciones desfavorables, que acaba dándose cuenta de que la explicación a ese problema no puede encontrarse en la geografía, sino en una dimensión más compleja, como es la de la historia.

Ahora, tampoco creo que un historiador –a menos que proceda del campo de la filosofía– pretenda aportar "teorías de la historia", en un sentido global. Lo que un historiador puede

---

[6] Braudel, Fernand, *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV – XVIII*, Madrid, Alianza Editorial, 1985.

aportar son reflexiones a partir de su experiencia, que sería lo que hace Vilar en el congreso de Estocolmo con su trabajo sobre *Crecimiento y desarrollo*. Del mismo modo lo que hay en Braudel son fundamentalmente reflexiones metodológicas.

No me parece que haya en su obra algo que vaya más allá que la idea de la *longue durée*. La primera parte de *El Mediterráneo*, con su análisis del medio geográfico, es hija de esa tradición francesa que procede de Vidal de La Blache, y que puede verse por igual en la obra de Vilar sobre Cataluña y en la mayor parte de las grandes tesis de estado francesas de estos años. Que puede ser un espléndido inicio de una investigación histórica, como en Braudel o en Vilar, o no conducir a nada, como en el caso de ese gran fraude que fue *Séville et l'Atlantique*, de Pierre Chaunu, que fue capaz de engañar al viejo Febvre, quien creyó hallarse ante una obra maestra, ignorando que no había detrás de aquellos miles de páginas una investigación suficiente, del estilo de la que Bernal ha efectuado hace unos años para establecer de verdad las cifras de la carrera de Indias.

Yo me suscribí a *Annales* cuando estaba aún estudiando, de manera que recibí su influencia desde el principio; procuré leer todo lo que era posible de la escuela y tuve como maestro a una persona como Vilar que se había formado en esa tradición. Lo que pasa es que luego vi en qué se iba convirtiendo *Annales* en las nuevas generaciones: en un potpurrí abigarrado. Tenga en cuenta que he leído la revista desde 1955, hace ya más de cincuenta años. Pero ha llegado un momento en que los nuevos números "me caen de las manos". Lo único medianamente útil que encuentro en ella son las reseñas de libros, pues puede que encuentre alguno que me interese y no conozca. Cosa que no me ocurre con revistas más serias como *Past and Present* o *Economic History Review*. Es algo que pienso que está estrechamente ligado a la situación de la cultura contemporánea francesa, que se ha despegado del mundo y vive encerrada en sí misma. No hay que ver más que los franceses no traducen,

o en todo caso los hacen muy tarde, obras fundamentales de otros países. Dudo incluso que los libros de E.P. Thompson estén traducidos al francés...

P.A: *La misma* Historia del siglo XX *de Hobsbawm fue constantemente rechazada para ser traducida y publicada en Francia.*[7]

J.F: Claro. Se negaron a traducirla diciendo que ese tipo de obras había pasado de moda y ha sido uno de los mayores éxitos de la literatura histórica en el mundo entero. La cultura francesa sigue encerrada en sí misma, como si creyesen aún que son una guía para el resto de la humanidad.

P.A: *Pero volvamos a un problema planteado. Es importante que usted se refiera a su concepción de la historiografía como una técnica para el cambio social y no como una ciencia.*

J.F: En primer lugar –y en relación a *Annales*– el mismo Lucien Febvre rechaza el que la historia sea una ciencia, aunque este sea un término que empleamos usualmente, sin preocuparnos demasiado por el sentido real del término.

P.A: *Pero sepa usted que Febvre y Bloch son parte de las primeras lecturas de los estudiantes de historia –al menos de las carreras que se dictan en Chile– bajo una interpretación canónica que lee a estos autores como quienes defienden el carácter científico –o cercano a la ciencia– de la historia.*

J.F: Febvre rechaza la idea de la historia como una ciencia. Por lo demás, no encuentro mucho sentido en discutir acerca de este problema. ¿Qué es una ciencia? Lo que rechazo

---

7 En una conversación sostenida en el alo 2003 con Antoine Spire, Hobsbawm parece aceptar como explicación que el retraso de la publicación de *Historia del siglo XX* se debe a la vuelta crítica sobre el marxismo en un país fuertemente influido por dichas corrientes. Al respecto Hobsbawm, Eric, *El optimismo de la voluntad. Conversación con Antoine Spire,* Barcelona, Paidós Asterisco, 2004.

es concebirla como un sistema cerrado y autocontenido de principios, que es lo que suelen hacer muchos. Si la definimos como un conjunto de métodos que se utilizan para un estudio concreto no hay problemas para aceptarlo, sabiendo, además, que con frecuencia les tenemos que pedir también prestados sus métodos al vecino: geógrafo, antropólogo, economista... Lo demás es hacer juegos de palabras.

No estoy en contra de la gente de *Annales.* Tengo un gran respeto por Bloch y me interesa el Febvre historiador, menos el "teórico", del que me preocupan en especial ciertos bandazos, como el que se produjo en 1942, cuando se desentiende de aquellas primeras formulaciones, que están presentes en el último Bloch, acerca del compromiso social de la historia. Febvre cambia en este terreno hasta el extremo de que ha habido que revisar la forma en que ha editado los textos metodológicos de Bloch, su *Apologie pour l'histoire,* que nosotros conocemos como *Introducción a la historia.* Usted sabrá que el hijo de Bloch ha vuelto a hacer la edición de estos textos, apartándose de la edición de Febvre.[8]

En los últimos tiempos de su vida Bloch tuvo discrepancias con Febvre, por el hecho de que hubiese optado por seguir publicando durante la ocupación nazi de Francia. He hecho traducir los textos de Bloch de estos momentos, *La extraña derrota*[9], donde me parece que están contenidas unas reflexiones vitales, de compromiso explícito, opuestas a lo que ha sido la actitud de buena parte de gente de *Annales* en tiempos posteriores. Bloch reivindica aquí la necesidad de que el historiador se implique en los problemas de su tiempo y señala que todos ellos han sido responsables del hundimiento

---

8 En castellano la edición de Febvre se encuentra publicada como *Introducción a la historia,* México, Fondo de Cultura Económica, 1952. La edición realizada por Étienne Bloch se halla publicada como *Apología para la historia o el oficio de historiador,* México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

9 Bloch, Marc, *La extraña derrota,* Barcelona, Crítica, 2002.

de Francia, pues "optamos por quedarnos trabajando en nuestros laboratorios y no supimos ser en la plaza públicas la voz que clama". Como verá este Bloch no tiene nada que ver con las frivolidades posteriores de la escuela de *Annales*. No voy a rechazar nunca a un Labrousse, cuya obra es espléndida, ni menos a un Vilar que ha sido mi maestro y amigo... Esta gente son también *Annales*. Pero después de ellos y de Braudel viene el descalabro de la escuela.

Hay que tener en cuenta, también, que este viraje post-Braudel contó con incentivos poco confesables. Por ejemplo, el dinero que Furet y otros como él conseguían de las fundaciones norteamericanas en unos años de la guerra fría cultural en que en los Estados Unidos se creyó que esta gente significaba una alternativa progresista a la historiografía marxista. A lo que contribuyó que sus protagonistas fuesen gente como Le Roy y Furet, que hacían penitencia explícita por haber sido comunistas y haber estado comprometidos con una historia social y económica de raíz marxista. El personaje de esta generación por quien siento mayor rechazo es Furet, que pontifica sobre la Revolución Francesa sin tener detrás un trabajo propio de investigación que le autorice a ello, y margina por completo a quienes sí lo tienen, como Soboul. Afortunadamente la historiografía sobre la revolución ha ido después de 1989 por otros caminos.

P.A: *En este sentido ¿En qué dirección cree usted que ha decantado la tradición de los Annales? ¿Qué opinión le merece esta "nueva" historiografía que tiene que ver con objetos "atípicos" –por decirlo de alguna manera– como "la identidad", "la mujer", "la vida privada", "la sexualidad", etc.?*

J.F: Pero veamos... la mujer no es un tema o un objeto de estudio, la mujer es una parte fundamental de la historia. Si hay algo que es preciso rechazar es que la forma de combatir la marginación de la mujer en la historia sea constituir una

"historia de las mujeres" separada. Esto no tiene ningún sentido, pues el lugar de las mujeres está en la historia de todos. Lo que hay que hacer es reivindicar su participación, no como mera presencia, sino para comprender mejor los procesos. Lo de la "historia de la mujer" me parece en definitiva una mala salida. Lo que hay que hacer es darle su lugar en la historia, de la misma manera que se la hemos dado a otros actores, como los trabajadores o los campesinos, y con mucho más motivo. De hecho no se puede entender ni el mundo obrero ni, muy especialmente, el campesino, si se prescinde del papel que desempeña en ellos la mujer. En este último sentido me parece que las más importantes aportaciones han venido de la historiografía marxista británica, por ejemplo al explicar el rol de la mujer en la familia obrera o la forma en que surge en ella la idea de un control consciente de la natalidad, cuando se cansa de ser un simple objeto sexual que va pariendo un hijo detrás del otro en durísimas condiciones. Cuestiones como estas son las que permiten comprender cabalmente la sociedad en que viven los obreros.

P.A: *Pero comprenderá usted que una historiografía fundada en estas totalizaciones como "la comprensión de la sociedad", e incluso la misma idea de "la historia" como proceso global, no genera demasiados adeptos hoy en día. Parece que esta propuesta se opone a las propuestas más en boga que tienden a compartimentar...*

J.F: ¿A qué clase de propuestas historiográficas se refiere?

P.A: *Como las que veo detrás de proyectos como los de la Microhistoria, la Historia Local e incluso una Historia Barrial, que fragmentan, se separan, pero nunca vuelven para iluminar la sociedad o la historia. Lo que identifico ahí es una renuncia a*

alguna lógica o coherencia de distintos fenómenos en la historia. Algo que no veo muy distante del posmodernismo.[10]

J.F: Creo que estamos confundiendo las cosas. Por un lado están las modas académicas que ofrecen fórmulas fáciles, que parecen innovadoras, sobre todo cuando no se trata más que de cambiar el vocabulario para decir lo mismo, pero de manera que sólo nos comprenden los entendidos. No es nada raro que tengan éxito y que se apunten a ella los muchachos que recién empiezan. O el caso que pone usted de la Microhistoria, que no tiene absolutamente ningún sentido sin la "macrohistoria" a su lado, para explicar lo que, fuera de contexto, se queda en pura anécdota. Se pueden producir trabajos de espléndida calidad literaria, pero ¿a dónde se va historiográficamente a partir de ahí? ¿qué se explica? Pienso que Ginzburg hace buena literatura, y que en algún momento va incluso más allá, para intentar entender algún problema de conjunto, pero habitualmente hace más literatura que historia. Cuando uno ve las obras que marcan época y que son un recurso permanente para nuestros estudios, son siempre libros que se han mantenido al margen de las modas. Una cosa son las modas académicas, incluso los éxitos editoriales, otra las obras y trabajos con las que las editoriales usualmente pierden dinero pero que hacen un aporte

---

[10] "Dentro de la visión postmodernista de la historia, el objetivo ya no es la integración, la síntesis ni la totalidad, sino esas migajas históricas que son el centro de atención. Tomemos por ejemplo, *Montaillou* y otros libros escritos subsiguientemente por Le Roy Ladurie, la *Microstorie* de Ginzburg, el *Sunday of Bouvines* de Duby o el *Return of Martín Guerre* de Natalie Zemon. Hace quince o veinte años nos habríamos preguntado llenos de asombro cuál podría haber sido el interés de este tipo de escrito histórico, qué está intentando probar. Y esta pregunta tan obvia hubiera sido provocada, como siempre, por nuestro deseo modernista de llegar a conocer cómo trabaja la máquina de la historia. Sin embargo, en la visión anti-esencialista, nominalista del posmodernismo, esta pregunta perdió su significado". Ankersmit, Frank, "Historiografía y postmodernismo", en: *Historia Social*, Nº 50, Valencia, Fundación Instituto de Historia Social, 2004, p. 19. (Traducción del artículo publicado originalmente en *History and Theory*, vol. 28, Nº 2, mayo 1989)

serio a la disciplina y que siempre suelen ser esfuerzos por una comprensión global de los fenómenos históricos. No se hablará mucho ahora del gran libro de Chris Wickham sobre los orígenes de la Edad Media[11], pero se seguirá hablando de él dentro de cincuenta años.

P.A: *Ligado también a esta difuminación de la historiografía ¿Qué tipo de alcance cree usted que han tenido trabajos como los de Hayden White o incluso Paul Veyne? Me refiero a impacto a nivel del trabajo historiográfico, porque uno podría medir un impacto más o menos cierto en la epistemología, la filosofía, etc.*

J.F: Una de las pruebas de la validez de los planteamientos es ver que es lo que sale de ellos. Me parece válido el entusiasmo por ciertas preocupaciones teóricas, ciertos problemas que terminan en unas formulaciones más o menos mágicas, en el caso de Veyne y de, por poner un ejemplo, los famosos esquemas trinitarios, etc. Pero luego viene la prueba: "ponga usted sobre la mesa lo que ha logrado hacer con estas precisiones teóricas". El asunto es que estas modas francesas tienen aún un gran impacto en Italia y en América latina, cuando han dejado de tener peso en el resto del mundo, en donde las propuestas de renovación van ya por otros caminos. Me parece que hay que tener puesto el oído en el resto de la orquesta, y no sólo en París. Ahora, también en Francia hay líneas de trabajo interesantes, como todo lo que tiene que ver con la historia agraria, por ejemplo. Pero que no tienen el mismo eco editorial que las biografías y los ensayos para entretener a las señoras en sus horas de aburrimiento. A mi no se me ocurriría aconsejarle a un estudiante que vaya a París a formarse, a no ser que vaya a los centros en donde se trabaja en historia agraria.

---

[11] Chris Wickham, *Una historia nueva de la Edad Media. Europa y el mundo mediterráneo, 400-800*, Barcelona, Crítica, 2008.

P.A: *En Chile –por contarle alguna de las cosas que pasan en el ámbito de la historia–, sobre todo a partir de los preparativos para celebrar el bicentenario de la independencia, que ha traído una explosión de interés y financiamiento editorial para la historia, se ha privilegiado un tipo de estudios por sobre otros, que son los relacionados con Historia de la vida privada. Pero leída en una determinada clave, como recortes o confección de cuadros de época en torno a cuestiones como la vestimenta, la vida de los salones aristocráticos, la cocina... y a esto están abocados algunos de nuestros más serios historiadores.*

J.F: Pero esto no produce más que trabajos aptos para la diversión del lector, en donde no se ventilan problemas fundamentales. Por ejemplo esto de la vida privada, ¿la vida privada de quién? Porque recuerdo, por ejemplo, que una de las trampas de un libro de historia de las mujeres de Louise Tilly y Joan W. Scott, *Women, work and family*, consistía en hablar de "mujeres", en general, sin distinguir que hay "mujeres" y "señoras", que son dos "especies sociales" distintas, que tienen vidas distintas y problemas muy diversos. Una cosa es buscar fórmulas para entretener a los lectores, en libros de temporada que pasan sin haber tenido influencia alguna sobre la disciplina, y otra ocuparse de problemas que sirven para comprender el mundo en que uno vive y para tirar adelante.

Es evidente que algunos de estos temas, trabajados con un propósito adecuado, pueden servir para iluminar problemas más amplios. Por ejemplo, el fenómeno de la moda es relevante para entender el proceso de la industrialización, sobre todo a partir del momento en que la moda se constituye en un elemento de estímulo del consumo que implica a diferentes capas de la población. Pero hay que situarlo dentro de un marco interpretativo adecuado. Si uno se dedica tan sólo a la historia del vestido de las capas altas de la sociedad, podrá hacer un trabajo descriptivo más o menos pintoresco y divertido, que en el mejor de los casos servirá para proporcionar datos a

quienes trabajen en cuestiones más serias asociadas a la historia del consumo. Me parece muy bien que se haga historia de la cocina –seguramente yo mismo compraría un buen libro sobre esto–, pero lo que es vital es que hagamos un tipo de historia de la alimentación en que entren a la vez la hartura y el hambre.

P.A: *Al parecer, una de las tantas cosas que está detrás de esto, es el abandono de la explicación como una matriz epistemológica que puede arrojar luz sobre ciertos fenómenos, a favor de enfoques deliberadamente descriptivos, que suelen autofundamentarse como perspectivas fenomenológicas, que aspirarían a la comprensión, pero que terminan siendo trabajos de corte muy conservador. Porque de pronto lo que uno ve en estas perspectivas narrativistas o estetizantes son formas habituales en los historiadores del siglo XIX.*

J.F: Pues claro, seguramente esto ayuda a explicar la naturaleza de aquellas historias que sólo buscan la curiosidad de los lectores. Y es que esta evolución tiene que ver con lo que ha sucedido en el trabajo del historiador... Con ciertas renuncias, detrás de las cuales hay una crisis política en un momento determinado. La crisis política y social que se produjo después de la década de los sesentas, cuando muchos revolucionarios, reales o supuestos, descubrieron que las cosas no iban a cambiar tan fácilmente cómo habían esperado, lo cual les condujo a abandonar las ideas en que habían apoyado estas esperanzas. Y con ellas echaron todo el viejo instrumental al garete, sin entender que ni siquiera habían aprendido a utilizarlo correctamente, para apuntarse a nuevas fórmulas salvadoras, que no se ofrecían ya como recetas para transformar el mundo, pero podían asegurarle a uno una cómoda carrera académica. El viejo estalinista que había sido Le Roy Ladurie, por ejemplo, escribiría ahora un libro como *Montaillou, village occitan*[12], con ciertas dosis de morbo y de sexo, que iba a convertirse en

[12] Le Roy Ladurie, Emmanuel, *Montaillou, village occitan de 1294 á 1324*, París, Gallimard, 1975.

un éxito de lectura entre las señoras (que encima el libro fuese tramposo y se hubiese escrito desvalijando el trabajo de un investigador serio del catarismo como Duvernoy agravaba el asunto). Lo malo es que estas modas que garantizan un éxito de público son de temporada, y caducan con ella: mucha de la literatura que se llegó a escribir cuando se puso de moda hablar de las "mentalités" resulta hoy ilegible. La que a mí me interesa es aquella clase de historia que en última instancia nos ayuda a comprender el tiempo en que vivimos y a plantear la forma de abordar sus problemas.

Recordaré al respecto lo que decía uno de los humanistas por quienes siento una mayor admiración –una admiración que, por cierto, comparto con Lucien Febvre–, y que releo con frecuencia, Rabelais, que rechazaba a quienes hacían nuevas construcciones con piedras muertas y proclamaba: "Yo no construyo más que con piedras vivas, que son los hombres".[13] Para mí el trabajo de los historiadores que no sirve para entender el presente, no sirve para nada, por más bien escrito y brillante que sea y por más éxitos que consiga.

He tenido la suerte de aprender mi oficio de tres maestros que me enseñaron otra cosa. Y añadiré que mi amigo el filósofo Manuel Sacristán me decía que no fuera por el mundo haciendo esta afirmación acerca de mis tres maestros, que era escandalosa, porque la mayoría de los españoles no había tenido ni uno.

El primero fue Ferran Soldevila, en la época en que había regresado del exilio y hacía sus clases, rigurosamente clandestinas, en el comedor de su casa, fiel a los principios de catalanidad y democracia por los que había tenido que exiliarse. Por el mismo tiempo en que en la universidad seguían con los tópicos más manidos, él me enseñó a leer una crónica o un documento poniendo atención en los problemas humanos que revelaba.

[13] Rabelais, François, *Le tiers libre*, capítulo VI.

El segundo, ya en la universidad, fue Jaume Vicens Vives, que me enseñó que nuestro trabajo tenía una dimensión cívica que era lo que le daba valor, en especial en tiempos como los de la dictadura. En una carta me decía que el país era más importante que la Universidad, y que la Universidad era más importante que la ciencia histórica, "pero que se puede servir al país a través de la ciencia histórica". Y mi tercer maestro fue Pierre Vilar, a quien escribí por consejo de Vicens, que pensaba que me podía aconsejar mejor que él en el tema que había escogido para investigar, y que me contestó con una carta espléndida, que conservo como un tesoro, donde me daba toda una lección de método y me prevenía, ante todo, del riesgo de politizar superficialmente los problemas que tienen que ver con la suerte de los seres humanos. "No es una ciencia fría lo que queremos –me decía–; pero es una ciencia". (Y ya ve que no me importa este uso abierto del término "ciencia").

Quisiera que entendiese que toda mi formación se produjo en medio de una larga dictadura, con maestros que eran conscientes de que la historia tenía una utilidad cívica y podía ser también un arma de lucha política contra la dictadura (contra la cual, evidentemente, luchábamos también de otras formas, pero esto no entra en esta cuenta).

Si no hubiese creído en la utilidad social de mi trabajo me hubiese dedicado a actividades más rentables –propuestas para hacerlo no me han faltado. Me he dedicado a lo que me gustaba hacer, y he disfrutado y sigo disfrutando con ello, sin preocuparme por "hacer carrera". Y he recibido a cambio compensaciones muy agradables. Hace unos días, por ejemplo, recibí un correo electrónico de un joven estudiante de historia argentino que me decía: "hay gente que me pregunta que cómo una persona joven como yo se va a dedicar a algo como la historia, me lo pregunta incluso mi madre que trabaja en un supermercado y que entiende que lo se le paga es el precio de

su trabajo, a pesar de que está explotada. Y yo le digo: estudio historia para que se oiga la voz de personas como tú".

P.A: *Acerca de estas mismas cuestiones, recuerdo que en la segunda edición de* Historia: Análisis del pasado y proyecto social *(del año 1999), usted incorpora en el nuevo prólogo una referencia un tanto dramática sobre la forma en la cual una profesora que está al borde de la muerte dota de sentido lo que le queda de vida a partir de la función social de la historia.*

J.F: Sí, se trataba de una alumna mía, profesora de enseñanza secundaria, que estaba trabajando su tesis conmigo cuando descubrió que tenía cáncer. Quiso seguir enseñando hasta el final y guardo de ella unos papeles en que aparecen sus reflexiones sobre la pasión que sentía por su trabajo. Era en los momentos de las masacres de Ruanda y le importaba que sus alumnos compartiesen su preocupación ante esta catástrofe humanitaria. Aceptó su muerte pensando que merecía la pena aquello en que había empleado su vida, enseñando a otros a pensar por sí mismos. Y quiso redactar su propia esquela en que venía a decir: "Muerte. Si no me siento derrotada ¿cuál es tu victoria?"

Son del tipo de experiencias que le cargan a uno de adrenalina y le animan a seguir. Lo viví también en una ocasión en el norte de Argentina, regresando a Jujuy de una excursión a la quebrada de Humahuaca, cuando una joven profesora de historia, de origen indígena, casada con quien hacía de maestro de escuela en un poblado de mineros, me pidió que le firmara mi libro y me trajo un ejemplar tan manoseado y trabajado que me emocionó pensar que hubiese podido servirle tanto. Era realmente para esto, y para esta gente, que lo había escrito. Y fue en este mismo momento, cuando tomé el avión para regresar a Buenos Aires, cuando me hice el propósito de mejorar lo que

había hecho con un nuevo libro, *La historia de los hombres*[14], con la intención de ampliar y actualizar el viejo. Y déjeme que le aclare que para mí la historia de la historiografía no es un campo de trabajo que me interese en sí mismo; lo que me importa es entender lo que los historiadores han pretendido hacer, para mejorar más conscientemente mi propia práctica y ayudar a otros en sus dudas.

Otra experiencia semejante la he tenido recientemente con un antiguo alumno de la década de los setenta –cuando yo trabajaba en la Universidad Autónoma de Barcelona– que me envió un correo electrónico donde me contaba que él no se había dedicado finalmente ni a la investigación, ni a la enseñanza de la historia, puesto que la vida lo había llevado por otro camino (era bombero forestal), pero me confesaba que nunca se había arrepentido de haber estudiado historia, puesto que a lo largo de su vida, al enfrentarse a un problema sindical o integrarse en un movimiento social, se dio cuenta de que lo que había estudiado en la facultad le había servido para entender mejor las cosas. Para mí este tipo de reconocimientos es lo mejor que me puede ocurrir; me satisface mucho más que recibir un título de Doctor *Honoris Causa* o que me traduzcan un libro al japonés. El éxito académico es algo que no me importa... Si se alcanza, bien, pero sin pagar ningún precio por él. De verdad que espero seguir siendo tan incómodo para el orden establecido en lo que me quede de vida como lo he sido hasta ahora.

P.A: *Me doy cuenta que quedaría muy bien esta entrevista si la dejáramos acá. Pero me interesa hacerle un par de preguntas más. La primera en torno a una de las últimas cuestiones que usted ha publicado acerca de la historiografía, precisamente en el libro que recién usted aludía:* La historia de los hombres. *Porque uno ve que aquí se continúa con cuestiones que se venían planteando*

[14] Fontana, Josep, *La historia de los hombres: el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2002.

en Historia: análisis del pasado y proyecto social, *pero también en* La historia después del fin de la historia...[15]

J.F: Pero este último es un libro que después me arrepentí de haber publicado. Me estimuló reaccionar a la situación de desconcierto reinante; pero luego me di cuenta de que no había en él más que críticas, sin aportar propuestas de solución. Por eso me olvidé de él, para escribir este otro en que intentaba dar respuestas.

P.A: *Una de las cuestiones que más me llamaba la atención de la Historia de los hombres, es un capítulo –exactamente el capítulo seis: "La crisis de 1989"– en que usted comienza desmontando materialmente la tesis de Francis Fukuyama. Porque ha habido refutaciones filosóficas de fuste –Derrida e incluso Perry Anderson*[16]*– dada la puerilidad intelectual que ella significaba. Pero usted realiza una suerte de genealogía institucional de la tesis.*

J.F: Sí, es algo que inicialmente he publicado en otro lado. Y es algo que quisiera replantear, en términos más generales, en el libro en el que actualmente estoy trabajando[17], que es el esfuerzo efectuado por la derecha norteamericana por tratar de conquistar el mundo intelectual. Lo de Fukuyama, en concreto era el producto de un montaje de la fundación Olin, que es una institución que recibe el dinero, muchos millones de dólares al año, de una empresa de fabricación de armas y con otras actividades tan limpias como esta. Dirigiendo estas actividades está un grupo de judíos, antiguos trotskistas, que a partir del tema de Israel pegaron un viraje para irse al lado contrario. En el caso de Fukuyama la cosa empezó con una

---

15 Fontana, Josep, *La historia después del fin de la historia,* Barcelona, Crítica, 1992.

16 Derrida, Jaques, *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional,* Madrid, Trotta, 2005. Anderson, Perry, *Los fines de la historia,* Barcelona, Anagrama, 1997.

17 Se refiere a un proyecto en curso al que Fontana, por pudor, no le gusta referirse, pero que guarda la pretensión de dar cuenta de la historia universal luego de la segunda guerra mundial.

invitación para dictar una conferencia, que luego se editó en alguna de la publicaciones financiadas por la propia fundación, a lo que siguieron una serie de réplicas, críticas y objeciones de gente de su propio entorno, que fingieron así la existencia de un debate abierto que se pudo "vender" a la prensa y acabó en la publicación de un libro que daba amplia difusión al producto.[18] El fin era político y la moraleja no podía ser más clara: "Se han acabado los vaivenes de la historia y estamos ahora en el triunfo definitivo de lo que tenía que triunfar. Resignación y obediencia".

Cuando esto falló –estaba claro que seguían los conflictos– la fundación fabricó otro producto semejante, que fue el del "choque de civilizaciones" de Samuel P. Huntington, también hombre de la casa.[19] Y lo fabricaron exactamente igual: la conferencia, el artículo, las respuestas, el libro. Estos montajes son triviales. Con un Huntington que se inventa una amenaza "musulmano-confuciana", sin ni siquiera tomar en cuenta que entre los musulmanes hay una profunda diferencia entre sunitas y chiíes, que puede llevar, como en Irak, a una guerra a muerte. Me pregunto cómo un producto tan deleznable pudo haber suscitado la atención durante tanto tiempo de un público de profesores universitarios más o menos serios, cuando no daba para más de cuatro días.

Fukuyama, ha pegado tales virajes posteriormente y ha publicado libros sobre tantas cosas, con planteamientos tan diversos, que a veces cuesta saber dónde se ubica cada temporada. Figuró entre los firmantes de los primeros manifiestos "neocons" que proponían la invasión de Irak, luego se arrepintió, y, como dice Blumenthal, "al igual que los comunistas

---

18 Fukuyama, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992.

19 Huntington, S.P., *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós, 1997.

de generaciones anteriores, rechaza ahora al dios que falló".[20] Lo último que sé es que este año anunció que iba a votar por Obama. Lo que puede hacer el año próximo es imprevisible. Y de Huntington no digamos... Por ejemplo aquel libro sobre la amenaza latina de la integridad de Estados Unidos...[21]

Uno se pregunta ¿cómo es posible que se venda una mercancía intelectual semejante? La vaciedad de ese mundo orientado a captar el favor político y a estar siempre presente en el mercado es terrible. Pero, por lo menos, estos suelen ser prestigios de temporada. Más dañino es cuando esto mismo aparece construido con más inteligencia y ejerce una influencia duradera, como ocurre en el caso de Foucault.

P.A: *¿Por qué no se refiere a esto con más detalle? Porque Foucault es un autor muy leído por filósofos e historiadores, respetado y seguido incluso como modelo de intelectual comprometido.*

J.F: Foucault, quien siente un gran desprecio por los historiadores y por su saber menor –y que por esto mismo se dedica a darles lecciones acerca de cómo deben hacer su trabajo– se ocupa tramposamente de problemas reales, y vende bien sus propuestas. Fabrica una seudohistoria falseando las fuentes, cuando le conviene, y a partir de muy escasos conocimiento de base, y la vende con habilidad. Habla, por ejemplo, del "poder". Pero ¿qué es eso del poder? Un historiador sabe que hay que comenzar identificándolo, porque tiene nombres y mecanismos propios.

Es un supuesto revolucionario que a poco más de cuarenta años consigue acceder al *Collège de France,* algo que les va a estar negado a la gran mayoría de quienes resultan incómodos

---

20 Blumenthal, Sidney, "Bush's world of illusion", en: *Open Democracy*, 17-3-2006, refiriéndose al nuevo libro *America at the Crossroads: Democracy, Power and the Neoconservative Legacy*, New Haven, Yale University Press, 2006.

21 Huntington, S.P., *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, Barcelona, Paidós, 2004.

al "poder". Foucault tiene una historia político-personal muy poco respetable. Hombre supuestamente de izquierda, se vuelve anticomunista cuando en Polonia descubre que su amante de turno es un infiltrado de la policía; pero más adelante vuelve a luchar por causas de una izquierda radical, como contra el sistema carcelario, cuando tiene, en Francia, un nuevo amante maoísta que va a la cárcel. El final es todavía peor, y prefiero dejarlo sin explicar. Pero todo esto que se refiere a la persona se puede dejar a parte, pues para nosotros lo principal es su trabajo.

Cuando se publicaron los volúmenes de *Faire de l'histoire,*[22] Pierre Nora le encargó un trabajo a Vilar, donde éste denunciaba alguno de los trucos de Foucault, diciendo que eran tan evidentes y elementales que era imposible que no fuesen conscientes. Nora cuenta que a Foucault le sobrevino un ataque de ira, hasta el punto que le exigió que el texto de Vilar se eliminase de una nueva edición. Era incapaz de enfrentarse a un análisis crítico. En su obra se ocupa de problemas atractivos, pero la forma en que los plantea no permite verificación, ni ofrece pautas para seguir por el mismo camino.

P.A: *Acaba de aparecer en el suplemento* Ñ *de* El Clarín *de Buenos Aires,*[23] *a propósito de un último libro de Paul Veyne sobre la figura de Foucault, un comentario en que Veyne –que fue muy amigo de Foucault, incluso Foucault utilizó mucho sus trabajos acerca de la antigüedad– señala que este no tenía ninguna simpatía por algo así como la Revolución y, en segundo lugar, que sus objetos y problemas de estudios no tienen ninguna sistematicidad, sino que se debían a intereses "epidérmicos", es decir a inquietudes de un momento dado.*

---

22 Le Goff, Jaques y Nora, Pierre, *Hacer la historia,* Vol. I y II, Barcelona, Laia, 1978. (Edición original francesa de 1974)

23 Droit, Roger-Pol "A Foucault no le interesaba la revolución", en: *Ñ. Revista de Cultura,* Nº 240, Buenos Aires, El Clarín, pp. 10-11. 03/05/2008.

J.F: Y de búsqueda de éxito público. Otro que ha hecho una seria denuncia de Foucault ha sido Chomsky a propósito de la etapa en que se entusiasmó con la revolución islámica iraní. Pero respecto de su trabajo lo que hay que hacer es someterlo a análisis y tratar de separar lo que pueda haber de grano aprovechable de la mucha paja del ensayismo irresponsable y de la provocación.

P.A: *Una última cuestión. (Y es que mientras usted habla me estoy poniendo en lugar de aquel que lea esta entrevista y creo que hay una pregunta que no es posible omitir) Acerca de algo que es evidente en sus trabajos y que es una matriz teórica marxista. Sé que es una pregunta que podría servir más para empezar una nueva conversación que cerrarla. Pero le pido tan sólo que nos dé algunas pistas ¿Cuales serían las aportaciones que podría seguir entregándonos una historiografía de este tipo, frente al devenir de la historiografía contemporánea, que más o menos hemos tratado en esta conversación?*

J.F: Veamos. Es que lo de ser marxista es algo complejo. Usted sabe que el primero que decía que no era marxista era Marx, con toda la razón del mundo. Para mí Marx es una referencia intelectual, entre otras, aunque de una extraordinaria importancia. Entre mis autores formativos figuran desde Polibio, acerca del cual he publicado un trabajo, o el Maquiavelo de las *Istorie fiorentine*, hasta el Diderot que colabora con Raynal en la primera denuncia del imperialismo, y por este camino hasta Marx. Pero un Marx que no tiene gran cosa que ver con el de los catecismos de los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, elaborados a base de citas de unos textos de los primeros años, que en ocasiones han sido maltratados por las traducciones, sin que muchos de estos supuestos marxistas acertasen a darse cuenta de errores tan groseros que hubieran debido resultarles perceptibles a primera vista. En la traducción de *El Capital* editada por el Fondo de Cultura Económica, que

es la de Wenceslao Roces, hay a veces deslices tremebundos que han sido usados sin ninguna precaución como base de estudios –como ocurre en el caso de un famoso sociólogo brasileño en un trabajo sobre las clases sociales–, lo que demuestra que en realidad no se leían, sino que se recitaban como si fuesen textos litúrgicos.

Mi Marx es el Marx viejo que en abril de 1879, cuatro años antes de su muerte, le decía en una carta a Danilson que no podía concluir la redacción del tomo segundo de *El Capital* hasta ver como acababa la crisis económica que estaba afectando entonces a Gran Bretaña, con estas palabras: "Es necesario observar el curso actual de los acontecimientos hasta que lleguen a su maduración antes de poder 'consumirlos productivamente', esto es 'teóricamente'". Esto es, que al final de su vida no creía tener una teoría completa y cerrada (eso que hablábamos de una "ciencia") que explicase las cosas.

Por ello los marxistas que me han influido son "atípicos", como es el caso de E.P. Thompson e incluso el de alguien que no es precisamente un historiador, como Walter Benjamin. Que no me interesa como objeto de estudio: no me interesa hacer filología con su obra, ni elucubrar acerca de sus orígenes judíos. Lo que me interesa es lo que sus textos me sugieren. Es igual que lo que te sucede cuando lees un poeta, que importa menos lo que ha querido decir en concreto –lo normal es que ignores las circunstancias puntuales que le han inspirado– que lo que sus palabras suscitan en ti.

Café de la Biblioteca Nacional
Santiago, 21 de octubre de 2008.

LA CRISIS DE LA HISTORIA SOCIAL[24]

Lo que me propongo en estos días es compartir con ustedes el tipo de preocupaciones que vivimos muchos de los que hemos dedicado una vida de trabajo a la investigación y la enseñanza de la historia, al descubrir que la cómoda práctica del investigador académico, centrada en la comunicación con la gente de la propia tribu –que es, al fin y al cabo, quien reparte las cualificaciones en que se basa el éxito de nuestra carrera profesional– se estaba convirtiendo en una especie de actividad vacía, carente de sentido para el resto de la sociedad. El problema no es, como muchos argumentan en su defensa, que nuestro trabajo se haya convertido en algo técnico, demasiado difícil para la comprensión del público de la calle; de ser así, se podría resolver con la práctica de la divulgación, y eso no lo remedia, como se puede ver si consideramos el tipo de divulgación que tiene éxito entre el público, que es el que difunde un género de literatura más o menos novelística que no tiene punto de contacto alguno con los resultados de la investigación. De lo que se trata, fundamentalmente, es de la falta de "relevancia", si me permiten ustedes que use este anglicismo, porque decir "pertinencia", en buen castellano, no me parece que sirviera para expresar lo mismo.

---

[24] Clase dictada el 22 de octubre de 2008, en el contexto del seminario "La historia hoy: viejos y nuevos caminos". Sala Rubén Darío, Dirección de Extensión de la Universidad de Valparaíso.

Hablaré hoy de la crisis que sufrió, a partir de los años setenta, el modelo de historia social que cultivábamos, para hacerlo, mañana y pasado, de los nuevos caminos que estamos explorando.

A comienzo de los años setenta del siglo pasado se estaba gestando un cambio político y cultural de la mayor importancia. Contribuyeron a ello la frustración de los movimientos izquierdistas del 68' y el desengaño que para muchos significó el aplastamiento por la Unión Soviética de la llamada "primavera de Praga", a lo que pronto se iban a sumar los efectos de una crisis económica, iniciada con el alza de los precios del petróleo, que ponía fin a las tres décadas de crecimiento ininterrumpido de posguerra, así como la subida al poder de gobiernos de una derecha dura, como los de Margaret Thatcher y Ronald Reagan, empeñados en liquidar la fuerza de los sindicatos y en frenar los cambios que se habían producido en la década de los sesentas.

Esta campaña contrarrevolucionaria se proponía combatir las ideas avanzadas que habían inspirado los movimientos de los años sesenta. En los Estados Unidos lo expresaba el texto que en 1971 escribió Lewis Powell, futuro miembro del Tribunal supremo, que la "United States Chamber of Commerce" hizo circular con el título de "Memorándum confidencial: Ataque al sistema americano de libre empresa", en que se advertía a los dirigentes de los negocios que las amenazas al mundo de la "empresa libre" tenían como autores intelectuales a "los estudiantes universitarios, los profesores, el mundo de los medios de comunicación, los intelectuales y las revistas literarias, los artistas, los científicos".

En Gran Bretaña la lucha fue todavía más directa, como se manifestó en los esfuerzos por transformar la enseñanza de la historia en las escuelas, definiendo unos programas unificados de los que se quería eliminar cualquier rastro de la vieja historia social progresista. La propia señora Thatcher, que intervenía personalmente en estos debates, no dudó en

expresar sus objetivos ante la Cámara de los Comunes: "En lugar de enseñar generalidades y grandes temas, ¿por qué no volvemos a los buenos tiempos de antaño en que se aprendían de memoria los nombres de los reyes y las reinas de Inglaterra, las batallas, los hechos y todos los gloriosos acontecimientos de nuestro pasado?" .[25]

Como ha escrito Geoff Eley en una obra que citaré en más de una ocasión en estos días, porque tiene la particularidad de ser, a la vez, una especie de libro de memorias de un historiador y una historia de la evolución de las ideas de su oficio en los últimos cuarenta años, el cambio que se produjo en el instrumental teórico y metodológico de los historiadores fue paralelo al agotamiento de las esperanzas políticas de la izquierda. "Mi argumento en este libro, nos dice, trata de usar la evolución política de las cuatro últimas décadas como un contrapunto esencial de los intereses cambiantes de los historiadores".[26] Las etapas de esta evolución paralela de su vida y de su oficio arrancan, nos dice, del "optimismo" que caracterizó sus años de formación y de aprendizaje, histórico y político; siguen con el "desengaño" de los años del reflujo, en que un historiador de izquierdas de la talla de Tim Mason abandonó su proyecto de escribir una historia social del nazismo y acabó suicidándose, y continúan con el título de "reflexión", que le sirve para caracterizar su trayectoria, y la de los historiadores

---

25 Sobre los trabajos de reforma de la enseñanza de la historia en Gran Bretaña, Terry C. Lewis, "The National Curriculum and history" en V.R. Berghahn y H. Schlisser, eds., *Perceptions of History. An Analysis of School Textbooks*, Oxford, berg, 1987, pp. 128-140. La cita de la Sra. Thatcher, de Pilar Maestro, "El modelo de las historias generales y la enseñanza de la historia", en: J.J. Carreras y C. Forcadell, eds., *Usos públicos de la historia*, Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 219.

26 Eley, Geoff, *A Crooked Line. From Cultural History to the History of Society*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 2005, p. 187. Paralelamente, pero con un character menso personal, el tema se aborda en Geoff Eley y Keith Nield, *The Future of Class in History*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2007.

de su generación, en los años ochenta y parte de los noventa. Del final les hablaré en otro momento, porque corresponde a otra etapa y a otros problemas.

En cuanto se refiere al repertorio de ideas con que trabajaban los historiadores de los tiempos del "optimismo", lo primero que se hundió, y estrepitosamente, fue una amalgama de fórmulas de conjuro que pasaba fraudulentamente por marxismo, aunque apenas tenía nada que ver con lo que escribió realmente el viejo Marx, reducido en esta versión de los sesentas a unas cuantas citas de textos canónicos que se utilizaban para buscar todas las respuestas, sin necesidad siquiera de investigar la realidad. Algo que evidentemente se apartaba de la práctica personal de Marx, que en abril de 1879, cuatro años antes de su muerte, le decía en una carta a Danilson que no podía concluir la redacción del tomo segundo de *El Capital* hasta ver como acababa la crisis económica que estaba afectando entonces a Gran Bretaña, con estas palabras: "Es necesario observar el curso actual de los acontecimientos hasta que lleguen a su maduración antes de poder 'consumirlos productivamente', esto es 'teóricamente'".[27]

El estructuralismo marxista a la francesa, amparado por una cobertura filosófica de apariencia respetable, se había convertido en la forma dominante de difusión de ese seudomarxismo en Europa Occidental y en América Latina. La cobertura filosófica la daría sobre todo Althusser, quien, criticando "la confusión que reina en el concepto de historia", se decidió a reestructurar la disciplina desde la pura reflexión filosófica, en un ejercicio de metateoría. El modo de producción se dividió en estructuras regionales y se estableció todo un juego de relaciones entre éstas, con el que se quería resolver verbalmente todas las contradicciones. La euforia verbalista estimuló la creación de toda suerte de nuevos "modos de producción especializados" –doméstico, tributario, parcelario, etc.– cayendo

[27] *Marx Engels Werke*, 34, pp. 370-375.

en la vieja trampa de 'resolver' los problemas reformulándolos verbalmente. No se trataba de "consumir teóricamente la realidad", como pedía Marx, sino de usar una teoría previamente establecida para interpretarla. La teorización se mantenía en un terreno de máxima abstracción y sólo se acudía a la realidad, *a posteriori*, para buscar en ella ejemplos que ilustrasen los resultados previstos (es bien sabido que, si se la encaja de manera adecuada en esquemas prefabricados, una realidad parcial y cuidadosamente acotada nunca desmiente la teoría).

De la rapidez con que se vino abajo la máquina verbal del galomarxismo, que tenía incluso un catecismo como el de Marta Harnecker, puede dar idea lo sucedido con dos sociólogos británicos que en 1975 publicaron un libro en que sostenían que, estando la historia "condenada por la naturaleza de su objeto al empirismo", era necesario construir un materialismo histórico reducido a "una teoría general de los modos de producción", esto es, a la pura y simple teorización. El libro en que se hacía esta afirmación se publicaba en 1975. En 1977, dos años más tarde, los mismos autores presentaban un nuevo libro en el que se criticaban a sí mismos por lo que habían escrito anteriormente y llegaban hasta el punto de negar la utilidad del concepto mismo de modo de producción.[28] ¿Cómo entender, en este caso, que un editor español tradujera en 1979 el libro de 1975 que sus propios autores habían desautorizado en 1977? Sólo la extrema confusión de estos años puede explicarlo.

Lo peor del caso fue que el descrédito arrastró también a la tradición de la llamada historia social, que había madurado en la Gran Bretaña de los años veinte y treinta, y había alcanzado su plenitud en la obra de los llamados "historiadores

---

[28] Hindess, Barry y Hirst, Paul, *Pre-capitalist modes of production*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1975 (cita de pp. 310-311) y *Mode of production and social formation. An auto-critique of "Pre-capitalist modes of production"*, Londres, Macmillan, 1977. La traducción española del primero, *Modos precapitalistas de producción*, la publicó Ediciones Península en 1979.

marxistas británicos" (Christopher Hill, Eric Hobsbawm, Edward Thompson...), al igual que sucedió con la de la etapa más fecunda de la escuela francesa de *Annales*: la que empezó con Lucien Febvre y Marc Bloch, y concluyó con Ernest Labrouuse y Fernand Braudel. Braudel, en concreto, fue defenestrado en 1969 por sus antiguos discípulos –aquellos a los que Marc Ferro llama "los antiguos comunistas, convertidos ahora en anticomunistas", esto es los Furet, Le Roy Ladurie y compañía. En los dieciséis años que le quedaban de vida, Braudel no volvió a publicar nunca más en *Annales*, una revista que iniciaría entonces unos años de desconcierto y de frivolidad que el propio Braudel criticaba desde fuera.

No tendría sentido seguir a esta gente desconcertada en sus sucesivas aventuras intelectuales, que no han dejado tras de sí, y esto me parece ser la prueba definitiva de su esterilidad, obras que puedan ni remotamente compararse a las de Bloch, Vilar, Labrousse, Hobsbawm o Thompson. El punto de llegada y el elemento común de esta deriva puede definirse a grandes rasgos por dos conceptos: el de posmodernismo y el de lo que se llamó el "giro cultural" o "giro lingüístico".

Este giro se expresó sobre todo a través del abandono gradual de la vieja historia social en favor de la cultural y del análisis del discurso. Uno de los principales protagonistas de esta evolución en los Estados Unidos fue Hayden White, que elaboró una combinación entre teoría de la historia y teoría literaria que le llevaba a considerar la obra histórica como "una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa" que, al margen de los datos que pueda contener, tiene un componente estructural profundo, de naturaleza poética y lingüística, que sirve como paradigma precríticamente aceptado de la interpretación. Esta "infraestructura metahistórica" no está formada por los conceptos teóricos explícitamente usados por el historiador a fin de dar a su narrativa el aspecto de una explicación, sino que depende de un nivel profundo en que el historiador

realiza un acto esencialmente poético, en el cual "prefigura el campo histórico y lo constituye como un dominio sobre el cual aplicar las teorías específicas que utilizará para explicar 'lo que realmente estaba sucediendo'". La interpretación histórica aparece así denunciada como un procedimiento que no tiene nada que ver con los métodos de la ciencia, sino que procede "excluyendo determinados hechos de su relato como irrelevantes para su propósito narrativo" e incluyendo, con el fin de hacer posible la explicación que propone, especulaciones que no se encuentran en los hechos verificables. La visión del pasado que nos da un historiador no deriva, por tanto, de la evidencia que utiliza, sino de las elecciones conscientes e inconscientes que ha hecho de acuerdo con la "poética histórica" que usa.[29]

El de posmodernismo es un término muy amplio y, por ello mismo, difícil de definir. Para empezar tiene genealogías muy diversas según se le considere desde el punto de vista del arte, de la filosofía o de la literatura. Se acostumbra a considerar que tuvo su origen en la arquitectura, y en concreto en el rechazo del 'alto modernismo' representado por la arquitectura de Le Corbusier, Frank Lloyd Wright o Mies van der Rohe. Se ha llegado a concretar, en este sentido, que el posmodernismo nace a las 3:32 de la tarde del 15 de julio de 1972, cuando un edificio de viviendas 'moderno' de Saint Louis, inspirado en Le Corbusier y premiado por su calidad arquitectónica, fue dinamitado, considerándolo como un entorno inhabitable para la gente de bajos ingresos que vivían en él, lo que señalaría el momento en que las ideas del modernismo tradicional dejaban paso a nuevas propuestas.

Quien daría una mayor difusión al término sería Jean-François Lyotard con *La condition posmoderne*, un libro escrito

---

[29] Rorty, Richard, *El giro lingüístico*, Barcelona, Paidós, 1990; Hayden White, *Metahistory*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1973 (hay traducción castellana, México, Fondo de Cultura Económica, 1992), *Tropics of discourse. Essays in cultural criticism*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1978 y *The content of the form. Narrative discourse and historical representation*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1990.

por encargo, publicado en 1979, donde anunciaba el fin de lo que denominaba las "metanarrativas", es decir de las grandes interpretaciones generales como el socialismo, el cristianismo, la ideología del progreso, etc., lo que en el terreno de la historia llevaba al rechazo de las periodizaciones y de las interpretaciones globales, a la substitución del *grand récit* (el gran relato) de la Historia en mayúscula –que Lyotard consideraba de naturaleza legitimadora– por el *petit récit* de las historias en minúscula y al reemplazo de las afirmaciones sobre la realidad por metáforas. Lo que se buscaba en el nuevo método era "el análisis histórico de la representación frente a la quimérica persecución de una "realidad" histórica perceptible y accesible", con lo cual se acababa negando la posibilidad y la utilidad de la historia.[30]

Si en el terreno historiográfico la reacción posmoderna se suele limitar a presentarse como una serie de negaciones y rechazos, comenzando por el de los métodos de historia social que dominaban en los años sesenta, en sus formulaciones más coherentes y más ambiciosas los posmodernos se postulan como defensores de un cambio mucho más radical, que enlaza con el rechazo de la tradición ilustrada por parte de Adorno y de Horkheimer. Según Keith Jenkins, "vivimos en la condición

---

30 Lyotard, Jean-François, *La condition postmoderne*, París, Seuil, 1979; Perry Anderson, *Los orígenes de la posmodernidad*, Barcelona, Anagrama, 2000; sobre la arquitectura, David Harvey, *The condition of postmodernity*, Oxford, Blackwell, 1990, pp. 39 y ss; Frederic Jameson, "Theories of the postmodern", en: *The cultutral turn*, Londres, Verso, 1998, pp. 21-32. Frank R.Ankersmit, "The origins of postmodernist historiography", en: Jerzy Topolski, ed., *Historiography between modernism and postmodernism*, Amsterdam, Rodopi, 1994, pp. 87-117; F.R. Ankersmit *History and topology. The rise and fall of metaphor*, Berkeley, University of California Press, 1994; Patrick Joyce, "The end of social history", en: Keith Jenkins, ed., *The postmodern history reader*, Londres, Routlege, 1997, pp. 341-365. Una reciente reafirmación de sus principios se encontrará en el volumen colectivo: Keith Jenkins, Sue Morgan and Alun Munslow, *Manifestos for History*, Londres, Routlege, 2007. Michael Roberts, "Posmodernism and the linguistic turn", en: Peter Lambert and Phillipp Schofield, *Making History: An Introduction to the History and practices of a discipline*, Londres, Routledge, 2004, pp. 227-240.

general de la 'posmodernidad'", que "no es una 'ideología' o una postura a la cual podamos escoger adherirnos o no". La posmodernidad es "nuestro destino". Un destino que nace del gran fracaso de la "modernidad", del fracaso del intento, que comenzó en la Europa ilustrada del siglo XVIII, de conseguir elevados niveles de bienestar personal y social "por medio de la aplicación de la razón, la ciencia y la tecnología". Para Lyotard "el proyecto moderno" habría conducido a Auschwitz, y habría marcado con esto su trágica liquidación.[31]

Uno de los aspectos de este giro que resulta más difícil de comprender es su falta de rigor intelectual, que comienza manifestándose por los modelos filosóficos que elige. El ejemplo más evidente de ello es el de Michel Foucault, que teorizaba sobre las ciencias humanas y sobre la historia, o mejor dicho, sobre la inutilidad del saber menor de los historiadores –por los cuales, dirá Pierre Nora, sentía un desprecio que nunca pudo disimular–, a quienes acusaba de elaborar un discurso falsificador, de inventar evolución y continuidad sobre la base de las discontinuidades de la realidad, y de ofrecer una narración construida de acuerdo con su contexto cultural y con sus intereses, como si fuese un relato verdadero de lo que aconteció en el pasado. Este ataque al saber establecido, sumado a sus denuncias de los mecanismos ocultos de dominación del poder, que los historiadores habrían pasado por alto, ligaba aparentemente con el espíritu de revuelta de 1968, lo cual ayuda a explicar su éxito.

Es evidente que Foucault planteó, aunque fuera confusamente –a veces de forma tramposa–, problemas importantes, pero sus propuestas metodológicas no eran aplicables a la

---

31 Jenkins, Keith, *On "What is history?". From Carr and Elton to Rorty and White*, Londres, Routledge, 1995, p.6 De manera semejante, Alun Munslow, en: *The Routledge companion to historical studies*, Londes, Routledge, 2000, p. 188, dice: "Posmodernismo es una descripción general de la condición de nuestra existencia presente, que sería mejor llamar "posmodernidad"". Para una forma distinta de entender la herencia de "las luces", Zeev Sternhell, *Les anti-Lumières. Du XVIIIe siècle à la guerre froide*, París, Fayard, 2006.

práctica en la forma en que aparecían formuladas y sus intentos personales de escribir historia resultaban inaceptables, basados como estaban en un conocimiento sesgado y muy escaso de las fuentes, agravado por el uso de citas textuales adulteradas y por la formulación de afirmaciones con una vaguedad que impedía someterlas a crítica.

Cuando, en su contribución a los volúmenes de *Faire de l'histoire*, la compilación dirigida por Jaques Le Goff y Pierre Nora, Pierre Vilar denunció las trampas y errores de Foucault, dando a entender que eran tan grandes que sólo podían ser deliberados, la ira de éste le llevó a exigir que el texto de Vilar se retirase de la segunda edición, demanda propia de la miseria del personaje, de quien Chomsky dirá que era "completamente amoral", y que demostraba con ello su incapacidad para enfrentarse a una crítica hecha con rigor.[32]

Desde el posmodernismo se puede ir, en teoría, hacia posiciones políticas muy diversas, pero sucede que casi siempre conducen a un escepticismo paralizador, harto satisfactorio para el orden establecido, que no ha de temer molestias de este lado (lo cual ayuda a explicar la llegada de un Foucault, con sólo cuarenta y cuatro años, a una posición privilegiada como la de profesor del *Collège de France*). Esta pretensión de neutralidad se puede ver, por ejemplo, en un Mark Poster, que nos asegura que los problemas del mundo no tienen nada que ver "con teorías liberales o marxistas", o de una Patrick Joyce que, refiriéndose a los conceptos de "derecha" e "izquierda" se pregunta "si es que estos términos todavía tienen un sentido claro".

La teorización posmoderna tiende a alejarse de la confrontación con la realidad y tiene, mayoritariamente, unas consecuencias de inhibición de cualquier compromiso, ya que

---

32 Eribon, Didier, *Michel Foucault*, París, Flammarion, 1989; Richard F.Hamilton, *The social misconstruction of reality. Validity and verification in the scholarly community*, New Haven, Yale University Press, 1996, pp. 171-196; François Dosse, *Histoire du structuralisme*, París, La Découverte, 1991-1992, II, pp. 296-335.

los mismos argumentos que sirven para sostener la imposibilidad de "conocer el auténtico significado del pasado", son válidos para negar nuestra capacidad de conocer un presente que no podemos analizar, forzosamente, más que cuando ya se ha convertido en pasado.[33]

No hace mucho Noam Chomsky reflexionaba acerca de los efectos de la deriva de una cierta izquierda que "se cansó de tener razón sin que el mundo le hiciera el menor caso, y prefirió prescindir alegremente del mundo". Contaba las experiencias que había vivido en Egipto, entre gente que había luchado valientemente en tiempos de Nasser y de sus sucesores, que habían sufrido entonces la cárcel y la tortura, pero que ahora, desesperanzados, preferían sumergirse en las últimas locuras posmodernas. "Así –cuenta–, cuando daba conferencias sobre la situación actual, incluso en institutos de investigación dedicados al análisis de los problemas estratégicos, los asistentes querían que eso se tradujera en términos de jerga posmoderna. Por ejemplo, en lugar de pedirme que hablara de los detalles de la política norteamericana o del Oriente medio, donde ellos viven, algo demasiado sórdido y falto de interés, querían saber cómo la lingüística moderna brinda un nuevo paradigma discursivo sobre los asuntos internacionales que substituirá al texto postestructuralista".[34]

¿Cómo debería ser una historia posmoderna? Resulta difícil imaginarlo, puesto que esta misma denominación es contradictoria. Las influencias teóricas que reconocen sus cultivadores (Lyotard, Baudrillard, Barthes, Foucault, Derrida) no proceden en ningún caso del campo de la historia, y sus afirmaciones acostumbran a ser críticas de la práctica "moderna" de la disciplina, pero no nos proporcionan, en contrapartida, reglas para organizar

---

33 Poster, Mark, *Cultural history and postmodernity. Disciplinary readings and challenges*, New York, Columbia University Press, 1997, p.32; Patrick Joyce, "The return of history: postmodernism and the politics of academic history in Britain", en: *Past and Present*, 158 (febr.1998), pp. 207-235 (cita de p. 231)

34 Palermo, Darwin, "Chomsky contra Foucault, 35 años después", en: www.sinpermiso.com, 20 de noviembre de 2006.

una forma alternativa de trabajo "desde la perspectiva del postempirismo", como dicen. Uno de sus cultivadores afirma, por ejemplo que "el empirismo de base documental con su sentido implícito de objetividad no es la única forma disponible para el estudio histórico". Todos los historiadores construyen el pasado como un objeto, sostiene, y su construcción está mediatizada por demandas ideológicas y se ofrece en forma de una narración, marcada ella misma por sus reglas.

Vamos a dejar sentado, para empezar, que un científico como el paleontólogo Stephen Jay Gould afirma taxativamente que toda la ciencia se hace, expresa o tácitamente, en forma de una narrativa –"Los seres humanos son contadores de historias por naturaleza. Organizamos el mundo como un conjunto de cuentos"[35]–, o sea que no tiene nada de delictivo, en el contexto de la práctica global de la ciencia, que el historiador haga otro tanto.

Pero sigamos con los posmodernos, que afirman que sus posturas no implican negar su realidad al pasado, sino reconocer "que hay diversas realidades a imaginar o que yo puedo construir como existentes en el pasado. La historia no es ni ficcional ni factual, es imaginativa e interpretativa". Y, llevando las cosas al tema del eurocentrismo, del que nos ocuparemos más adelante: "La Historia, con mayúscula, es la metanarrativa cultural central de Occidente, una especulación modernista que hace que asignemos tradicionalmente a acontecimientos fortuitos una trayectoria y una significación determinadas por los grandes programas de desarrollo y progreso –marxismo, liberalismo, capitalismo, socialismo, nacionalismo y el resto".[36]

---

35 Jay Gould, Stephen, *Milenio*, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 164-165.

36 Munslow, Alun, *Routledge companion to historical studies*, pp. 20 y 188-191. Keith Jenkins califica de historiadores a Derrida, Lacan, Lyotard, Foucault, Rorty, etc., y nutre su *The postmodern history reader* con sus textos teóricos, mezclados con los de profesionales como Elton, Perez Zagorin o Patrick Joyce.

Si los posmodernos no nos proporcionan, como recambio de las que condenan, unas prácticas alternativas para la investigación de la historia es, nos dicen, porque "en nuestra condición" posmoderna no hay ninguna práctica ni conjunto de reglas del tipo de aquellas en que insisten los historiadores normales (esto es extra-históricas) que puedan revelar exclusivamente la(s) verdad(es) del pasado". Convendría, sin embargo, que nos explicasen cómo se puede elaborar una historia postempírica, "abierta a formas no convencionales de representación histórica", de la cual no hay, por ahora, ningún ejemplo conocido, ya que sus partidarios se dedican en cuerpo y alma a la teoría y no nos han ofrecido ninguna muestra de cómo conciben esta historia liberada de los vicios de la modernidad.

Las consideraciones entorno a la "construcción social" de las ideas, que no son precisamente una novedad, son interesantes, pero llevar esta cautela hasta una negación de la validez de todo conocimiento objetivo resulta innecesariamente paralizador. Lo podemos ver en el caso de las ciencias de la naturaleza, a las cuales han llegado también los efectos de la crítica posmoderna, que sostiene que sus resultados son meras "construcciones sociales", productos de una cultura que acepta como verificado aquello que corresponde a los paradigmas dominantes, y rechaza tomar en cuenta y analizar lo que los contradice.

Harry Collins y Trevor Pinch han insistido en que no pueden separarse ciencia y sociedad, y en que la historia de la ciencia, tal y como se nos explica habitualmente, es un ejercicio de retrospección en que se nos oculta que las cosas han sido generalmente mucho menos claras y limpias de lo que se nos quiere hacer creer en las historias establecidas de la ciencia. La aceptación de una nueva hipótesis, e incluso de un nuevo descubrimiento, resulta fácil si encajan en los paradigmas aceptados, y en este caso hay menos rigor en las exigencias de verificación, pero puede resultar muy difícil, si los contradicen.

Del segundo caso tenemos ejemplos como el del astrofísico indio Subrahmanyan Chandrasekhar, que era aún un joven científico desconocido cuando expuso la hipótesis, basada en sus cálculos, de la existencia de lo que hoy denominamos "agujeros negros", pero chocó con la autoridad de Sir Arthur Eddington y no consiguió que nadie examinase seriamente sus argumentos durante un tiempo. Pero una cosa es explicar el contexto social en que se desarrolla el trabajo del científico, y otra reducirlo todo a este contexto. Los viejos planteamientos de Kuhn sobre la estructura de las revoluciones científicas nos explicaban ya que el avance de la ciencia no es lineal; pero sabemos también que los obstáculos sociales no han tenido, ni siquiera a medio plazo, ningún efecto paralizador sobre la marcha de la ciencia, donde, más pronto o más tarde, han acabado aceptándose los agujeros negros (Chandrasekhar obtuvo finalmente el Premio Nobel en 1983).[37]

En un estudio sobre la ciencia y el comercio en el siglo XVII holandés, Harold J. Cook nos dice que no se pueden cambiar sin lucha las ideas que la sociedad tiene sobre la naturaleza, pero que quienes se encuentran inmersos en una vida activa acaban reconociendo la validez de las nuevas interpretaciones cuando ven que permiten resolver problemas reales y acuciantes de la vida material, que aportan satisfacción a los sentidos y que ofrecen a la mente la seguridad de que el mundo natural es así .[38]

---

37 Sobre la "construcción social" de la ciencia, véase Steven Shapin, *A social history of truth. Civility and science in seventeenth-century England,* Chicago, Chicago University Press, 1994. Sobre las incertidumbres de la ciencia, Harry Collins y Trevor Pinch, El gólem, Barcelona, Crítica, 1996; John Ziman, *Prometeus bound. Science in a dynamic steady state*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, etc. Sobre el asalto del posmodernismo a las concepciones tradicionales de la ciencia, Gregory N.Derry, *What science is and how it works*, Princeton, Princeton University Press, 1999, pp. 207-213. Ian Hacking, *The social construction of what?,* Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1999.

38 Cook, Harold J., *Matters of Exchange. Commerce, medicine, and Science in the Dutch Golden Age*, New Haven, Yale Unviersity Press, 2007, p. 416.

Al historiador, en concreto, los principios del posmodernismo le han sido útiles como herramientas de crítica para corregir errores de visión, para incitarle al rigor en el análisis de los textos y para hacerle consciente de la forma en que sus condicionamientos personales, y sociales, pueden afectar a su trabajo. Pero no le sirven, en contrapartida, para encontrar pautas para investigar el pasado.

En los escritos de los posmodernos encontramos generalmente mucha teoría y muy poca confrontación con la realidad. Sus elaboraciones suelen tener un carácter libresco: Mark Poster, un profesor de la Universidad de California a cuyas ideas políticas me he referido antes, nos explica cómo son sus cursos de concienciación teórica en el terreno de la historia cultural posmoderna. Los problemas de la sexualidad, nos dice, pueden estudiarse "con una perspectiva freudiana, foucaultiana o feminista", lo que crea dificultades como consecuencia del uso de diferentes terminologías, "que no tienen nada que ver con las cuestiones empíricas de quién lo dijo o quién lo hizo, en qué momento o en qué lugar, con la verificación de los documentos o con el conflicto entre los testimonios". Cuestiones, éstas de la realidad de los hechos, que no parecen importarle.[39]

Lo cual hace comprensible el reproche de Kevin Passmore cuando dice que no está claro por qué los posmodernos, "pese a su convicción de que es imposible escribir historias válidas, no dudan en escribir sobre el pasado e interpretarlo". De hecho el posmodernismo acaba conduciendo, como lo demuestran los libros de Keith Jenkins o de Alun Munslow, a negar cualquier validez a la historia y a la ética, dos disciplinas que, como están muertas, no

[39] Poster, Mark, *Cultural history and postmodernity*, pp. 157-158. Tal vez sea profesor de historia en la Universidad de California, pero toda su obra parece limitarse a rumiar una y otra vez ideas de Foucault, Derrida y compañía, mientras que sus conocimientos acerca de la investigación histórica de su tiempo parecen más bien escasos, como se puede ver en la bibliografía que usa para hablar de la historia del consumo.

vale la pena ni siquiera seguir criticando y deconstruyendo; basta con olvidarse de ellas, ya que el posmodernismo nos ha llevado a un momento en que, afirma Jenkins, "podemos vivir nuestras vidas en nuevas formas de medir el tiempo que no se refieren a un pasado articulado en discursos que se nos ha convertido en históricamente familiar. Y tal vez podemos comenzar a formular nuevas moralidades sin recurrir a los moribundos sistemas éticos".[40]

Llegado a este punto no es solamente que el historiador se encuentre explícitamente excluido de una corriente que niega la posibilidad de su trabajo, sino que se percata de que una óptica semejante lo aleja por completo de los problemas reales de los hombres y de las mujeres, que son, o habrían de ser, el objetivo propio de cualquier investigación histórica válida.

Como ha dicho Ziauddin Sardar, el posmodernismo es el auténtico fin de la historia tal y como la hemos conocido, porque priva a todos los acontecimientos históricos de sentido. El significado es un acto de interpretación que escogemos de entre las múltiples interpretaciones en competencia. "El fin de la historia del posmodernismo es la conversión de toda secuencia temporal en simultaneidad, la coexistencia de todas las posibilidades como un gran calidoscopio en que ninguna de las pautas es más persuasiva, dominante o significativa que cualquier otra".[41]

Señalar la esterilidad del posmodernismo no implica menospreciar la influencia que los argumentos que ha planteado han tenido en la crítica de determinadas posiciones. Lo podemos ver, por ejemplo, en el caso de la arqueología, donde han servido para superar el estrecho cientifismo casi positivista del procesualismo. En los años ochenta la arqueología

---

[40] Jenkins, Keith, *Why history? Ethics and postmodernity*, Londres, Routledge, 1999, p. 2. Entre las incoherencias de Jenkins habría que señalar que vive profesionalmente como "reader" de historia en University College de Chichester. Las nuevas moralidades no llegan, por lo visto, al punto de renunciar a cobrar por enseñar una materia caducada y perversa.

[41] Sardar, Ziauddin, *Postmodernism and the other. The new imperialism of western culture*, Londres, Pluto Press, 1998, citas de pp. 85-86 y 15.

procesual entró en crisis y comenzó a sufrir ataques surgidos de las corrientes posmodernas, que la volvieron a aproximar, paradójicamente, a una óptica cultural. Ian Hodder reaccionó contra el positivismo cientifista de la *new archaeology*, señalando que esta había olvidado al individuo en su preocupación por el sistema. La nueva arqueología postprocesual o contextual recoge aspectos del posmodernismo, como la admisión de que toda interpretación del pasado se hace siempre en función del presente y que tiene siempre una resonancia política. Pero la diferencia con la retórica libresca de los posmodernos es que busca las respuestas en una práctica crítica de la investigación y no en el mero debate teórico.[42]

Aunque, con el fin de simplificar, esté hablando globalmente de posmodernismo, el repertorio de los enfoques teóricos de los posmodernos adopta una multiplicidad de formas. En un manual de introducción encontramos, por ejemplo, capítulos dedicados a todas estas diversas "metodologías": posestructuralismo y deconstrucción, posmodernismo, crítica psicoanalítica, crítica feminista, crítica gay/lesbiana, crítica marxista (!), nuevo historicismo y materialismo cultural, y poscolonialismo. En opinión de Russel Jacoby esta secuencia se puede interpretar genealógicamente de este modo: "el marxismo engendró el estructuralismo y el posestructuralismo, el posestructuralismo engendró el deconstruccionismo, el deconstruccionismo engendró el posmodernismo y los dos dieron nacimiento al poscolonialismo".[43]

Cuesta en ocasiones resistir la irritación que produce el empacho de retórica de los poscoloniales cuando hacen

---

42 Hodder, Ian, *Interpretación arqueológica. Corrientes actuales*, Barcelona, Crítica, 1988; Matthew Johnson, *Archeological theory. An introduction*, Oxford, Blackwell, 1999, pp. 98-115; Ian Morris, *Archaeology as cultural history*, Oxford, Blackwell, 2000. He usado también el artículo sobre arquelogia postprocesual de Nicola Terrenato en R.Francovich y D.Manacorda, eds., *Dizionario di archeologia*, Roma, Laterza, 2000, pp. 220-222.

43 Barry, Peter, *Beginning theory. An introduction to literary and cultural theory*, Manchester, Manchester University Press, 1995.

afirmaciones como las de Allan Bishop de que las matemáticas occidentales son "el arma secreta del imperialismo cultural", lo que se debería remediar con la adopción de los sistemas de contar de los primitivos, esto es con las "etnomatemáticas".[44] Con las cuales, como es evidente, sería imposible la práctica de la ciencia moderna, incluyendo la de la medicina, a la que no creo que dejen de recurrir, cuando la necesitan, los poscoloniales, por coherencia con sus principios.

O cuando hay que soportar la prosa pedante de Gayatri Chakravorty Spivak, que se define a sí misma como persona "con una cierta *carte d'entrée* en los *ateliers* teóricos de élite de Francia", que creyó necesario defenderse de los "amigos teoricistas" que habían criticado un trabajo suyo por "excesiva preocupación por el 'realismo histórico'" diciendo: "espero que una segunda lectura los persuadirá de que mi preocupación se ha dirigido a la fabricación de representaciones de la denominada realidad histórica".[45]

El poscolonialismo parte de una fuente de escasa validez científica, como es la obra de Edward Said, *Orientalismo*, un libro que fue rechazado desde el primer momento por los especialistas, de oriente y de occidente, por su simplismo y por la ignorancia de las realidades culturales e históricas de los estudios referidos a Oriente, lo que ha llevado a Robert Irwin a afirmar recientemente que "resulta un escándalo y un testimonio sangrante sobre la calidad de la vida intelectual en Gran Bretaña en las últimas décadas que los argumentos de Said sobre orientalismo hayan podido tomarse en serio".[46] Pero las afirmaciones rotundas de este especialista en literatura, que afirmaba la primacía del aficionado y despreciaba la erudición no-literaria, le

---

44 Jacoby, Russell, "Marginal returns. The trouble with post-colonial theory", en: *Linguafranca*, 5 (nº 6), sept/oct 1995, pp. 30-37.

45 Spivak, Gayatri Chakravorty, *A critique of postcolonial reason. Toward a history of the vanishing present*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1999, p. 244.

46 Irwin, Robert, *For Lust of Knowing. The Orientalists and their Enemies*, Londres, Allen Lane, 2006, p. 309. Bill Ashcroft y Pal Ahluwalia, *Edward Said. The paradox of identity*, Londres, Routledge, 1999.

ganaron un buen número de adeptos, la mayoría de los cuales procedían del campo de los estudios literarios o de la cultura, en especial de los departamentos de inglés de las universidades norteamericanas, donde las perspectivas de aportar algo nuevo en sus propias materias, sobrecultivadas, les estimulaba a hacer estas incursiones irresponsables por huertos ajenos.[47]

Denunciar la práctica académica de la historia universal como un elemento de apoyo intelectual del imperialismo podía estar justificado; pero, para comenzar, la reducción del conocimiento histórico a representación conduce a menospreciar los problemas reales de los hombres y mujeres del tercer mundo y, lo que es más grave, a sostener que los colonizados no se pueden expresar por sí mismos, sino que necesitan para hacerlo del auxilio de la voz que les presta el científico social poscolonialista, ninguno de los cuales se sabe que haya llevado su combate más allá de los "*ateliers* teóricos de élite" o de los departamentos de las universidades norteamericanas en que prestan sus servicios.[48]

Como ha dicho Kenneth Pomeranz, es verdad que las ciencias sociales dominantes son eurocéntricas, pero la solución no consiste en abandonar las comparaciones entre culturas y limitarse "a exponer la contingencia, la particularidad y tal vez la incognoscibilidad de los momentos históricos", sino que hay

---

47 Russell Jacoby ha denunciado (*The end of Utopia. Politics and culture in an age of apathy*, New York, Basic Books, 1999, p. 123) la farsa de deconstructores y poscolonialistas que se fingen intelectuales marginales que luchan contra el sistema, cuando lo que buscan son lugares tranquilos de trabajo en las universidades y conferencias bien pagadas. Un indio, Aijaz Ahmad, ha dicho que la nueva disciplina de poscolonialismo es menos un campo subversivo que una maniobra de carrera para inmigrantes asiáticos de clase elevada en las universidades norteamericanas.

48 Spivak, Gayatri Chakravorty, "Les subalternes peuvent-ils s'exprimer?", en: Mamadou Diouf, ed., *L'historiographie indienne en débat. Colonialisme, nationalisme et sociétés postcoloniales*, París-Amsterdam, Karthala-Sephis, 1999, pp. 165-229.

que confrontar las percepciones sesgadas de los dos lados para construir otras mejores.[49]

Una respuesta crítica a estas limitaciones, que enlazaba conjuntamente los problemas de la exclusión social y los de la marginación eurocéntrica, la dio, a partir de fines de los años setenta, la escuela india de los "subaltern studies", inspirada sobre todo por Ranajit Guha, de quien hablaré en otro momento, que en el manifiesto inicial de *Subaltern studies* denunciaba el carácter elitista de una historia nacionalista india que había heredado todos los prejuicios de la colonial y que era incapaz de mostrar "la contribución hecha por el pueblo *por si mismo*, esto es *independientemente de la élite*" y de explicar el campo autónomo de la política india en los tiempos coloniales, en que los protagonistas no eran ni las autoridades de la colonia ni los grupos dominantes de la sociedad indígena, "sino las clases y grupos subalternos que constituyen la masa de la población trabajadora y los estratos intermedios en la ciudad y en el campo –esto es, el pueblo".

Desde 1985, sin embargo, comenzaron a plantearse disidencias en el grupo, cuando una parte de sus miembros se propuso abandonar el proyecto historiográfico de Guha para avanzar por los caminos del poscolonialismo más convencional. Fue entonces, significativamente, cuando los medios académicos occidentales –que nunca habían hecho demasiado caso de Guha, un hombre con un pasado subversivo de organizador sindical– comenzaron a tomarlos en cuenta y cuando su estilo –es difícil hablar de método en estas circunstancias– se ofreció como una vía aplicable de manera general al tercer mundo. Gyan Prakash lo presentaba en 1990 como un posible modelo para escribir "historias posorientalistas del tercer mundo", pero se encontraba con las objeciones de Rosalind O'Hanlon y David Washbrook, que denunciaban la incoherencia de querer

[49] Pomeranz, Kenneth, *The great divergence. China, Europe and the making of the modern world economy*, Princeton, Princeton University Press, 2000, p. 8.

combinar una perspectiva marxista que se proponía interpretar la historia y cambiar la sociedad, con otra de análisis textual que, a la vez que negaba la historia, contribuía con su mismo escepticismo a perpetuar un *status quo* regresivo en la sociedad.

En 1994 los postulados de la escuela fueron objeto de un "forum" de la *American Historical Review* en que el propio Prakash defendió una visión cada vez más alejada de sus orígenes iniciales izquierdistas, en que el marxismo era acusado de haber perpetuado el discurso eurocéntrico que "universalizaba la experiencia histórica de Europa", e intentaba justificar la deriva desde el modelo de la "historia desde abajo" hasta los métodos foucaultianos, que prestaban "mayor atención a desarrollar la emergencia de la subalternidad como un efecto discursivo, sin abandonar la noción del subalterno como sujeto y actor". Desde aquí pasaba a una crítica "de la disciplina académica de la historia como una categoría teórica cargada de poder", que siempre acababa siendo historia de Europa y marginaba a las otras disciplinas, y defendía un programa según el cual *Subaltern studies* obtiene su fuerza como crítica postcolonial de una combinación "catacréstica" de marxismo, postestructuralismo, Gramsci y Foucault, del oeste moderno y de la India, de la investigación de archivo y la crítica textual". (Obsérvese de paso el carácter elitista de un léxico con palabras como "catacréstica", que obligan al ciudadano normal a la consulta del diccionario, lo que le permitirá descubrir que en este contexto concreto la palabra –que se refiere a la licencia retórica que permite usar una palabra en sentido traslaticio para darle más fuerza expresiva, por ejemplo "boca muda"– es más bien equívoca, y por eso mismo innecesaria, perfectamente reemplazable por cualquier otra más corriente).

Este programa fue recibido con una actitud crítica por una investigadora a quien ustedes deben conocer por sus estudios sobre la historia del campesinado latinoamericano, Florencia E. Mallon, que, a la vez que mostraba la imposibilidad

de ligar dos tendencias tan contradictorias, señalaba la trampa que podía implicar para quienes proponían nuevos métodos ignorar todo el trabajo erudito anterior.[50]

Una crítica a los usos establecidos de la historia académica era algo que existía ya antes de que los posmodernos la propusieran. Tal vez la crisis de los años setenta hiciera más urgente esta tarea. Pero lo que está claro es que no se podía realizar más que desde dentro. Una lectura histórica viciada sólo puede combatirse desde la propia práctica de la investigación, que nos proporciona la única forma eficaz de denunciar sus debilidades y falacias. Renunciar a las herramientas de la investigación histórica para evadirse al terreno de la reflexión abstracta implica dejar libre para la acción del orden establecido el campo de la visión de la historia que se utilizará en la enseñanza y en la pedagogía, esto es el campo del uso público de la historia, que se emplea habitualmente para crear con él convicciones colectivas.

Lo que conviene es explorar los nuevos caminos en que puede hacerse una historia adecuada a las necesidades de nuestro tiempo. En una reseña publicada recientemente en *Economic History Review* Patrick O'Brien declaraba acabadas "las guerras culturales entre los historiadores posmodernos y los otros" y sostenía que no hay ya necesidad de tratar las metanarrativas actuales con incredulidad, "como eurocéntricas, exclusivas o

---

50 Prakash, Gyan, "Writing post-orientalist histories of the third world: perspectives of Indian historiography", en: *Comparative studies in society and history*, 32 (1990), nº 2 pp. 383-408; Rosalind O'Hanlon y David Washbrook, "After orientalism: culture, criticism, and politics in the third world", *Comparative studies in society and history*, 34 (1992), Nº 1, pp. 141-167, seguida de una réplica de Gyan Prakash, "Can the 'subaltern' ride? A reply to O'Hanlon and Washbrook", id, pp. 168-184. El forum de *American Historical Review*, vol. 99, nº 5, diciembre de 1994, comprendía: Gyan Prakash, "Subaltern studies as postcolonial criticism", pp. 1475-1490, Florencia E.Mallon, "The promise and dilemma of Subaltern studies: perspectives from Latin American history", pp. 1491-1515 y Frederick Cooper, "Conflict and connection: rethinking colonial African history", pp. 1516-1545.

taradas por categorías fundacionales teleológicas derivadas de la ciencia social occidental", porque hemos aprendido a hacer las cosas de otro modo. Lo que ahora necesitamos, añade, es otra cosa. "Más bien la tarea (...) es la de convertir una profesión muy especializada, obsesionada (como lo estamos la mayoría de nosotros) con la erudición, el detalle, el contexto y los estilos de comunicación, para que lea, escriba, enseñe y emprenda investigaciones en una escala ilimitada por el espacio y el tiempo".[51]

Es a estos nuevos caminos a los que quisiera referirme mañana.

[51] En una reseña publicada en *Economic History review*, 61 (2008), nº 3, pp. 764-765.

RECONSTRUCCIÓN[52]

Pasados unos años de destrucción crítica y de incertidumbre, en que la llamada historia social quedó marginada y una parte de la historia económica cayó en una estéril imitación de los métodos de la teoría económica, que llevaría a la llamada "nueva historia económica" o "historia econométrica" a producir trabajos que no conectaban con el resto de los historiadores, y que no conseguían tampoco interesar a los economistas, llegó el momento de tratar de reconstruir una mínima base de acuerdo para seguir trabajando. En el año 2006 la revista *Times Literary Supplement* dedicaba un número especial a "Nuevos caminos de la historia"[53], recordando que hacía cuarenta años, en 1966, había dedicado nada menos que tres números al mismo tema. Se trataba de ver "cómo aparecían ahora las confiadas predicciones y reglas de entonces", y de averiguar dónde estábamos.

En 1966, cuando se había hecho el balance anterior, a los tres años de la publicación de *The Making of the English Working Class* de Thompson, posiblemente el libro de historia más influyente del siglo, se estaba en plena euforia de planteamientos de nuevos caminos. Se suponía, por ejemplo, que la historia iba a abandonar las viejas y trilladas sendas de la historia política institucional, para aliarse a otras disciplinas de las ciencias sociales, como la antropología y la sociología, a

---

52 Clase dictada el 23 de octubre de 2008, en el contexto del seminario "La historia hoy: viejos y nuevos caminos". Sala Rubén Darío, Dirección de Extensión de la Universidad de Valparaíso.

53 "New Ways in History", *Times Literary Supplement*, 13 de octubre de 2006.

la vez que haría mayor uso de la cuantificación. A los cuarenta años de esta predicción, se señalaba en la revisión inicial del número del TLS del 2006, escrita por Keith Thomas,[54] se había visto que la cuantificación sólo podía aplicarse con eficacia a un ámbito limitado de problemas, como los estudios demográficos y antropométricos, y a algunos aspectos puntuales de la historia cultural, y que los contactos con la antropología y la sociología no habían prosperado como consecuencia del carácter "anhistórico" de estas disciplinas, que las llevaba a estudiar las sociedades en su estructura y no en su evolución.[55] Hubo algunos contactos más serios con la sociología en Estados Unidos o en Alemania occidental, donde líneas de teoría histórica próximas a ella, como las propugnadas por Charles Tilly o por la escuela de la *Gesellschaftsgeschichte* de Hans-Ulrich Wehler y Jürgen Kocka, habían fructificado como alternativas al marxismo, pero se habían agotado muy pronto.[56]

Nadie había previsto en 1966, proseguía Thomas, el impacto que iban a tener las teorías lingüísticas y literarias del "postestructuralismo" y el "posmodernismo", "que causaron alguna perturbación en los años ochenta, cuando pareció que estos modernos escépticos negaban la posibilidad de alcanzar algún conocimiento cierto del pasado", pero "esta doctrina nihilista ha sido tácitamente rechazada" por los historiadores, añadía, que han aprendido a ser críticos respecto de sus fuentes y no necesitan que les digan que no son un espejo de la realidad". La prueba de esta superación la ejemplificaba en una de las obras más ambiciosas de este comienzo de siglo XXI, *Framing*

---

54 "New ways revisited", pp. 3-4.

55 Olivier, Laurent, *Le sombre abîme du temps. Mémoire et archéologie*, París, Seuil, 2008, pp. 269-270.

56 Lambert, Peter, "Social history in Germany", en: Peter Lambert y Philipp Schofield, eds., *Making History: An Introduction to the History and Practice of a Discipline*, Londres, Routledge, 2004. pp. 93-108 y Geoff Eley, *A Crooked Line. From Cultural History to the History of Society*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 2005, pp. 65-75.

the Early Middle Ages, de Chris Wickham,[57] donde cada uno de los términos que se emplean es definido cuidadosamente y donde el propio título muestra que el libro se ocupa de un proceso continuado de construcción.

De estas experiencias habían salido los historiadores más conscientes de la necesidad de contar no ya lo que sucedió, sino lo que la gente pensaba que sucedió, prestando una mayor atención a los sistemas de pensamiento del pasado, y de ahí había surgido también una ampliación de los temas de estudio, que no se limitaban ahora a los de la historia política tradicional. La conclusión de Thomas era que no se podía hablar hoy de unos nuevos caminos definidos de la historia, porque no había una sola respuesta: "la historia se ha convertido en un campo heterogéneo y densamente poblado, caracterizado por una asombrosa diversidad de planteamientos. No hay acuerdo acerca de qué es central y qué periférico, y hay muy poca conciencia de estar participando en una empresa intelectual común". Hacia el fin del recorrido, Thomas observaba que todos los temas históricos más cultivados del presente debían su favor a "preocupaciones que son esencialmente no académicas", y pasaba revista así a las explicaciones que podían dar cuenta del auge de la historia ecológica, de la del imperialismo, del cuerpo y la salud humanos, del consumo, de las emociones, de la identidad... "La historia, concluía, ha encarnado siempre las esperanzas y los miedos de quienes la escriben. Su carácter futuro dependerá de lo que resulten ser estas esperanzas y estos miedos".

Quisiera seguir este mismo proceso a través de la visión de alguien que vivió estos cambios desde dentro, como Geoff Eley, a quien me referí ayer, que completa el relato de sus experiencias y acaba definiendo la etapa final de esta evolución como un regreso de "la historia cultural a la historia social". No quiere decir con ello que se trate de un retorno a la misma

---

57 *Framing the Early Middle Ages. Europe and the Mediterranean, 400-800*, Oxford, Oxford University Press, 2005.

clase de historia de su juventud. Para empezar, Eley considera que el impacto del "giro cultural" sobre el pensamiento de los historiadores ha sido "constructivo, beneficioso y del todo inevitable", de modo que propone una especie de nueva historia social "híbrida", capaz de asociar una perspectiva materialista con una preocupación por el discurso, y de compaginar una variedad de modos de mirar al mundo, tanto en el pasado como en el presente.

Lo cual debe relacionarse con su toma de conciencia de los riesgos que implicaba la despolitización que difundió el posmodernismo. Los posmodernos denunciaron las "grandes narrativas" del socialismo marxista en un plano meramente libresco, porque el sistema que acabó hundiéndose en la Unión soviética hacia 1989, lo que se había dado en llamar el "socialismo realmente existente", ni era socialismo ni tenía apenas nada que ver con Marx: era un programa híbrido que había acabado agonizando por su propia esterilidad y que no se había hundido por las críticas de los posmodernos, sino por su propio desmoronamiento interior.

Cuando seguimos por dentro el proceso de fosilización ideológica de la Unión soviética nos damos cuenta de que, desde Brezhnev para acá, incluso la versión degradada del marxismo que había codificado Stalin se había convertido en una mera referencia litúrgica que los funcionarios especializados se encargaban de añadir a los documentos políticos oficiales. La etapa final de este desmoronamiento la podemos seguir en el diario de uno de los colaboradores más estrechos de Gorbachov, el último secretario general del PCUS, como era Anatoly Cherniayev. Tras el fracaso inicial de las reformas intentadas por Gorbachov, lo que en los primeros momentos había sido una "crítica de la "deformación del socialismo" y de la "desviación de Lenin"", se transformó en "una condena total del marxismo-leninismo como ideología y como teoría, y en el rechazo en general de un régimen socialista".

Hasta 1988 todavía se defendían en público los valores del socialismo, pero el propio proceso de la "glasnost", que favoreció la publicación de críticas frontales al sistema, acabó conduciendo a un clima general de condena de todo lo que hasta entonces había caracterizado la vida de la Unión Soviética, a la demolición de su historia y a la condena del comunismo y aun del propio marxismo. Tales críticas eran exageradas –la televisión y la prensa mostraban ahora a la población una imagen idealizada de la vida en el occidente capitalista, que ignoraba sus limitaciones y escondía la pobreza– y, lo que es peor, condujeron a que lo que inicialmente pretendía ser una rectificación acabase en una gravísima crisis.

Los sueños de los antifascistas de 1945, de los rebeldes húngaros de 1956 o de los checos de 1968, que aspiraban a construir un socialismo con rostro humano, habían sido olvidados y los disidentes de Alemania del este que luchaban contra un régimen corrompido para crear una sociedad mejor fueron entregados a sus enemigos del otro lado del muro atados de pies y manos.

Volvamos sin embargo a los historiadores de occidente que habían aceptado, como Eley, la renuncia a la "gran narrativa" de la izquierda. En 1990 un lector de la *London Review of Books* había denunciado en una carta lo que sucedía: "Veinte años atrás la izquierda atacaba a los historiadores de derechas, correctamente, por su descarado empirismo. Ahora las cosas han cambiado por completo. La derecha hace atrevidas generalizaciones políticas, mientras la izquierda se ha extraviado en la biblioteca".[58]

A comienzos del siglo XXI estos izquierdistas reformados se veían asaltados por otra gran narrativa, la de la derecha, que también negaba la historia, como el posmodernismo, al sostener que ésta había llegado a su fin, pero que recuperaba a su modo el mensaje de la modernidad, expresado ahora en un lenguaje

[58] Flett, Keith en una carta a la *London Review of Books* de 26 de Julio de 1990, p. 5.

neoliberal que sacralizaba los principios del mercado (que son los que han llevado a la economía norteamericana, y a la del resto del mundo, arrastrado por ella, a la crisis actual) y legitimaba su política con una retórica trascendente sobre el bien y el mal.

Eley se daba cuenta entonces de que las "grandes narrativas" no pueden combatirse solamente con el escepticismo y la incredulidad, en especial las que, como el nuevo imperialismo de los "neocons" norteamericanos, se consideran legitimadas para usar la fuerza militar para reordenar el mundo. "Las grandes narrativas –concluye Eley– no pueden combatirse pretendiendo que no existen. Esta es la razón por la que necesitamos una nueva historia de la sociedad".[59]

La percepción de esta necesidad de una nueva historia social no sólo surge en la vieja izquierda, sino incluso en los sectores más tradicionales de la erudición. Citaba ayer las afirmaciones de Patrick O'Brien en *Economic History Review*, pidiendo a los historiadores que investiguen "en una escala ilimitada por el espacio y el tiempo".[60] Esto están intentando una serie de investigadores que en un momento de sus carreras han sentido la necesidad de iniciar un cambio de rumbo, de romper las escalas tradicionales del espacio y del tiempo, con el fin de reemplazar las viejas interpretaciones lineales por otras capaces de percibir la diversidad, y de sustituir el mito de la continuidad del progreso por la búsqueda de la contingencia. Con la idea de que adoptar una visión contingente de la historia del mundo en que vivimos puede ayudarnos a "tomar decisiones y actuar a fin de garantizar un futuro sostenible para toda la humanidad".[61]

---

59 He combinado aquí citas de Geoff Eley y Keith Nield, *The Future of Class in History*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2007, pp. 197-201 y de Geoff Eley, *A Crooked Line. From Cultural History to the History of Society*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 2005, pp. 200-203.

60 En una reseña publicada en *Economic History review*, 61 (2008), nº 3, pp. 764-765.

61 Marks, Roger, *Los orígenes del mundo moderno. Una nueva visión*, Barcelona, Crítica, 2007, p. 299.

Esta ruptura ha significado para la historia un replanteamiento de dos problemas fundamentales, a los que dedicaré atención por separado. En lo que se refiere al espacio, el fin del llamado "eurocentrismo", que ya veremos que era algo más complicado que lo que este nombre sugiere y, en cuanto al tiempo, el de la linealidad, ligada a la vieja visión del progreso.

Comencemos por el llamado "eurocentrismo", o sea por la fábula del "excepcionalismo" que pretende explicar la superioridad de un colectivo difícil de definir, que en ocasiones se presenta como la parte de la humanidad de origen europeo, otras veces se define como "Occidente", en relación antagónica con "Oriente"[62] o, como hacía Rudyard Kipling en su poema de 1899 "La carga del hombre blanco", como el colectivo de los "blancos" en contraste con los hombres y mujeres de piel más oscura.

Para fundamentar esta idea se crearon mitos como el de los europeos descubridores y civilizadores del mundo, olvidando que en el ámbito del océano Índico se había producido hace ya dos mil años, al inicio de nuestra era, lo que ha podido calificarse como "un espectacular florecimiento de civilización y comercio a larga distancia" en un área que iba de

---

62 Pero ¿qué es realmente este Occidente? Al comienzo de un estudio comparado Powelson hace una afirmación tan rotunda como ésta: "¿Por qué Japón, la Europa occidental, América del Norte, y Australia y Nueva Zelanda dirigen el mundo en el desarrollo económico y por qué su prosperidad, infraestructuras y niveles de vida son mucho más importantes que los de las zonas menos desarrolladas?" (John P. Powelson, *Centuries of economic endeavor. Parallel paths in Japan and Europe and their contrast with the Third world*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1994, p.1). Eso no es "occidente" en ningún sentido geográfico ni cultural, sino tan sólo, para decirlo crudamente, la polarización entre lo que llamamos un norte desarrollado y un sur condenado a la dependencia, puesto que su propia definición parte del concepto de desarrollo.

Madagascar a China.[63] Estos intercambios llegaron a alcanzar tanta importancia que se ha podido decir que entre 1250 y 1350 se estaba aquí en pleno proceso de formación de un mercado mundial que se extendía desde el norte de África hasta Insulindia y desde las ciudades de caravanas de Asia central hasta el este de África y que tenía como sus dos motores fundamentales la economía china y la cultura islámica.[64]

En los siglos XV y XVI se utilizaban aquí grandes embarcaciones que llevaban productos de consumo como cobre, hierro, arroz o caballos, y transportaban numerosos peregrinos: musulmanes que iban a la Meca, hindúes que se dirigían a Benarés, budistas en viaje hacia Sri Lanka e incluso cristianos asiáticos, sobre todo nestorianos, que iban a Etiopía siguiendo los pasos de Santo Tomás.[65]

Cuando los supuestos descubridores europeos llegaron a Oriente lo hicieron como actores secundarios en un mundo de intercambios desarrollados que tenía su centro en el puerto de Melaka, tal vez el mayor centro comercial del planeta en aquellos momentos, donde llegaban naves de medio mundo y se hablaban ochenta y dos lenguas distintas.

Y, trasladando el tema a América, tal vez convenga recordar que cuando llegaron, en el siglo XVI, al México actual,

---

63 McPherson, Kenneth, *The Indian Ocean. A History of People and the Sea*, Delhi, Oxford University Press, 1995; George F. Hourani, *Arab Seafaring in the Indian Ocean in Ancient and Early Medieval Times*, rev. and expanded by John Carswell, Princeton, Princeton University Presw, 1995; James Tracy, ed., *The Rise of Merchant Empires. Long Distance Trade in the Early Modern World, 1350-1750*, Cambridge, cambridge University Press, 1990, y *The Political Economy of Merchant Empires. State Power and World Trade, 1350-1750*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

64 Sanjay Subrahmanyam, ed., *Merchant Networks in the Early Modern World*, Brookfield, Variorum, 1996; Janet L. Abu-Lughod, *Before European Hegemony. The World System A.D. 1250-1350*, New York, Oxford University Press, 1989.

65 Risso, Patricia, *Merchants and Faith. Muslim Commerce and Culture in the Indian Ocean*, Boulder, Westview Press, 1995; M. N. Pearson, *Port Cities and Intruders. The Swahili Coast, India, and Portugal in the Eraly Modern Era*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1998.

los descubridores se encontraron con Tenochtitlan, una ciudad de 150.000 a 200.000 habitantes, mayor que París o Nápoles, asentada en una zona interior, lejos de las rutas marítimas o fluviales de transporte, que no hubiera podido subsistir sin un alto nivel de organización, superior al que hubiera podido encontrarse en cualquier lugar de la Europa de aquel tiempo.

El excepcionalismo permitía, además, justificar la riqueza adquirida por los pueblos desarrollados, combatiendo la idea, extendida entre los colonizados, de que este enriquecimiento se debiese a su despojo.[66] Esto es, servía para buscar alguna forma decorosa de explicar este enriquecimiento.

Estos intentos de explicación componen un repertorio tan extenso y tan diverso que se necesitarían semanas para revisarlo. Los hay que se basan en ventajas naturales (en razones biológicas, ecológicas o geográficas).[67] La más antigua es la que toma como pretexto el clima. Montesquieu sostenía que en los países del norte "el aire fresco aprieta las extremidades de las fibras exteriores de nuestro cuerpo", favorece el retorno de la sangre al corazón, hace a los hombres más fuertes y activos, les da confianza en sí mismos y los hace más valientes y conscientes de su superioridad. En los países cálidos, en cambio, las fibras se relajan, disminuye su fuerza y los hombres son perezosos. No piensen sin embargo que ésta era una opinión desinteresada, puesto que le servía al cabo para justificar que se esclavizase a los negros que vivían en los trópicos, porque no trabajarían si no se les obligaba a hacerlo.

Otras explicaciones se basan en determinadas "virtudes" morales (como el matrimonio tardío, que daría lugar a una demografía menos expansiva y, como consecuencia, dejaría

---

66 Por ejemplo en el libro de Walter Rodney, *How Europe underdeveloped Africa*, Londres, Bogle-L'Ouverture, 1972.

67 Pomeranz, Kenneth, *The great divergence. China, Europe and the making of the modern world economy*, Princeton, Princeton University Press, 2000, por ejemplo da una gran importancia a la disponibilidad de carbón mineral en los momentos de inicio de la industrialización.

más recursos para la inversión),[68] en diferencias culturales (que se resuelven en afirmaciones tópicas como la de que "en China el impulso para el cambio era pequeño", en contraste con el "espíritu fáustico", innovador y creativo de los europeos), en razones diversas de eficacia económica o en la tecnología de las velas y los cañones,[69] entre muchas otras. Como la que explica la superioridad europea por el uso del vidrio, que "transformó la relación de la humanidad con el mundo natural" y "cambió el sentido de la realidad, privilegiando la visión sobre la memoria y sugiriendo nuevos conceptos de prueba y de evidencia", lo cual habría dado una ventaja indiscutible a Occidente sobre las civilizaciones miopes de Oriente.[70]

Otras veces se acaba explicando "la riqueza y la pobreza de las naciones", como hace Landes, con el sencillo argumento de que los que se han enriquecido es porque han sido mejores, y que los pobres lo son porque eran vagos y malgastadores. Refiriéndose a las tesis dependentistas Landes dice que son malsanas, porque al fomentar la propensión a culpabilizar a otros "promueven la impotencia económica". Lo que le lleva a esta gloriosa conclusión: "Aunque fueran ciertas, habría que desecharlas".[71]

---

68 Para limitarme a algún ejemplo reciente de una extensa bibliografía: J.R. McNeill "The reserve army of the unmarried in world economic history: flexible fertility regimes and the wealth of nations", en: D. H. Aldcroft and R. E. Catterall, eds., *Rich nations-poor nations. The long-run perspective*, Cheltenham, Edward Elgar, 1996, pp. 23-38; o el libro de Powelson citado.

69 Una idea de Carlo M. Cipolla (Guns and sails) en la que ha insistido después Alfred W. Crosby en *Throwing fire. Projectil technology through history* (Cambridge, 2002). Crosby había escrito con anterioridad sobre el imperialismo ecológico (Cambridge 1986) y sobre las ventajas nacidas de la difusión de la cuantificación (*La medida de la realidad. La cuantificación y la sociedad occidental, 1250-16006*, Barcelona, Crítica, 1998).

70 Alan Macfarlane and Gerry Martin, *The glass bathyscaphe. How glass changed the world*, Londres, Profile Books, 2002, p. 18; también Chiara Frugoni, *Medioevo sul naso*, Roma, Laterza, 2001.

71 Landes, David S., *La riqueza y la pobreza de las naciones. Por qué unas son tan ricas y otras son tan pobres*, Barcelona, Crítica, 1999, p. 305.

Una visión del mundo semejante a la de Landes inspira una visión reciente, que no es eurocentrista sino "anglocentrista". Algo que parece disparatado, pero que ha recibido la mayor atención de economistas e historiadores en el mundo anglosajón, lo cual demuestra el grado de desconcierto que reina en la actualidad en las ciencias sociales académicas. Me refiero al libro de Gregory Clark,[72] *A Farewell to Alms*, que aparte del mal gusto del título ("Adiós a las limosnas", que quiere recordar el de la novela de Hemingway *A farewell to arms*), hace una propuesta disparatada. Gregory Clark sostiene que el crecimiento económico británico hacia 1800, en la época de la llamada revolución industrial, se debió a un cambio en la naturaleza moral de su población, que desarrolló los valores, propios de las clases medias, de la no violencia, la alfabetización, las largas horas de trabajo y la voluntad de ahorro.

La causa habría sido que, viviendo la población británica en los límites de la supervivencia maltusiana, se dio la consecuencia evolutiva de que, generación tras generación, los ricos tuvieran más hijos que sobrevivían que los pobres. De este modo, a medida que morían más pobres, los hijos de los ricos iban ocupando sus lugares, bajando en la escala social, con la consecuencia de que la sociedad estaba cada vez más integrada por los descendientes de las clases altas, que eran los portadores de los valores de más propensión al trabajo, más alfabetización y menos violencia interpersonal. "Ahorro, prudencia, negociación y trabajo duro se convirtieron gradualmente en valores para comunidades que previamente habían sido malgastadoras, impulsivas, violentas y dadas al ocio". Estas nuevas generaciones habrían sido las que hicieron posible el aumento de productividad que permitió acabar con la trampa maltusiana.

Para Clark los cambios políticos, sociales e institucionales que se produjeron al mismo tiempo en Gran Bretaña, desde la "glorious revolution" de 1688 para acá, y en general

[72] Clark, Gregory, *A Farewell to Alms*, Princeton, Princeton University Press, 2007.

en el occidente europeo, no tienen importancia, de modo que se permite añadir, comparativamente, que si esta revolución no se produjo antes en países como China o Japón se debió a que sus clases superiores eran menos fértiles, tenían menos hijos y no pudieron engendrar el tipo de movilidad social hacia abajo que transformó la sociedad británica.

Observación que choca frontalmente, por ejemplo, con el hecho de que el Japón entrase por la senda de la industrialización después de la revolución Meiji de 1868, que tuvo consecuencias tan importantes como el fin del feudalismo, y que su despegue industrial se produjera en un período de tiempo muy corto, en que era imposible que se produjese el gran cambio demográfico que Clark postula para Gran Bretaña.[73]

Otra familia de explicaciones asocia la superioridad occidental a su avance en el terreno de la formación del estado moderno, lo que nos expone, de entrada, a una serie de confusiones, tanto por la dificultad de definir en qué consiste exactamente el estado moderno, como por el hecho de que una aproximación comparada a la historia de los estados de Europa y de Asia revela mas paralelismos que divergencias.[74]

Lo que ocurre es que el estado, concebido en la forma en que cuajó en "occidente", es el motor esencial del modelo tradicional de la historia universal hegeliana formada por la agregación de historias de las naciones-estado, que ha sido denunciada como una herramienta de exclusión de la mayoría de

---

73 Clark, Gregory, *A Farewell to Alms. A Brief Economic History of the World*, Princeton, Princeton University Press, 2007. Una amplia discusión sobre el libro, que ha vendido 25.000 ejemplares y va a traducirse al árabe, chino, japonés, italiano y turco, se encontrará en *European Review of Economic History*, 12, part 2, august 2008, con análisis generalmente desfavorables.

74 Lieberman, Victor, "Transcending east-west dichotomies: state and culture formation in six ostensibly disparate areas", en: Victor Lieberman, ed. *Beyond binary histories. Re-imagining Eurasia to c. 1830*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1999, pp. 19-102.

la humanidad, "con sus culturas, sus literaturas, sus religiones y sus filosofías", arrojadas "en el mundo baldío de la prehistoria".[75]

Esta idea fue sacralizada a partir del siglo XIX por los estados-nación europeos, que descubrieron que uno de los mejores métodos de educación social era el que consistía en inculcar desde la escuela un discurso que proyectaba el marco del estado actual, y las estructuras sociales y culturales en que este se apoya, hacia el pasado y convertía la evolución histórica en una mera genealogía del orden establecido en el presente.

La evolución de los trabajos de los historiadores puede haber ido por otros caminos, pero los estados no han abandonado en ningún momento su preocupación por imponer, a través de la escuela y de los medios de conmemoración pública, una visión legitimadora. La señora Thatcher, por ejemplo, no vaciló en manifestar este tipo de ideas ante la Cámara de los Comunes, combatiendo la enseñanza de una historia de más amplios horizontes: "En lugar de enseñar generalidades y grandes temas –dijo–, ¿por qué no volvemos a los buenos tiempos de antaño en que se aprendían de memoria los nombres de los reyes y las reinas de Inglaterra, las batallas, los hechos y todos los gloriosos acontecimientos de nuestro pasado?". Lo cual significaba, evidentemente, escoger de entre todas las luchas, proyectos y posibilidades del pasado tan sólo aquellos que conducían en línea directa a la política de la señora Thatcher, entendida como culminación del progreso humano y como fin de la historia.

No siempre tienen los políticos tanta franqueza para decir en público lo que piensan, pero está claro que nunca como en el presente ha adquirido tanta importancia lo que se conoce como "el uso público de la historia", eso que un historiador italiano ha definido como "todo lo que no entra directamente en la historia profesional, pero constituye la memoria pública (...); todo lo que crea el discurso histórico difuso, la visión de

---

75 Guha, Ranahit, *La historia en el término de la historia universal*, Barcelona, Crítica, 2003.

la historia, consciente o inconsciente, que es propia de todos los ciudadanos. Algo en que los historiadores desempeñan un papel, pero que es gestionado substancialmente por otros protagonistas políticos y por los medios de comunicación de masas".[76]

Uno de los mayores daños causados por esta "estatalización" del discurso histórico es que favorece la nefasta confusión entre un fenómeno cultural y de conciencia como la nación, con la realidad política del estado, cuyo fundamento habría que buscar en el contrato social y no en una manipulada legitimación histórica. En la medida en que en las últimas décadas se han producido fragmentaciones de viejas estructuras estatales, como ha ocurrido con la Unión soviética o con Yugoslavia, y se ha visto cómo los nuevos estados se apresuraban a fabricarse tradiciones históricas supuestamente nacionales, ha comenzado a ponerse en discusión la validez de esta forma de entender el pasado. Contra una visión que sacraliza unas fronteras que no existieron de hecho hasta el siglo XIX, que ignora que los límites definidos en los tratados se atravesaban fácilmente o que las monedas circulaban internacionalmente, sin más garantía que la de su valor metálico,[77] hemos aprendido a valorar las zonas de contacto, a uno y otro lado de las fronteras, que han sido escenario de una multitud de intercambios económicos, culturales y ecológicos en unos tiempos en que las personas, las mercancías y las ideas se movían a través de ellas con toda libertad.[78]

---

76 Santomassimo, Gianpasquale, "Guerra e legitimazione storica", en: *Passato e presente*, (Florencia) nº 54 (settembre-dicembre 2001), pp. 5-23 (citas de pp. 8-9)

77 Helleiner, Eric, *The making of national money: territorial currencies in historical perspective*, Ithaca, Cornell University Press, 2003.

78 von Hagen, Mark, "Empires, borderlands, and diasporas: Eurasia as anti-paradigm for the post-soviet era", en: *Ab Imperio*, una revista publicada en Kazan.

Contra la reducción de la historia a las actividades del estado y el protagonismo que se otorga a sus dirigentes reaccionó en su tiempo la escuela de lo que se llama tradicionalmente la "historia desde abajo", ocupada, como quería Rudé, en recuperar "los rostros de la multitud". El propósito que guía los planteamientos de la escuela de los "estudios subalternos", y más en concreto los de su inspirador Ranahit Guha, es semejante, pero más complejo.

Ranahit Guha ha denunciado los vicios de una historiografía académica que parece tener como objeto central el de legitimar retrospectivamente las construcciones estatales del presente y la estructura del poder social de nuestro tiempo, o sea, el orden establecido. En *Las voces de la historia*[79] Guha nos dice que los historiadores trabajan sobre la base de escoger determinados acontecimientos y hechos a los que se refieren como "históricos", lo cual significa que se los ha seleccionado para formar parte de la historia. Pero ¿quién los designa para esta función? Porque hay una discriminación en esta selección que se ha hecho de acuerdo con criterios que no se especifican, pero que tienen que ver con "una ideología para la cual la vida del estado es central para la historia". Una ideología que, al escoger por nosotros lo que es histórico, nos deja sin ninguna opción para relacionarnos personalmente con el pasado.

Del conjunto de voces humanas que forman el coro de la historia, el estatismo privilegia las de los dirigentes políticos y sociales y nos impide escuchar la miríada de voces de la sociedad civil para conversar con ellas. Son voces más bajas que ahoga el estruendo de las órdenes estatistas, lo cual nos obliga a desarrollar habilidades especiales para escucharlas e interactuar con ellas. Porque tienen muchas historias que explicarnos, historias que por su complejidad no son compatibles con el

---

79 Guha, Ranahit, *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 17-32.

discurso estatista "y resultan opuestas a sus modos abstractos y simplificadores".

Al hablar de estatismo Guha no se refiere tan sólo a una versión de la historia destinada a privilegiar la actuación de los reyes y los dirigentes, sino que este sesgo existe también en los discursos nacionalistas o revolucionarios, aunque el estado a que se refieren sea diferente en estos casos, puesto que el suyo es todavía el sueño de poder de un estado a establecer. Guha lo ilustra con el relato de la revuelta de Telangana, dirigida por el partido comunista entre 1946 y 1951: su principal dirigente escribió años después un relato de estas luchas en que el objetivo central resultaba ser el poder anticipado de su propio proyecto de estado. En él no olvidaba elogiar a las mujeres como colaboradoras en la empresa revolucionaria común, pero no fue capaz de entender que éstas estaban movidas también, y sobre todo, por su propio objetivo "de emancipación de una servidumbre ancestral", que los hombres con quienes colaboraban nunca escucharon seriamente, considerándolo como algo complementario, de lo que habría que ocuparse después de la toma del poder.

Este es un aspecto que tiene más importancia de lo que suele creerse. Estudiando algo tan alejado de la India como es la historia del franquismo español, por ejemplo, se acaba descubriendo que el relato de lo sucedido que nos han dejado los dirigentes de los grupos de la clandestinidad en sus escritos políticos y en sus libros de memorias está seriamente tarado por un afán de legitimación de sus decisiones de última hora. La historia real de lo sucedido que aparece a partir de las experiencias y de los recuerdos de los militantes de base, cuyas voces no aparecen en los relatos oficiales, sino que las tenemos que recoger de los trabajos de historia oral que se han realizado, nos muestra el panorama de una lucha que tenía unos objetivos de transformación social que para los militantes eran lo esencial, pero que para los dirigentes resultaron ser meramente complementarios, de modo que se apresuraron a marginarlos –a dejarlos para más adelante– cuando

llegó la transición a la democracia y renunciaron explícitamente a estas aspiraciones, por las que muchos hombres y mujeres se habían jugado la libertad y hasta la vida, a cambio de parcelas de poder personal, legitimadas por un nuevo discurso reformista.

Enfrentarnos a las limitaciones del proyecto estatista con un proceso de reescritura que tome en cuenta las voces bajas de la historia –las de las mujeres de Telangana en la India, las de los militantes antifranquistas en España– pondría en discusión la preponderancia de los dirigentes, que relegan todo lo demás a la instrumentalizad. Para ello será necesario romper la línea de la versión dominante, complicando el argumento. Porque la autoridad de la versión oficial es inherente a su estructura narrativa: "una estructura –sostiene Guha– formada en la historiografía posterior a la Ilustración, como en la novela, por un cierto orden de coherencia y linealidad. Es este orden el que dicta lo que hay que incluir en la historia y lo que se deja fuera de ella, y la forma en que la trama debe desenvolverse de un modo consistente, con su final eventual, y cómo debe controlarse la diversidad de caracteres y acontecimientos, de acuerdo con la lógica de la acción principal".

"Mientras la univocidad del discurso estatista se base en este orden, un cierto desorden –una desviación radical del modelo que ha dominado la escritura de la historia en los últimos trescientos años– será una exigencia esencial de nuestra revisión. Qué forma concreta adoptará este desorden en difícil de predecir, añade Guha. Tal vez forzará a la narración a balbucear en su articulación, en lugar de darla en una corriente continua de palabras. Tal vez la linealidad de su avance se disolverá en lazos y nudos. Tal vez la propia cronología, la vaca sagrada de la historiografía, acabará sacrificada en el altar de un tiempo caprichoso, que no se avergüence de su carácter cíclico. Todo lo que uno puede decir en este punto es que la destrucción de la narratología burguesa será la condición necesaria para esta nueva historiografía, sensible a los ecos de desesperación y deter-

minación de las voces de una subalternidad desafiante dedicada a escribir su propia historia".

Es posible pensar en formas de narración polifónica. Se dan en la novela y tenemos algunos ejemplos de historiadores que lo han intentado, como Mack Walker, que nos relata la expulsión de 20.000 campesinos protestantes de Salzburg que en el siglo XVIII fueron obligados a asentarse en tierras lejanas del este de Prusia y nos explica este acontecimiento desde cinco perspectivas distintas.[80] O como Paul A. Cohen, que narra la historia de los "boxers" como un hecho reconstruido por la investigación histórica, como experiencia vivida y como mito.[81]

Pero una solución meramente narrativa de este tipo no resuelve los complejos problemas de una historia integral que recoja las visiones de grupos sociales distintos (incluyendo los que la historia social tradicional considera como marginales), o los de una historia comparada que deba referirse a marcos nacionales distintos. Para poner orden en la diversidad de narraciones que se nos ofrecerían y organizar con ellas una síntesis, nos veríamos obligados a desagregar una gran parte de los elementos de análisis que recibimos de investigaciones anteriores, concebidas en su mayor parte dentro de marcos estatales, y deberíamos volver a componer las piezas con nuevas agregaciones organizadas de acuerdo con las necesidades de nuestras indagaciones.[82]

Un método que respondiese a estos planteamientos nos obligaría a un esfuerzo de investigación muy complejo, escogiendo las diversas voces, altas y bajas, para articularlas

[80] Como parte de la historia del arzobispado de Salzburg, como un acontecimiento integrado en la historia de Prusia, como una muestra de los problemas confesionales y constitucionales del Imperio, como experiencia vivida de los campesinos y en el marco de la historia del protestantismo (*The Salzburg transaction. Expulsion and redemption in eighteenth-century Germany*, Ithaca, Cornell University Press, 1992).

[81] *History in three keys. The Boxers as event, experience and myth* (New York, Columbia University Press, 1997.

[82] Gregg, Robert, *Inside out, outside in. Essays in comparative history*, Londres, Macmillan, 2000, pp. 25-26.

en un único relato, sin prescindir tampoco del hilo conductor del estado, porque se quiera o no el papel del poder es siempre importante, pero sin simplificarlo y despersonalizarlo como se suele hacer en una cierta tradición a la manera de Foucault, sino analizando cuidadosamente los diversos "poderes" concretos que actúan en cada lugar y en cada momento.

La mejor forma de emanciparnos del falso universalismo hegeliano y del estatismo es adoptar una perspectiva que corresponda en el terreno de la historia a los planteamientos que hacemos para el mundo de hoy cuando hablamos de globalización: Entre otras razones porque, como ha dicho Luciano Canfora, "lo que ocurre en Occidente tiene sus raíces en el conjunto de los mundos que domina, guía o controla".[83]

Hopkins, con su propuesta de "global history", reivindica una investigación basada en el estudio de la interacción entre lo universal y lo local, necesaria para que estemos en condiciones de poder responder a las demandas que nos harán los partidarios y los críticos de la globalización. Unas demandas que sería imposible contestar desde la perspectiva de las viejas historias nacionales.[84]

Me he referido antes al hecho de que un conocimiento adecuado del pasado del ámbito que abarca el océano Índico cambiaba por entero nuestra percepción de la historia del mundo hasta el siglo XVIII. La de los siglos XVIII y XIX resulta difícil de entender si no la miramos desde otra perspectiva global, centrada ahora en el Atlántico, en una nueva etapa de globalización que tendría como uno de sus motores la producción y comercio del azúcar, que los europeos necesitaban para consumir el café de Arabia y el té de la India, convertidos en productos de amplio consumo popular: en Londres había en 1700 más de dos mil

---

83 Canfora, Luciano, *Critica della retorica democratica*, Roma, Laterza, 2002, p. 91.

84 A.G. Hopkins, ed., *Globalization in World History*, Londres, Pimlico, 2002, y Anthony G. Hopkins, *Global history: interactions between the universal and the local*, Basignstoke, Palgrave Macmillan, 2006.

"cafés", locales en que no sólo se tomaba la bebida, sino que eran centros de discusión política, lugares de intercambio intelectual (Newton los frecuentaba), de juego y de negocios, donde se compraban esclavos, se negociaban acciones y se contrataban seguros: Lloyds, que se convertiría en la mayor empresa de seguros del mundo, era inicialmente un café.[85]

Para obtener el azúcar que necesitaba el consumo creciente de Europa se recurrió a las tierras privilegiadas de la zona tropical de América, y en especial al área del Caribe. Pero como no había allí las grandes masas de población indígena que habían hecho rentable la minería de la plata en el continente, hubo que traer de África la mano de obra esclava que lo produjese. En mi libro *Europa ante el espejo* cité dos textos de Montesquieu sobre los esclavos, el primero era una justificación implícita de la esclavitud africana: "uno no puede hacerse a la idea de que Dios, que es un ser muy sabio, haya puesto un alma, y en especial una alma buena, en un cuerpo enteramente negro". El segundo sacaba las consecuencias prácticas de esta afirmación, diciendo: "el azúcar sería demasiado caro, si no se hiciese trabajar la planta que lo produce por medio de esclavos". Cuando se iba a hacer la traducción francesa del libro, Jacques Le Goff protestó indignado diciéndome que yo no había entendido que Montesquieu decía estas cosas en un sentido sarcástico. Que quieren ustedes, a mí lo que me parece un sarcasmo es que la república francesa, fundada por la revolución, mantuviese el trabajo forzado de los indígenas en sus colonias africanas hasta después de 1945, cuando se vio obligada a suprimirlo por las protestas de los africanos.

Fue a partir de mediados del siglo XVIII cuando el Atlántico se convirtió en el gran motor económico que hizo posible

---

[85] Jamieson, Ross W., "The essence of commodification: Caffeine dependencies in the Early Modern World", en: *Journal of Social History*, 35 (2001), nº 2, pp. 269-294; Anne E.C. McCants, "Poor consumers as global consumers: the diffusion of tea and coffee drinking in the eighteenth century", en: *Economic History Review*, 61 (2008), nº 51, special issue, pp. 172-200.

el despegue de la industrialización, gracias a los beneficios proporcionados por el triángulo de los intercambios de café, azúcar, tabaco y algodón americanos hacia Europa; bebidas alcohólicas y productos industriales europeos hacia África y esclavos africanos para las plantaciones americanas; un comercio triangular al que se sumaba, subsidiariamente, el que se mantenía con Asia.

David Hancock nos ha explicado cómo un grupo de comerciantes de Londres establecieron una factoría en la isla de Bance, en el río de Sierra Leone, donde no sólo adquirían los esclavos que vendían a los plantadores norteamericanos, sino que almacenaban los productos con que pagaban los esclavos (adquiridos a cambio de tejidos de la India, hierro sueco, ron de las Antillas y manufacturas británicas), en un complejo sistema de relaciones que enlazaba cuatro continentes, dominado por los objetivos de *"planting", "slaving" and "contracting"*: producción de "coloniales" en las plantaciones americanas, trata de esclavos africanos y negocios financieros diversos, ligados en buena medida a estas mismas actividades, puesto que los esclavos solían venderse a crédito a los plantadores. De una combinación semejante de actividades en el marco del Atlántico, que fue en los siglos XVIII y XIX el mar de los esclavos, surgieron los estímulos que favorecieron la expansión mundial del capitalismo británico, que no puede explicarse tan sólo por lo sucedido en el interior del marco de las islas británicas, como pretende el mito de la revolución industrial, de que me ocuparé mañana.[86]

En contrapartida de estas actuaciones de industriales, armadores, traficantes de esclavos o plantadores surgió también –aunque este es uno de aquellos temas políticamente incorrectos de los que no se ocupa la historia académica– una respuesta de resistencia y de revuelta por parte de esclavos, marineros, trabajadores de fábrica y campesinos a los que se estaban arrebatando

---

86 Hancock, David, *Citizens of the world. London merchants and the integration of the British Atlantic community, 1735-1785*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

sus tierras comunales, contra lo que Linebaugh y Rediker han llamado el "estado marítimo": un sistema financiero y náutico diseñado para captar los mercados y operar en ellos, que permitió consolidar un capitalismo atlántico en que las naves que hacían la travesía combinaban la doble opresión de la fábrica y la cárcel. Fue de la lucha de la masa multiétnica de los rebeldes –campesinos, marineros, librepensadores, esclavos o trabajadores de fábrica– que nació la gran amenaza que obligó a liquidar la esclavitud, como consecuencia del gran miedo de la sociedad europea en los últimos años del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX. Refiriéndose a su visión de un mundo atlántico de rebeldes y revolucionarios, Lineabugh y Rediker nos dicen: "que sus protagonistas sean invisibles en la historia se debe en buena medida a la represión que se les aplicó en su tiempo: a las cadenas, los azotes y la horca. Pero se debe también a la abstracción que se produce en el proceso de escribir la historia que ha permanecido demasiado tiempo cautiva del marco del estado-nación, que sigue siendo el marco de análisis dominante en la mayor parte de los estudios".[87]

[87] Linebaugh, Peter and Rediker, Marcus, *La hidra de la revolución. Marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico*, Barcelona, Crítica, p. 2005; Bernard Baiylin, *Atlantic History. Concept and Contours*, Cambridge, Cambrisge University Press, 2005.

TIEMPO DE PROGRESO, HISTORIA UNIVERSAL. RECONSIDERACIONES[88]

A los cambios en la concepción del espacio a que ayer me refería hay que añadirles los que se refieren a la concepción del tiempo, que tienen que ver sobre todo con el carácter lineal de la visión tradicional del progreso. Este carácter lineal está asociado al concepto del "fin de la historia", propugnado por una burguesía triunfante que tiene interés en que creamos en la existencia de un único orden final de las cosas, al cual tienden naturalmente todas las líneas de evolución, porque, como dijo Walter Benjamin, "los conceptos de la clase dominante han sido siempre los espejos gracias a los cuales se ha venido a constituir la imagen de un orden". A lo cual se puede añadir que los historiadores construyen entonces la genealogía que lleva a este orden presente y lo elevan a la categoría de historia universal.

La visión lineal exige, por fuerza, la idea de continuidad. Y vuelvo a Benjamin: "La celebración o la apología se esfuerzan en ocultar los momentos revolucionarios en el curso de la historia. Lo que quiere en el fondo de su corazón es fabricar una continuidad. No da por ello importancia más que a aquellos elementos de la obra que han entrado ya a formar parte de su influjo posterior. Olvida en cambio los puntos en

[88] Clase dictada el 24 de octubre de 2008, en el contexto del seminario "La historia hoy: viejos y nuevos caminos". Sala Rubén Darío, Dirección de Extensión de la Universidad de Valparaíso.

que la tradición se interrumpe y los riscos y las asperezas que ofrecen un apoyo para ir más allá". Hay que arrancar la época de esta "continuidad cosificada" y hacer estallar su homogeneidad "llenándola con las ruinas, esto es con el presente". Podremos así superar la idea de progreso con la de "actualización" y aprender a aproximarnos a lo que ha sido, "tratándolo no de manera historiográfica, como hasta ahora se ha hecho, sino de manera política, con categorías políticas". Que es lo que significa romper la continuidad introduciéndole los problemas del presente.

Abandonar esta visión lineal nos ayudará a superar, no solo el eurocentrismo, sino también el determinismo. Al proponer las formas de desarrollo económico y social actuales como punto culminante del progreso –como el único punto de llegada posible, pese a sus deficiencias e irracionalidades– escogemos retrospectivamente de entre todas las posibilidades que se ofrecían a los hombres del pasado tan sólo aquellas que llevaban a este presente y menospreciamos las alternativas que se propusieron, o intentaron, sin detenernos a explorar las posibilidades de futuro que contenían.

Hemos necesitado recurrir a un nuevo manejo del tiempo histórico para desmontar el esquematismo de la visión de la historia como una secuencia de etapas temporales que se presentan articuladas en una línea de desarrollo única, desde los inicios de la especie humana hasta el ascenso a la modernidad "occidental" como punto de llegada. Asumiendo este marco tradicional, cada historiador se había limitado, por fuerza, a un segmento concreto y puntual de la cadena temporal, sin preocuparse de si el marco general en que su investigación se encuadraba, y que en buena medida le daba sentido, estaba o no justificado.

Lo que llamábamos historia universal no era más que una selección de momentos cruciales de esta línea de evolución, unidos en una secuencia artificial. William McNeill nos dice que en la universidad de Oxford la enseñanza de la historia se limitaba a: "fragmentos aislados de la historia de Inglaterra desde la

época de los romanos, fragmentos aislados de la historia general europea y, ocasionalmente, algunas décadas seleccionadas de la historia de los Estados Unidos".[89] Esta construcción artificial se presentaba al estudiante como si fuese una visión global de la historia de la humanidad.

En contradicción con esta práctica han comenzado a surgir propuestas para trabajar con un manejo distinto del tiempo, como las de la "big history" de David Christian o de la "deep history", de Smail. David Christian pretende, en palabras del propio autor, mostrar cómo la historia humana está sujeta a la "interminable danza que bailan el caos y la complejidad",[90] en una postura no muy distante de la de Penelope Corfield, que sostiene que es necesario combinar las perspectivas temporales largas y las cortas,[91] Daniel Lord Smail, con su propuesta de "deep history", plantea un cambio de visión que acabe con los tópicos que hacen arrancar la historia de la llamada revolución neolítica y quiere integrar en ella el tiempo profundo a partir de los datos que nos proporcionan los arqueólogos y los antropólogos que trabajan desde una perspectiva biológica.[92]

Renunciando a una visión que ha servido para justificar como necesario e inevitable no sólo el imperialismo, sino las formas de desarrollo con distribución desigual o la subordinación de la mujer podremos construir interpretaciones más realistas, capaces de mostrarnos no sólo la evolución simultánea de líneas diferentes, sino el hecho de que en cada una de ellas, incluyendo la que acabaría siendo dominante, no había un avance continuado en una dirección, sino una sucesión de rupturas, de bifurcaciones en que pudieron escogerse diversos caminos

---

89 Del prólogo al libro de Christian que se cita a continuación, p. 12.

90 Christian, David, *Mapas del tiempo. Introducción a la "gran historia"*, Barcelona, Crítica, 2005, cita de p. 605.

91 Corfield, Penelope J., *Time and the shape of history*, New Haven, Yale University Press, 2007, pp. 249-252.

92 Smail, Daniel Lord, *On Deep History and the Brain*, Berkeley, University of California Press, 2008.

posibles y no siempre se escogió el que pudo haber sido el mejor en términos del bienestar colectivo del mayor número de seres humanos, sino el que convenía, o por lo menos el que parecía convenir en el corto plazo, a aquellos grupos que disponían de la capacidad de persuasión y de la fuerza represiva necesarias para decidir. Aprenderemos así a reconocer cada punto determinado de desarrollo como una encrucijada, lo cual ha de ayudarnos a entender que, igual que ocurría en el pasado, cada momento del presente no contiene tan sólo la semilla de un futuro predeterminado, sino el de toda una diversidad de futuros posibles. Christopher Hill ha dicho: "El acontecimiento, una vez se ha producido, parece inevitable; las alternativas se esfuman". Como escribió el poeta T.S. Eliot, en "Burnt Norton": "Lo que pudo haber sido es una abstracción/ que queda como una posibilidad perpetua,/ en un mundo tan sólo de especulación./ Lo que pudo haber sido y lo que ha sido/ apuntan a un final siempre presente./ Pasos resuenan en la memoria/ por el corredor que no tomamos/ hacia la puerta que nunca abrimos".[93]

Abandonar esta visión lineal nos ha llevado a formas nuevas de comprender acontecimientos que ocupan un lugar fundamental en la versión establecida de la historia, como, por poner un par de ejemplos, la revolución agrícola y la revolución industrial.

Rompiendo con el mito de aquella "revolución agrícola" que habría sido obra de unos propietarios ilustrados, enfrentados a un campesinado retrógrado, Robert Allen nos ha enseñado a distinguir dos revoluciones agrícolas inglesas distintas: la de los labradores y la de los terratenientes. La primera, de la que no habla habitualmente la historia académica, logró

---

93 "What might have been is an abstraction/Remaining a perpetual possibility/ Only in a world of speculation./What might have been and what has been/Point to one end, which is always present./Footfalls echo in the memory/Down the passage which we did not take/Towards the door we never opened...", T.S.Eliot, *Four quartets. Burnt Norton*, v. 6-13.

aumentar la producción y repartió sus beneficios entre toda la sociedad. La de los terratenientes, en cambio, basada en el cierre de los campos y la usurpación de las tierras comunales, empobreció a la mayoría y sólo benefició a los grandes propietarios.[94] Buena parte de la historia europea del siglo XIX está dominada por este mismo mito, que oculta lo que significó la apropiación en masa de las tierras comunales.

Todavía es más radical el cambio que ha experimentado nuestra visión de la llamada "revolución industrial", que era una pieza fundamental en el mito de la vía única del progreso económico, tal como quedó establecido en la versión de la industrialización que Walt Rostov elaboró como base teórica para la campaña de la "Alianza para el progreso" de Kennedy, en 1960, que sostenía que había un único camino para el crecimiento, con unas connotaciones sociales y políticas claras, como expuso en un libro, *Las etapas del crecimiento económico*, que llevaba un subtítulo tan significativo como "un manifiesto no comunista".[95]

Veinte años después, ya en los ochentas, todo el tinglado rostowiano del "take-off" y de las condiciones sociales y políticas del crecimiento se había ido al agua. En 1984 Williamson publicaba un artículo titulado, provocativamente, "¿Por qué fue tan lento el crecimiento británico durante la revolución industrial?", que sostenía que había habido una baja formación de capital como consecuencia de las grandes emisiones de deuda pública para financiar la guerra contra la Francia revolucionaria, que absorbieron la acumulación civil

---

94 Allen, Robert C., *Revolución en los campos. La reinterpretación de la revolución agrícola inglesa*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004.

95 W.W Rostow, *The stages of economic growth: a non-communist manifesto*, Cambridge, Cambridge University Press, 1960. La traducción castellana apareció en 1961, publicada en México por Fondo de Cultura Económica.

e inhibieron el crecimiento.[96] Paralelamente, Crafts y Harley revisaban las cifras y negaban que hubiese habido las tasas espectaculares de crecimiento que Rostow sostenía que se habían dado de 1780 a 1831.[97]

Maxine Berg desmitificó la importancia de la fábrica y la de las supuestas industrias de punta, el algodón y la siderurgia, en *La era de las manufacturas*, y Von Tunzelman la del papel desempeñado por la máquina de vapor.[98] ¿Cuál fue, pues, en realidad el papel de la fábrica? Stephen Marglin revisó su función para sostener que la fábrica no surgió por razones de eficacia tecnológica, sino para asegurar al patrón el control sobre la fuerza de trabajo y facilitarle la obtención de un excedente mayor. El modelo de control del trabajo que estableció se asemeja sobre todo al de la plantación esclavista, que parece ser el lugar donde se han producido los primeros desarrollos del "taylorismo", de la fragmentación del trabajo. La fábrica no sería un instrumento de progreso económico sino de

---

96 Williamson, Jeffrey G., "Why was British growth so slow during the industrial revolution?", en: *Journal of Economic History*, XLIV, nº 3 (sept.1984), pp. 687-712.

97 Crafts, N.F.R., "British economic growth, 1700-1831: a review of the evidence", en: *Economic History Review*, XXVI, nº 2 (mayo 1983), pp. 177-199, y *British economic growth during the industrial revolution*, Oxford, Clarendon Press, 1985; C. Knick Harley, "British industrialization before 1841: evidence of slower growth during the industrial revolution", en: *Journal of Economic History*, XLII, nº 2 (junio 1982), pp. 267-289. Desde 1992, sin embargo, las estimaciones de Crafts y Harley han provocado una controversia, en especial en *Economic History Review*, que es imposible sintetizar aquí. Las referencias esenciales, hasta 1994, se citan en N.F.R. Crafts and C.K.Harley: "Output growth and the British industrial revolution: a restatement of the Crafts-Harley view", en: *Economic History Review*, XLV (1992), nº 4, pp. 703-730 y David Greasley and Les Oxley, "Rehabilitation sustained: the industrial revolution as a macroeconomic epoch", en: *Economic History Review*, XLVII (1994), nº 4, pp. 760-768.

98 Berg, Maxine, *La era de las manufacturas*, Barcelona, Crítica, 1987; G.N. Von Tunzelman, *Steam power and British industrialization to 1860*, Oxford, Clarendon Press, 1978.

control social.[99] Otro paso en la revisión lo dio en 1994 Graeme Donald Snook en un libro colectivo que llevaba un título tan provocador como *¿Fue necesaria la revolución industrial?*, donde sostenía que lo de la revolución era un mito, porque el crecimiento británico se había iniciado hacía mil años y había que estudiarlo en el largo plazo.[100]

En esta visión a largo plazo cobraban una nueva importancia las perspectivas que abrió en 1972 un artículo innovador de Franklin Mendels, que renovó la visión de la industria "antes de la industrialización", planteando el modelo de lo que él denominó "protoindustrialización", que ha dado lugar a un replanteamiento muy amplio del tema, que adquiere aquí una dimensión espacial y temporal muy interesante, y ha acabado, de paso, con la vieja tipología que distinguía entre formas distintas –rural y urbana, gremial y doméstica– de la actividad industrial anterior a la industrialización y mostró su carácter complementario.[101]

Partiendo de esta revisión espacial, Sydney Pollard proponía en 1981 una interpretación "regional" del desarrollo,

---

99 "What do bosses do?". Cito a través de la traducción italiana "A che servono i padroni? Origini e funzioni della gerarchia nella produzione capitalistica", incluida en el volumen de David S.Landes, ed., *A che servono i padroni? Le alternative storiche dell'industrilizzazione*, Torino, Bollati Boringhieri, 1987, pp. 13-59.

100 Graeme Donald Snooks, ed. *Was the industrial revolution necessary?*, Londres, Routledge, 1994 (en especial el trabajo de Snooks "Great waves of economic change: the industrial revolution in historical perspective, 1000 to 2000", pp. 43-78). Snooks, pofesor del Institute of Advanced Studies de Australia y autor de ensayos teóricos interesantes como *Economics without time. A science blind to the forces of historical change*, Londres, Macmillan, 1993, acabó yendo más allá de lo razonable con *The laws of history*, Londres, Routledge, 1998.

101 F. Mendels, "Proto-industrialization: the first phase of the industrialization process", en: *Journal of Economic History*, XXXII (1972), nº 1, pp. 241-261. El primer estudio global en P. Kriedte, H. Medick y J. Schlumbohm, *Industrialización antes de la industrialización*, Barcelona, Crítica, 1986. La bibliografía posterior es demasiado extensa para resumirla. Una síntesis con un buen estado de la cuestión y orientaciones bibliográficas adecuadas, es la de Sheilagh C. Ogilvie and Markus Cerman, eds., *European proto-industrialization*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

que mostraba la relación que existía entre la aparición de un foco más potente de industria y la desindustrialización de las regiones vecinas. La industrialización no era un fenómeno global de avance de un país, sino que tenía unas dimensiones de especialización y regionalización; el fenómeno global había que entenderlo como una suma de avances y retrocesos, de crecimiento y de desindustrialización, que no podía interpretarse meramente a partir de las cifras "nacionales" de producción.[102]

De ahí que se tendiera a buscar sus orígenes en el mercado interior y en la llamada "revolución del consumo". Obsesionados por el mito de las exportaciones industriales habíamos pasado por alto hechos tan reveladores como el de que en las últimas décadas del siglo XVIII hubiesen sido más importantes en Inglaterra las inversiones en rutas de peaje (turnpike roads) y en canales, que las que se realizaban en la construcción de fábricas, lo cual hubiera sido inexplicable de no haber existido anteriormente una multiplicación de los tráficos y de los intercambios internos que los hiciese rentables.

La idea de una revolución previa del consumo la expuso en 1983 McKendrick, que sostenía que había sido el desarrollo del mercado interior británico el que habría creado las condiciones graduales que condujeron al crecimiento industrial, partiendo de actividades modestas, como la producción de clavos, cuchillos, candelabros o cerámica, que habrían ido penetrando en los hogares populares. Sin olvidar el gran motor de la moda, la imitación de los vestidos de las clases altas, que habría impulsado un elevado consumo de tejidos nuevos, como los estampados de algodón, que desempeñaban

[102] Pollard, Sidney, *Peaceful conquest* (1981) (traducción española: *La conquista pacífica. La industrialización de Europa, 1760-1970,* Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1991) y *Marginal Europe: the Contribution of Marginal Lands since the Middle Ages*, Oxford, Clarendon Press, 1997. Pat Hudson, "The regional perspective", en: Pat Hudson, ed., *Regions and Industries. A Perspective on the Industrial Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, pp. 5-38.

para el consumidor de bajo nivel de ingresos el papel que la seda de China para el consumo de lujo.[103]

En esta línea Jan De Vries proponía en 1994, y lo ha desarrollado en un libro aparecido este mismo año, el concepto de la "industrious revolution". De Vries parte del fenómeno de la revolución del consumo a escala europea, al que hay que integrar además la importancia que adquieren el café, el té y el azúcar en los hogares populares. Se trata, claramente, de un proceso anterior a la industrialización, que ha tenido lugar sin que los precios de estos bienes se hubiesen abaratado, y lo que es más importante, en una época en que no ha habido una mejora sustancial de los salarios, sino que de hecho parecen haber disminuido en Europa entre 1500 y 1800. Este contraste entre salarios estables y consumo en aumento sólo fue posible por una intensificación del trabajo destinado al mercado, que tendió además a incluir a la totalidad de la familia. El gran acicate de esta "revolución industriosa" no habría sido la necesidad –y menos aún aquella estupidez de la difusión de las virtudes de las clases altas que propone Clark– sino el deseo de consumir.[104]

---

103 McKendrick, Neill, Brewer, John and J.H.Plumb, *The Birth of a Consumer Society. The Commercialization of Eighteenth-centruy England*, Londres, Hutchinson, 1983; Lorna Weatherill, *Consumer Behaviour and Material Culture in Britain, 1660-1760*, Londres, Routledge, 1988; C. Shamas, *The Pre-industrial Consumer in England and America*, Oxford, Clarendon Press, 1990; M. Berg, ed., *Mercados y manufacturas en Europa*, Barcelona, Crítica, 1995; J. Brewer y R. Porter, eds., *Consumption and the World of Goods*, Londres, Routledge, 1993, etc. Una revisión de la bibliografía sobre el tema en Peter N. Stearns, "Stages of consumerism: recent work on the issues of periodization", en: *Journal of modern history*, 69 (marzo de 1997), pp. 102-117. Maxine Berg, "From imitation to invention: creating commodities in eightennth century Britain", en: *Economic History Review*, LV (2002), nº 1, pp. 1-30.

104 De Vries, J., "The industrial revolution and the industrious revolution", en: *Journal of economic history*, 54 (1994), pp. 249-270; Una vision crítica en Jan L. Van Zanden, "Wages and the standard of living in Europe, 1500-1800", en: *European Review of Economic History*, 3 (1999), nº 2, pp.175-197, que presenta un cuadro pesimista de la evolución de los niveles de vida en los siglos modernos. Los nuevos planteamientos de De Vries en *The Industrious Revolution. Consumer Behavior and the Household Economy, 1650 tot the Present*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008.

Hay más elementos que apuntan en esta misma dirección. Las observaciones antropométricas muestran entre 1500 y 1800 evoluciones negativas, algo que hay que asociar con empobrecimiento, tanto para Inglaterra, como para Holanda o para los Estados Unidos, lo cual coincide con las estimaciones igualmente negativas que se hacen en la actualidad de la evolución de los salarios reales, que han llevado a Van Zanden a concluir que de comienzos del siglo XVI a fines del XVIII hubo "una relación inversa entre desarrollo y nivel de vida", lo que obliga a pensar que "amplios sectores de la población de Europa no sacaron mucho provecho del progreso económico" que se estaba produciendo.[105]

Este cuadro puede prolongarse de algún modo hasta las primeras etapas de la revolución industrial. Hans-Joachim Voth ha mostrado que la industrialización implicó un aumento considerable en la carga de los trabajadores británicos, que hubieron de aportar muchas más horas a sus tareas, sacándolas de

---

105 Durante muchos años hemos usado las serie de salarios de Henry Phelps Brown y Sheila V.Hopkins, A *Perspective of Wages and Prices*, Londres, Methuen, 1981. Dos de las diversas revisiones: David Loschky, "New pespectives on seven centuries of real wages", en: *Journal of European Economic History*, 21 (1992), nº 1, pp. 169-182 y Jan L. Van Zanden, "Wages and the standard of living in Europe, 1500-1800" en *European Review of Economic History*, 2 (1999), pp. 175-197. Sobre los problemas de definición y medida de los niveles de vida y los salarios reales, P. Scholliers y Vera Zamagni en la introducción (pp. ix-xvii) del libro, editado por ellos, *Labour's Reward. Real Wages and Economic Change in 19th- and 20th-Century Europe*, Edward Elgar, 1995, o Donald Woodward en *Men at Work. Labourers and Building Craftsmen in the Towns of Northern England, 1450-1750*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 209-249 ("Towards an understanding of living standards"). Sobre el medio urbano, J.G.Williamson, *Coping with City Growth during the British Industrial Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990 y Simon Szreter y Graham Mooney, "Urbanization, mortality, and the standard of living debate: new estimates of the expectation of life at birth in nineteenth-century British isles', en: *Economic History Review*, LI (1998), 1, pp. 84-112. Una aportación fundamental para el caso español, referida al medio rural, es el volumen colectivo de José Miguel Martínez Carrión, ed. *El nivel de vida en la España rural, siglos XVIII-XX*, Alacant, Universidad, 2002.

sus días de fiesta y de descanso. La revolución industrial habría sido un ejemplo de lo que Paul Krugman ha llamado, refiriéndose al crecimiento de los nuevos países industriales asiáticos en la segunda mitad del siglo XX, un "crecimiento estalinista", basado en el aumento del esfuerzo humano.[106]

Con la importancia de la industrialización reducida a sus justas proporciones nos vemos obligados a abandonar la idea de que haya sido el crecimiento industrial el factor que ha determinado, a través de la conquista de los mercados exteriores, el ascenso del capitalismo británico. La revisión que han propuesto Cains y Hopkins acerca de lo que denominan el "gentlemantly capitalism" obliga a cambiar también esta perspectiva.[107]

La cuestión no sólo afecta a lo que podemos llamar el mito de la revolución industrial británica, sino que tiene un alcance más general. Sabel y Zeitlin mostraron en 1985 que había diversas vías de progreso industrial que no pasaban necesariamente por la fábrica. Estas ideas las completaron y desarrollaron en un libro de 1997 en que pretendían reemplazar el viejo relato que contraponía un antiguo régimen de control gremial y producción manual doméstica a una modernidad marcada por la libertad de mercado, la mecanización y la fábrica, y proponían un relato alternativo. En este la etapa final del Antiguo régimen se define como una de "modernidad de la tradición", que estaba haciendo posible la mecanización y el progreso tecnológico dentro del marco institucional vigente, que fue reemplazada, de mediados del siglo XIX hasta la Primera guerra mundial, por una etapa de "batalla de los sistemas", en que se dio la coexistencia de una industrialización de fábrica con

106 Voth, Hans-Joachim, *Time and Work in England, 1750-1830,* Oxford, Clarendon Press, 2000.

107 Cain, P.J. and Hopkins, A. G., "Gentlemanly capitalism and British expansion overseas", en: *Economic History Review,* XXXIX (1986), nº 4, pp. 501-525 y XL (1987), nº 1, pp. 1-16. Una reformulación más reciente en P.J. Cain and A.G. Hopkins, *British Imperialism, 1688-2000,* Londres, Longman, 2001.

empresas integradas verticalmente que utilizaban sus costosos equipamientos para producir objetos estandardizados, y otra de unidades menores, capaces de cooperar entre sí en un marco de instituciones y reglas que aseguraban su colaboración, orientada hacia una especialización flexible (como la seda de Lyon, los cuchillos de Solingen o los relojes suizos). La tercera etapa de este proceso, que iría de 1920 a 1970, sería la del triunfo de la producción de masa, pero la crisis de los años setenta, sostienen, ha abierto una nueva "batalla de los sistemas", como consecuencia del estancamiento de los centros clásicos de producción en masa, bloqueados por su tradicionalismo.

Este planteamiento tiene la virtud de reemplazar la vieja visión simplista que lo interpretaba todo en función del progreso tecnológico, por otra más abierta, en que los hombres tienen la opción de seguir caminos distintos y tomar decisiones, optando por uno u otro de los diversos "futuros posibles". Por lo general, nos dicen, la opción de la producción fabril estandardizada se toma cuando una economía es estable, mientras que cuando el entorno es "volátil" resulta mucho mejor organizar cada etapa de la producción como una empresa independiente, colaborando en un marco en que unos acuerdos institucionales adecuados garantizan la seguridad de los tratos, con el fin de realizar una producción flexible que hará posible sobrevivir a los cambios desfavorables del entorno.[108]

Déjenme hacerles una propuesta para aplicar esta forma abierta y no lineal de razonar a la historia de América latina entre el descubrimiento y la emancipación, para usar los dos términos que emplea el americanismo español, que convierte

---

[108] Sabel, Charles F. y Zeitling, Jonathan, "Historical alternatives to mass production: politics, markets and technology in nineteenth century industrialization", en: *Past and Present*, nº 108 (agosto 1985), pp. 133-176, y *World of Possibilities. Flexibility and Mass Production in Western Industrialization*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997. Clive Behagg, *Politics and Production in the Early Nineteenth Century*, Londres, Routledge, 1990 había mostrado ya la lógica de la coexistencia de grandes y pequeñas unidades de producción.

toda la historia anterior al "descubrimiento" en "prehistoria" y, al calificar la etapa posterior como colonial, la reduce a un apéndice de la de la metrópoli.

En lugar de utilizar la relación lineal metrópoli-colonia, como es habitual, les propongo que consideremos la historia de la América colonial, en una primera y elemental aproximación, como el resultado de la interacción de una serie de ámbitos engranados: las relaciones con el mundo exterior (con la metrópoli por la vía legal y con otros países por la del contrabando), el ámbito de los tráficos intercoloniales e intracoloniales del sector productivo criollo (minas, haciendas y obrajes) y la actuación, de más corto radio geográfico, pero posiblemente de mayor trascendencia, de la producción familiar y campesina.[109]

Podemos partir, por ejemplo, de la llamada decadencia española del siglo XVII, para la que disponemos de una colección inagotable de hipótesis explicativas que van de la mera atribución de la culpa a la mediocre calidad intelectual y humana de los gobernantes hasta la renovada propuesta climática que ha hecho recientemente Parker.[110]

Hipótesis que no nos afectan en este caso, puesto que no son válidas para las Indias, donde no ha habido decadencia, sino que parece claro que, por el contrario, la debilidad del aparato de gobierno de la monarquía se manifestó en un

---

109 Romano, Ruggiero, "Algunas consideraciones sobre los problemas del comercio de Hispanoamérica durante la época colonial", en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina "Dr. E. Ravignani"*, 3ª serie, 1 (1989), pp. 23-49.

110 Geoffrey Parker ha vuelto recientemente a interpretar la crisis del siglo XVII a escala mundial como la consecuencia de "un repentino episodio de 'enfriamiento global' que colocó a muchas zonas de un planeta superpoblado bajo una extrema presión", insistiendo en que no se trata de considerar tan sólo el clima, sino que la crisis surgió de una combinación de los factores naturales y los humanos, del empeoramiento de las condiciones climáticas actuando sobre un régimen demográfico tenso (Geoffrey Parker, "El desarrollo de la crisis" en G. Parker, ed., *La crisis de la monarquía de Felipe IV*, Barcelona, Crítica, 2006).

cierto grado de liberalización económica colonial.[111] Como lo muestra el contraste entre la brutal caída del tráfico de metales preciosos oficialmente registrados en Sevilla (a fines del siglo XVII había quedado reducido a un 10 por ciento de las cifras de su inicio), que sería en realidad fruto de la incapacidad del gobierno español para controlarlo y no de una disminución de la producción americana. Como parece demostrarlo el hecho de que entre estas mismas fechas de comienzo y fin del siglo XVII hayan aumentado de manera espectacular las exportaciones de Holanda e Inglaterra hacia los mercados asiáticos de unos metales preciosos que habían de ser en su mayor parte de origen americano, que pasaron de 3 millones de pesos al año hacia 1600 a más de 6 millones hacia 1700. Si el grifo americano se hubiese cerrado, como sugieren las cifras oficiales españolas, este aumento sería imposible y Europa se hubiera encontrado en 1700 falta de circulación monetaria y con sus tráficos intercontinentales colapsados, lo cual no sucedió.[112]

El paso siguiente ha de llevarnos a observar en esta orilla del Atlántico los efectos del nuevo proyecto colonial de los Borbones en el siglo XVIII. Visto desde la corte se trataba de una especie de reconquista de las colonias: del establecimiento de un "segundo imperio" que se iría construyendo con las llamadas "reformas borbónicas", cuyo objetivo principal era drenar un mayor excedente económico hacia la metrópoli

---

111 Algo que supo ver tempranamente John Lynch y que plantean J. J. Te Paske y H.S. Klein en "The seventeenth-century crisis in New Spain: myth or reality", en: *Past and Present*, 90 (1981), pp. 116-135.

112 Attman, Artur, *The Bullion Flow between Europe and the East, 1000-1750*, Göteborg, R. Soc. de Letras y Ciencias, 1981; Antonio Miguel Bernal, *La financiación de la carrera de Indias*, Sevilla, Fundación El Monte, 1993; M. Morineau, *Incroyables gazettes et fabuleux métaux*, Cambridge, Cambridge Universiry Press, 1985; J. Everaert, *De internationale en koloniale handel der Vlaamse firma's te Cadiz, 1670-1700*, Brujas, De Temple, 1973; Carlos Álvarez Nogal, "Las remesas americanas en la financiación de la real hacienda. La cuantificación del dinero de la corona, 1621-1675", en: *Revista de Historia Económica*, XVI (1998), nº 2, pp. 453-488, etc.

a través de reformas administrativas, pero sobre todo con el aumento y endurecimiento de los cobros fiscales y de los controles aduaneros.[113]

Sin olvidar los rendimientos que se obtenían de la venta de cargos. Algo que en la metrópoli se hacía de forma más o menos disimulada, pero que se convertía en un mercadeo descarado en el caso de los cargos destinados al gobierno y administración de las Indias, incluyendo los que implicaban responsabilidad en la administración de justicia, que se negociaban con toda publicidad. Se vendían cargos de gobernador, de presidente de la audiencia o de capitán general. Juan Andrés Uztáriz, por ejemplo, compró en 1704 los cargos de gobernador y capitán general de Chile por 360.000 reales.

Las investigaciones de Francisco Andújar[114] sobre los primeros años del reinado de Felipe V han sacado a la luz la amplitud de estas ventas, que eran tan numerosas que, cuando no quedaban más cargos disponibles, se vendían plazas de supernumerarios o de "futuras", esto es, se vendía el derecho de obtener la plaza cuando cesase el que la ocupaba, hasta el punto de vender incluso "terceras futuras". La corrupción implícita en el procedimiento resulta patente si advertimos que se pagaban por algunos cargos sumas enormes que no se hubieran podido compensar con los salarios oficialmente asignados a los mismos. Se vendían, además, con la facultad de cederlos a otras personas, lo que explica que alguien pudiera comprar de golpe una serie de plazas diferentes, sin que tuviera la intención de desempeñar ninguna de ellas, sino tan sólo de negociar su reventa.

---

113 Burkholder M. A. y Chandler, D. S., *De la impotencia a la autoridad. La corona española y las audiencias de América, 1687-1808*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984; J. Fontana y J.M. Delgado, "La política colonial española, 1700-1808", en: Enrique Tandeter y Jorge Hidalgo Lehuedé, eds., *Procesos americanos hacia la redefinición colonial. Historia general de América Latina, IV*, Madrid, Unesco/Trotta, 2002, pp. 17-31.

114 Andújar Castillo, Francisco, *Necesidad y venalidad. España e Indias, 1704-1711*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.

Hay, por ejemplo, un individuo que paga más de un millón de reales por diez corregimientos en Indias. Investigando este caso concreto Andújar ha encontrado, además, que ni siquiera llegó a pagar esta suma: se trataba de un joyero que había proporcionado a la familia real joyas para el casamiento de un infante y las cobraba de este modo, con corregimientos en Indias, ya que era la única forma en que se le podía pagar. Lo de hacer constar que se le vendía por un precio que en teoría hubiera debido revertir en la hacienda pública era tan sólo para disimular lo sucio del trato.

Incapaz de reformar su propio entorno peninsular y de mejorar allí los rendimientos de su hacienda, la corona española trasladó sus exigencias económicas a las Indias. Pero lo que sucedió en éstas no fue una mera inversión de los beneficios que las colonias habían obtenido del debilitamiento de la administración metropolitana en el siglo XVII. Para analizar esta nueva etapa hay que partir de las complejas relaciones que se establecían en la colonia en los tres ámbitos que antes he mencionado. Polarizando estas relaciones, en una primera aproximación, tenemos, por una parte, unos grupos dominantes, españoles o criollos, que no siempre y en todo estaban enfrentados, sino que colaboraban en muchas ocasiones en sus negocios y en la explotación del campesino y, por otra parte, los campesinos "indígenas" y un amplio grupo de "mestizos", denominaciones que son de naturaleza fundamentalmente económica y social –de "clase", si quieren ustedes.

Hemos dicho que el vacío dejado por el debilitamiento de la maquinaria administrativa metropolitana en el siglo XVII pudo beneficiar a los grupos locales dominantes y favorecer el desarrollo de las actividades económicas controladas por ellos, a la vez que permitía una cierta expansión de la producción campesina. Pero el proceso contrario de recuperación de la administración metropolitana en el siglo XVIII no podía volver las cosas a su estado anterior, porque procesos de evolución

como estos no son reversibles, sino que cada uno de los grupos afectados por ellos trata de adaptarse a los cambios que se han producido.[115] El resultado fue que las oligarquías locales procuraron mantener las formas de explotación y los niveles de bienestar que habían conseguido anteriormente, trasmitiendo el peso de las nuevas cargas hacia abajo, hacia la economía informal de los campesinos y de las capas populares urbanas, cosa que la administración toleraba en la medida en que ello no afectaba su preocupación esencial por acopiar recursos –y lo toleraba, entre otras razones, porque en las colonias funcionarios, hacendados y comerciantes estaban estrechamente asociados, hasta hacer difícil distinguir unos de otros[116]– con el resultado de que, entre todos, aumentaron gravemente la carga de los de abajo.

La primera consecuencia de este hecho fue la interrupción de una trayectoria económica en ascenso que a mediados del siglo XVIII parecía haber alcanzado un notable grado de articulación interior, basada en el desarrollo de los tráficos intracoloniales, asociados probablemente a una expansión de la producción textil, no sólo de los grandes obrajes sino también de los chorrillos, o sea de la pequeña producción artesana campesina. Con referencia a Huamanga se ha dicho que "el tejido de los chorrillos cumple entre los siglos XVI y XVIII un rol articulador (...) en el ámbito de la región: las mantas, frazadas, tocuyos asumen el papel de lanzadera entre centros urbanos y zonas rurales, entre obrajes y región, entre producción mercantil

---

115 Fontana, Josep, "Auge y decadencia de la economía del imperio español en los siglos XVII y XVIII: una propuesta interpretativa", en: *Revista Ecuatoriana de Historia Económica* (Quito), nº 3(1988), pp. 83-110; "El tocino y el caldo: una reflexión sobre el imperio español", en: Ruggiero Romano y Massimo Ganci, eds., *Governare il mondo. L'impero spagnolo dal XV al XIX secolo*, Palermo, Società Siciliana per la Storia Patria, 1991, pp. 463-472.

116 Moutoukias, Zacarías, *Contrabando y control colonial en el siglo XVII*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1988.

y no mercantil. Por trueque o venta, los tejidos circulan en un espacio realmente grande y sirven para acumular capitales".[117]

El proceso de aumento de la carga de los de abajo comenzó con las alcabalas, que se extendieron a productos locales que antes estaban exentos de pagarlas, y con la creación de una serie de aduanas interiores, y vino a agravarse con los excesos del reparto forzoso de mercancías importadas, que beneficiaba a los comerciantes y a los corregidores[118] e irritaba a los indígenas obligados a adquirirlas. Túpac Amaru se quejará de que "nos botan alfileres, agujas de Cambray, polvos azules, barajas, anteojos, estampitas y otras ridiculeces como éstas". Hacia 1770 el corregidor de Chichas pretendía vender a sus indios la *Ciropedia* de Jenofonte y las obras completas del padre Feijóo.

De 1754 a 1780 los repartos se triplicaron en el virreinato del Perú, de 1'2 millones de pesos a 3'6, una suma que equivalía al valor de cerca de quince millones de días de trabajo. En pocos lugares pudieron los campesinos hacer frente a la carga con la venta de sus frutos; los más habían de recurrir al trabajo asalariado y en muchos lugares perdían la

---

117 Andrien, Kenneth J., *The Kingdom of Quito, 1689-1830. The State and Regional Development*, New York, Cambridge University Press, 1995, pp. 149-162; Jaime Urrutia, *Huamanga. Región e historia, 1536-1770,* Ayacucho, Universidad Nacional de San Cristóbal de Humanaga, 1985, p. 159.

118 Golte, Jürgen, *Repartos y rebeliones. Túpac-Amaru y las contradicciones de la economía colonial*, Lima, Insituto de Estudios Peruanos, 1980; Javier Tord y Carlos Lazo, *Hacienda, comercio, fiscalidad y luchas sociales (Perú colonial)*, Lima, Biblioteca peruana de historia, economía y sociedad, 1981; Carlos Sempat Assadourian, *El sistema de la economía colonial: mercado interno, regiones y espacio económico*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1982; Enrique Tandeter, *Trabajo forzado y trabajo libre en el Potosí colonial tardío*, Buenos Aires, Cedes, 1980: *Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992 y "Población y economía en los Andes (siglo XVIII)", en: *Revista Andina*, 15 (1995), nº 1, pp. 7-42; Neus Escandell, *Producción y comercio de tejidos coloniales. Los obrajes y chorrillos del Cusco, 1570-1820*, Cusco, Centro Bartolomé de las Casas, 1997; Scarlett O'Phelan Godoy, "Las reformas fiscales borbónicas y su impacto en la sociedad colonial del Bajo y el Alto Perú", en: *Historia y cultura*, Lima, nº 16 (1983), pp. 113-128.

cosecha, el ganado y las semillas. No habrá de extrañar que la mayor parte de las rebeliones locales de que tenemos noticia tuviesen como uno de sus principales motivos las quejas contra los repartos.

Esta situación benefició, en un primer momento, a los propietarios de haciendas y obrajes, al destruir la producción familiar campesina que competía con sus productos y forzar a los indígenas a aceptar un trabajo asalariado a bajo precio en las haciendas, los obrajes y las minas; pero acabó perjudicándoles, cuando la ruina de la economía informal empobreció a las capas populares y contrajo la capacidad de compra del mercado interior.[119]

Fue así como se completó el cuadro de una crisis que iba más allá del empobrecimiento de los campesinos y abarcaba desde las haciendas del sur del Perú hasta la "élite tradicional obrajera-terrateniente" de Quito. Las divisiones y las dudas crecieron entonces en las capas intermedias –mestizos y criollos– de la sociedad colonial. Hasta que las grandes sublevaciones lo cambiaron todo.

Las revueltas habían comenzado en Quito con el "motín de los barrios" de 1765, motivado por una reforma de las alcabalas que iba a gravar el aguardiente. Aquí las capas populares de la capital, los propietarios de las haciendas cercanas y los monasterios que tenían censos sobre estas haciendas parece que andaban de acuerdo en su oposición a las reformas.

Pero las cosas cambiaron radicalmente con la gran revuelta peruana de 1780-1781, donde también se habían mezclado inicialmente campesinos con mestizos, con algunos clérigos y ciertos sectores urbanos, en manifestaciones de conflictividad social que alcanzaron una extensión y gravedad nunca conocidas desde el

---

119 Glave, Luis Miguel y Remy, María Isabel, *Estructura agraria y vida rural en una región andina: Ollantaytambo entre los siglos XVI-XIX*, Cusco, Centro Bartolomé de las Casas, 1983, p. 520, Martin Minchom, *The People of Quito, 1690-1810. Change and Unrest in the Underclass*, Boulder, Westview, 1994, pp. 101-115.

asentamiento definitivo de la conquista. Hasta que el tomar las revueltas unas direcciones que parecían amenazar los fundamentos mismos de la sociedad colonial, produjeron una grave alarma en los criollos y les llevaron a abandonar sus simpatías iniciales.[120]

Para comprender las reacciones de estos sectores de la sociedad colonial ante las revueltas no basta con precisar lo que fueron, sino que necesitamos entender lo que los "otros" pensaron que eran, o que podían llegar a ser, y está claro que los propietarios se alarmaron cuando vieron aparecer signos que hacían creer que las masas indígenas podían tratar de subvertir el orden establecido de la sociedad criolla en un aspecto tan fundamental como el de discutir la legitimidad de las apropiaciones de tierras efectuadas desde la conquista. E incluso ir más allá: los campesinos que asaltaron Oruro en 1781 se proponían "suprimir las pensiones a las que estaban sometidos y apropiarse, para el común, de haciendas, minas e ingenios, y arrasar con la villa y sus pobladores",[121] Lo cual permite explicar que los núcleos de criollos, e incluso de mestizos, que inicialmente habían simpatizado con las revueltas, porque se sentían también víctimas de las reformas borbónicas, acabaran dando pleno apoyo a la represión.

Un miedo semejante se dio en la Nueva Granada ante el movimiento de los comuneros[122] y, con nuevos matices y con un desfase de treinta años, en Nueva España. Toda la economía

---

120 O'Phelan Godoy, Scralett, *Rebellions and Revolts in Eightennth century Peru and Upper Peru*, Colonia, Böhlau, 1985; "Rebeliones andinas anticoloniales. Nueva Granada, Perú y Charcas entre el siglo XVIII y el XIX", en: *Anuario de estudios americanos*, XLIX (1993), pp. 395-440 y *La gran rebelión en los Andes: De Túpac Amaru a Túpac Catari*, Cusco, Centro Bartolomé de las Casas, 1995; Segundo E. Moreno Yáñez, *Sublevaciones indígenas en la audiencia de Quito, desde comienzos del siglo XVIII hasta finales de la colonia*, Quito, Universidad Católica, 1985/3.

121 Cajías, Fernando, "Los objetivos de la revolución indígena de 1781: el caso de Oruro", en: *Revista andina*, I (1983), nº 2, pp. 407-428 (cita de p. 424).

122 Phelan, John L., *El pueblo y el rey. La revolución comunera en Colombia, 1781*, Bogotá, Carlos Valencia, 1980.

mexicana, que estaba articulada en unos circuitos que enlazaban –a través del capital de los miembros del consulado de la ciudad de México– la circulación del comercio de mercancías importadas (de España y de Asia), la producción agrícola de las haciendas y la industrial de los obrajes y de la minería, se vio gravemente afectada por la política de los Borbones.

Aquí también, finalmente, la insurrección de Hidalgo acabó pareciendo tan amenazadora para el orden colonial criollo como la de Túpac Amaru en los Andes, ya que daba entrada a un componente de reivindicación de las tierras de las comunidades indígenas "usurpadas" por los propietarios españoles o criollos, lo que permitió a las autoridades metropolitanas presentar el movimiento como una explosión de odio racial del indígena contra el criollo de sangre europea.[123]

Una primera revisión superficial como ésta nos muestra la necesidad de enfocar la historia de la América colonial, como he dicho antes, a la luz de la observación de toda una serie de ámbitos engranados, que van desde el comercio con la metrópoli hasta las actividades de la producción familiar y campesina. Cada uno de estos ámbitos tiene su propio ritmo, pero depende de los demás e influye a su vez en ellos, a través de un juego de respuestas económicas, pero también sociales, y de la actuación política de los grupos de arriba, fijando las normas, y de la revuelta de los de abajo, cuando se pretende forzar unas nuevas reglas del juego demasiado gravosas.

Lo más perturbador del caso es que esta forma de plantear los problemas nos lleva a ver las historias nacionales de los países independizados como una continuación de la vieja historia colonial del hispanismo académico, encaminada

---

123 Tutino, John, *From Insurrection to Revolution in México: Social Bases of Agrarian Violence*, Princeton, Princeton University Press, 1986; Romeo R. Flores Caballero, *La contrarevolución en la independencia. Los españoles en la vida política, social y económica de México, 1804-1838*, México, El Colegio de México, 1973; Pedro Pérez Herrero, *Plata y libranzas*, México, El Colegio de México, 1988.

ahora a legitimar, a través de los nuevos estados, con su legado fundacional de libertadores y próceres, las sociedades actuales. Una visión que sigue dejando en la oscuridad, reducidos a perturbadores o a comparsas, las grandes masas de pobladores campesinos, para quienes la lucha era sobre todo, como siegue siéndolo en México, en Guatemala, en Colombia o en Brasil, una lucha por la tierra.

La historia oficial de las repúblicas suele eludir, por ejemplo, ocuparse de las dificultades que hubo para incorporar las masas campesinas indígenas a un proyecto nacional. La construcción de los estados-nación en territorios hasta entonces escasamente articulados, y con poblaciones diferenciadas étnica y culturalmente, no iba a resultar un problema sencillo, como lo demuestra que pueda decirse todavía hoy, desde Colombia, que "el proyecto de construir la nación sigue siendo todavía una realidad inconclusa, atravesada por toda clase de conflictos culturales".[124] Esta historia ha olvidado muchos elementos de las luchas del pasado latinoamericano, desde los "quilombos" de esclavos fugitivos hasta la creación de "repúblicas campesinas" en Colombia, tras el período llamado de "la violencia", de 1946 a 1965, en que los terratenientes recuperaron la tierra y el poder, a costa de que más de 200.000 seres humanos perdieran la vida. Y nos dificulta, con ello, comprender algunos de los problemas más graves que siguen vivos en el presente.

Como se ve, romper con las viejas narraciones lineales, donde todo el conflicto se reducía a la oposición binaria colo-

---

[124] Munera, Alfonso, *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano, 1717-1821*, Bogotá, Banco de la República, 1998, p. 223; José Carlos Chiaramonte, *Ciudades, provincias, estados: orígenes de la nación argentina, 1800-1846*, Buenos Aires, Ariel, 1997; Michael P. Costeloe, *Response to Revolution. Imperial Spain and the Spanish American Revolutions, 1810-1840*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986; José Jobson de Andrade Arruda, "Mercado nacional e mundial entre o estado e a naçâo: Brasil da colônia ao império", en: *Actas dos 3os. Cursos Internacionais de Cascais*, Cascais, Cámara Municipal de Cascais, 1997, III, pp. 195-206.

nizador-colonizado, acaba conduciéndonos a planteamientos peligrosamente subversivos.

Volvamos, si les parece, para acabar, al terreno de la globalización, un término que se usa de manera tan amplia como confusa, con una recepción ambivalente: "Los defensores del capitalismo y de la libertad de comercio –se ha dicho– ven la globalización como una fuerza positiva y progresiva que crea puestos de trabajo y eleva en última instancia los niveles de vida en el mundo entero. Los críticos la ven como un medio para expropiar los recursos de los países pobres, hundiéndolos en el endeudamiento, llevándoles a usar el trabajo mal pagado de los pobres y acelerando la degradación del medio ambiente".[125] Y es que ambos aspectos se dan conjuntamente.

Lo mejor es considerar eso que llamamos convencionalmente globalización como el momento actual de un proceso de convergencia, como una aceleración del ritmo evolutivo que puede resultar positiva cuando se refiere a algo que lo sea por su propia naturaleza, y negativa en caso contrario. Algo que nos afecta especialmente a los historiadores porque, como ha dicho Hopkins: "Sus protagonistas se dirigirán cada vez más a la historia para encontrar apoyo. A los historiadores nos toca la obligación de asegurarnos cuando menos de que la historia que se utilice se base en evidencia y no en datos extrapolados, y de esforzarnos en ver cómo podemos utilizar, en contrapartida, argumentos acerca del presente para mejorar nuestra comprensión del pasado".[126]

Sólo a la luz del conocimiento del presente se pueden explorar aquellas zonas del pasado que pueden ayudarnos en la tarea de enseñar a los hombres y mujeres de nuestro entorno, en estos tiempos de perspectivas tan sombrías, aquello que Walter

---

125 Hopkins, A. G., ed., *Globalization in World history*, Londres, Pimlico, 2002, cita de pp. 1-2.

126 Hopkins, A. G., *Globalization in world history*, p. 9.

Benjamín acertó a describir con tanta precisión: "a descubrir las fuerzas oscuras a que su vida ha sido esclavizada".[127]

Pienso que la historia que hemos de investigar, escribir y enseñar debe estar orientada a reflexionar acerca de los problemas fundamentales de nuestro tiempo. Como, por poner un ejemplo, a buscar las causas de los dos grandes fracasos del siglo XX: de la barbarie que lo ha caracterizado, con el fin de evitar que se reproduzca en el futuro (y, por lo que estamos viendo, en este nuevo siglo las cosas van por el mismo camino) y, sobre todo, de la naturaleza de los mecanismos que han dado lugar a que, pese al innegable enriquecimiento global que han aportado los avances de la ciencia y de la tecnología, haya aumentado la desigualdad, desmintiendo las promesas de los proyectos de desarrollo global que se formularon después de la segunda guerra mundial.

Unos mecanismos creadores de desigualdad que siguen actuando hoy, porque una globalización que se nos quiere presentar como progresiva, tiene como consecuencia que sus operaciones incontroladas estén produciendo una redistribución de la riqueza en tres sentidos: de los pobres a los ricos en el interior de cada país, de los países pobres a los países ricos a escala mundial y del futuro al presente en las expectativas de todos nosotros.

Porque el problema no es sólo que existan desigualdad y pobreza, sino que vivimos en un sistema que lleva a que una y otra crezcan. Crecen en el interior de los propios países desarrollados, como se puede ver por el hecho de que los porcentajes de pobreza aumenten año a año en Estados Unidos: según las últimas cifras del censo norteamericano un 12'5 por ciento de sus habitantes, esto es uno de cada ocho, vive por debajo del límite de la pobreza, en un país donde cerca de 46 millones de ciudadanos carecen de seguros médicos y en que el servicio social que supera más claramente a los de otros países avanzados es la

[127] Benjamin, Walter, *Dirección única*, Madrid, Alfaguara, 2005/4, p. 30.

cárcel, puesto que tiene en la actualidad 726 presos por cada 100.000 habitantes, o sea una proporción cinco veces mayor que la de Gran Bretaña y 8 veces mayor que la de Francia.[128]

Crece también la desigualdad de país a país: el Banco Mundial acaba de rectificar sus estimaciones de la pobreza en el mundo, reconociendo que la realidad es mucho peor de lo que inicialmente había calculado. Estima ahora que en 2005 había 1.400 millones de seres humanos que vivían con ingresos inferiores a 1'25 dólares al día y sostiene que no es previsible que esta cifra baje por debajo de los mil millones antes de 2015. Un 42 por ciento de los habitantes de la India y por lo menos un 50 por ciento de los del África subsahariana están por debajo de estos niveles de pobreza.[129]

¿Qué puede hacer el historiador ante estos problemas? Explicar sus orígenes y su evolución, con el fin de ayudar a formar una conciencia colectiva; enseñar desde la escuela a que cada uno mire a su alrededor, se entere del mundo en que vive, piense por sí mismo y escoja su propia respuesta a estas realidades. No estoy diciendo que sólo se deba enseñar la historia contemporánea más reciente, la que aparece en las noticias de la televisión, sino que nuestro estudio del pasado debe estar en lo posible orientado a arrojar luz sobre las cuestiones fundamentales que preocupan en estos momentos a la sociedad en que vivimos, ya sea buscando la viejas raíces de problemas actuales, ya mostrando posibilidades alternativas o poniendo de relieve el carácter contingente de mucho de lo que se nos suele presentar como fatalmente condicionado.

Tenemos una gran responsabilidad ante una sociedad a la que no sólo hemos de explicarle qué sucedió en el pasado, que en el fondo es la parte menos importante de nuestro trabajo,

---

128 Laszlo, Erwin, *The Chaos Point. The World at the Crossroads*, Charkittesville, Va, Hampton Road Publ, 2006, pp. xix-xxi; tomo las cifras del censo de *The Economist*, 3º de agosto de 2008.

129 "An even poorer world", editorial del *New York Times* del 2 de septiembre de 2008.

sino que hemos de enseñarle a no aceptar sin crítica nada de lo que se pretende legitimar a partir de este pasado, y a no dejarse manipular por quienes pretenden jugar con los sentimientos y los prejuicios colectivos para inducirles a no utilizar la razón.

En este tiempo supuestamente feliz en que se suponía que la evolución de las sociedades humanas había llegado a la perfección, resulta que ha vuelto a haber, como sucedió en 1968, una generación de jóvenes que no acepta de buen grado el mundo que van a heredar de nosotros y que se revuelven contra él. Lo malo es que estos nuevos rebeldes, como les sucedió a los de París en 1968, actúan movidos por un rechazo moral, y no tienen muy claro cómo se puede construir un sistema alternativo al que combaten. Necesitamos repensar el futuro entre todos para encontrar caminos hacia delante. Pero el futuro sólo se puede construir sobre la base de las experiencias humanas, esto es sobre el conocimiento del pasado, y aquí el papel de quienes trabajamos en el campo de la historia es indispensable. Aunque sólo sea para evitar que se siga intoxicando a la gente con una visión desesperanzadora que sostiene que todo intento de cambiar las reglas del juego social lleva necesariamente al desastre.

Quienes seguimos considerándonos de izquierda –lo que, para mí, significa fundamentalmente que creemos que hay muchas cosas que no están bien y que se pueden, y deben, mejorar– pensamos que el estudio de la historia debería servir para ayudarnos a refundar la utopía, porque, como se ha dicho, "en un tiempo de resignación política y de cansancio el espíritu utópico es más necesario que nunca".[130]

Una historia como la que reivindico no puede basarse en manuales que definan sus contenidos, porque estos los hemos de ir construyendo entre todos y habrá que renovarlos día a día desde la experiencia del trabajo y desde la necesidad de adaptarlos a una realidad cambiante. Debe ser una historia

[130] Jacoby, Russell, *The End of Utopia. Politics and Culture in an Age of Apathy*, New York, Basic Books, 1999, p. 181.

que no se haga desde el distanciamiento del archivo, sino en el interior de este mundo revuelto en que vivimos, como pedía mi amigo Moreno Fraginals, que quiso mantener estas ideas en su práctica de investigador y de docente, y consiguió con ello que lo excluyesen de la universidad cubana, porque los disidentes estorban en todas partes. Una historia que cumpla con la exigencia que formulaba Marc Bloch de convertirse en "la voz que clama en la plaza pública" y que nos ayude, como pedía el malogrado historiador peruano Flores Galindo, a recuperar la dimensión de la utopía, lo cual significa, como dijo un poeta de mi tierra, a recuperar la convicción de que "todo está por hacer y todo es posible". O, si lo quieren ustedes dicho en las palabras del viejo Tom Paine, que está en nuestras manos comenzar el mundo de nuevo. Esta es la clase de historia que necesitamos para el siglo XXI, la que puede conseguir que nuestro trabajo sea útil en términos sociales, aunque resulte políticamente incómodo.

Lo que necesitamos en el terreno de la metodología es todo aquello que, dentro del rigor de la racionalidad y de las exigencias básicas de la ciencia –en la primera carta que me escribió, mi maestro Pierre Vilar me advertía: "no es una ciencia fría lo que queremos, pero es una ciencia"–, nos sirva para responder a las necesidades sociales de nuestro tiempo y de nuestro entorno.

POR UNA NUEVA HISTORIA DE LA GUERRA FRÍA[131]

La historia de los años que van del fin de la Segunda guerra mundial hasta la caída del régimen soviético en 1989 suele presentársenos con la denominación global de "la guerra fría", que se define como el enfrentamiento a escala mundial entre los dos bloques capitaneados por los Estados Unidos y la Unión soviética respectivamente. Ha habido, por ello, dos versiones contrapuestas de esta historia, cada una de acuerdo con la óptica de uno de los bandos, pero como, finalmente, ganó el primero de ellos, es la de éste la que ha acabado dominando, que es la que la interpreta como una cruzada dirigida por los Estados Unidos contra un enemigo que aspiraba a conquistar el mundo para dominarlo.

Esto ha impreso un sesgo a la mayor parte de lo que se ha escrito y se escribe todavía acerca de la historia de estos años, y en buena medida de los posteriores, puesto que muchos problemas han seguido sin una clara solución de continuidad; por poner un solo ejemplo, la guerra de Corea no ha llegado nunca a su fin, ya que sólo se firmó un armisticio y no un tratado de paz, y subsisten aún de esta confrontación rasgos tan importantes como la partición del país en dos estados.

Este sesgo tiende a mostrarnos la guerra fría como un enfrentamiento entre los buenos y los malos, en los términos

[131] Conferencia dictada el 22 de octubre de 2008. Sala América, Biblioteca Nacional de Chile.

nítidos en que esto aparece por ejemplo en las películas del oeste norteamericano, que no en vano eran uno de los géneros preferidos por quienes organizaban y censuraban el cine de estos años. Las batallas de los buenos son siempre combates por la libertad. E incluso en aquellos casos en que los propios dirigentes de alguna de las diversas guerras que se desarrollaron en el período han acabado reconociendo su error, como hizo Robert McNamara, que fue secretario de Defensa norteamericano de 1961 a 1968, con los presidentes Kennedy y Johnson, respecto de la guerra de Vietnam, cuando admitió públicamente que había sido un tremendo error, todavía se puede ver cómo en 2006, un libro publicado por la Universidad de Cambridge sostiene que Vietnam del Sur era vital para los intereses de los Estados Unidos y que la política de defenderlo fue correcta.[132] Son muchos los que siguen pensando que no se pueden hacer concesiones al enemigo de ayer: un libro muy reciente sobre las intervenciones de los presidentes norteamericanos en América Latina sostiene, al referirse a la que tuvo como objetivo Chile: "Nixon tenía sobradas razones para aborrecer a Allende".[133]

No habrá de extrañar demasiado que esta vieja historia de buenos y malos, que nos sirve de muy poco para entender el mundo en que vivimos, haya perdido todo su interés. Hace unos meses Roger Cohen publicaba en el *New York Times* un artículo con el título de "La guerra fría como historia antigua", en que explicaba su sorpresa al encontrarse con un estudiante de 17 años en lo que antes fue el Berlín oriental que, cuando le preguntó qué pensaba sobre el comunismo contestó: "Me parece que eso es algo de lo que se habló en una lección de historia, pero ese día yo estaba enfermo". Cohen se escandalizaba de que estos muchachos ignora-

---

[132] Moyar, Mark, *Triumph Forsaken. The Vietnam War, 1954-1965*, New York, Cambridge University Press, 2006, p. xxii.

[133] Grow, Michael, *U.S. Presidents and Latin American Interventions. Pursuing Regime Change in the Cold War*, Lawrence, University Press of Kansas, 2008, p. 93.

sen la epopeya de los Kennedy y compañía que les devolvieron la libertad de que hoy gozan. Pero él, en cambio, no supo entender, cegado por su propio discurso de viejo estilo, lo que significaban las palabras que le dijo la profesora de esta misma escuela, Heike Krupa, una mujer de 45 años que había vivido en la Alemania oriental: "aquello por lo que luchábamos no era una Alemania unida, sino para construir un socialismo mejor, y, por ello, esto no es lo que deseaba, aunque he acabado acostumbrándome".[134]

Empieza a haber, pero son aún muy pocos, libros que explican otra historia de la guerra fría que puede interesarnos más y que, sobre todo, sirve para entender mejor la realidad del mundo actual.

Melvyn Leffler, por ejemplo, en *La guerra después de la guerra,*[135] se interroga acerca de la racionalidad de un conflicto que amenazó la supervivencia de la humanidad, y lo hace a la luz de los documentos publicados en estos últimos años, que demuestran que tanto los dirigentes de un bando como los del otro eran conscientes de que "aquella rivalidad global desviaba recursos de las prioridades domésticas y de que la carrera de armamentos tenía poco sentido".

Sabemos, por ejemplo, que en 1961 los Estados Unidos tenían una enorme superioridad de armamento sobre los soviéticos, tanto en lo referente al número de cabezas nucleares como al de medios de transportarlas: se calculaba que los norteamericanos disponían de 175 misiles intercontinentales, por sólo 72 los soviéticos y se suponía que bastaban 400 ICBM para matar a la mitad de la población de la Unión soviética. Pero los militares norteamericanos pedían que se construyesen 2.400 más (esto es, los suficientes como para matar tres veces a la población soviética, como si matar tres veces a alguien tuviera

---

134 Cohen, Roger, "The Cold war as ancient history", en: *New York Times*, 4 de febrero dd 2008.

135 Barcelona, Crítica, 2008; la edición original, *For he Soul of Mankind*, New York, Hill and Wang, 2007.

sentido). Robert McNamara, que era entonces secretario de Defensa, le dijo a Kennedy que estaba políticamente muerto si construía menos de mil, y éste lo aceptó, aunque sabía que esto no serviría más que para acelerar inútilmente la carrera de armamentos en que los dos bandos gastaron sumas que hubieran bastado para transformar sus respectivas sociedades, y hasta para acabar con la pobreza en el mundo.

Se daban cuenta además, añade Leffler, de que la Guerra fría les implicaba en guerras civiles y en conflictos regionales en Asia y en África que tenían escasa relación con los intereses vitales de sus propios países, y de que "crisis locales en lugares lejanos podían embarcarles en una escalada de medidas que podía descontrolarse y conducir a una confrontación nuclear".

"Los gobiernos –matiza–, están dirigidos por hombres y mujeres con ideas y con memorias históricas. Sus creencias y sus recuerdos influyen en su comprensión de lo que está sucediendo en el mundo, dan forma a sus percepciones de las amenazas y de las oportunidades, y les inspiran sueños acerca de lo que puede conseguirse (...). Por otra parte, estos hombres y mujeres no siempre pueden hacer lo que quisieran, porque están condicionados por grupos domésticos de intereses, por la opinión pública y por poderosas burocracias (...). Ningún líder, en ningún lugar del mundo, actúa en un vacío en que la política pueda hacerse sin tomar en cuenta las opiniones públicas, las burocracias y los grupos de intereses".

Este último punto, en concreto, permite entender mejor algunas de las actuaciones de los presidentes norteamericanos en América Latina, que estuvieron en ocasiones determinadas por la necesidad de satisfacer las demandas de unos sectores de la opinión pública de su país que tenían una concepción paranoica de la supuesta amenaza roja. En la Guayana Británica, por ejemplo, donde estaba claro que, cuando se produjese la independencia, el poder iba a caer en manos del People's Progressive Party de Cheddi Jagan, un izquierdista de retórica

marxista, Kennedy intervino para impedir su acceso al poder porque no podía permitirse algo que se pareciese a "una nueva Cuba" si quería ser reelegido en 1964 (Jagan no pudo llegar a la presidencia de su país hasta 1992, 28 años después).

Esta forma de enfocar el estudio de la Guerra fría significa una clara mejora sobre la tradicional. En lugar de partir de una interpretación previamente establecida, nos invita a acercarnos a los problemas para tratar de entenderlos, analizándolos con las perspectivas contrapuestas de cada uno de los actores. Pero hay más correcciones que conviene hacer. Si queremos considerar la guerra fría como un problema global, y no como un mero enfrentamiento entre dos potencias, hay que darle una nueva dimensión: la de los costes que asumieron, no sólo los dos contendientes principales, sino el conjunto del mundo, por aquella insensata aventura. Déjenme plantearlo de otro modo.

En 1945, al concluir la Segunda Guerra Mundial, los vencedores nos prometieron el inicio de una nueva época en que veríamos la extensión de la democracia al mundo entero, el fin del dominio colonial, una paz perpetua garantizada por esa especie de gobierno universal que iba a ser la Organización de Naciones Unidas y la desaparición de la pobreza en el mundo, gracias a las perspectivas que planteaban nuevos avances tecnológicos que parecían ofrecer oportunidades ilimitadas de crecimiento. La verdad es que todo esto era posible, y que se disponía de los recursos para realizarlo.

Sesenta y tantos años después, sin embargo, resulta evidente que nada de esto se ha cumplido, lo cual debería conducirnos a pensar que el principal interés que debe tener el estudio de lo sucedido en estos años ha de ser, precisamente, el de averiguar las causas que han llevado a que las promesas de 1945 no se hayan realizado, que es lo que más nos afecta e importa a todos. Lo cual nos ha de obligar a plantearnos el estudio de los acontecimientos de la guerra fría con una óptica muy distinta a la de la historiografía tradicional.

Para empezar, fue precisamente la dinámica de la guerra fría la que impidió que hubiera paz en el mundo. No se trata tan sólo de los conflictos en que intervino más o menos directamente una de las dos grandes potencias enfrentadas, como los de Corea, Vietnam o Afganistán, sino que la interferencia de éstas las llevó a apoyar a dictadores sangrientos y a financiar guerras civiles en Asia, África o América Latina. He citado el caso de la guerra de Corea, que no ha terminado oficialmente aún, pero hay más herencias de este pasado: en Afganistán se siguen desarrollando hoy unos combates que se iniciaron en realidad en 1980, cuando los Estados Unidos, Arabia Saudita y Pakistán se aliaron para dar apoyo a las milicias islamistas, y hay conflictos, como los de Somalia o del Congo, que prolongan en la actualidad viejas guerras civiles provocadas muchos años atrás por las interferencias de las grandes potencias.

Volvamos sin embargo al pasado y demos, si les parece, una rápida ojeada al precio que América Latina pagó por este conflicto global que le venía de fuera. Acabada la Segunda guerra mundial los Estados Unidos anunciaron a los países del sur, en el transcurso de la Novena Conferencia Interamericana, celebrada en Bogotá en 1948, que no iba a haber para ellos una ayuda parecida a la del Plan Marshall para Europa, uno de cuyos objetivos principales era impedir que los partidos comunistas de los países europeos accediesen al poder por la vía parlamentaria. Y es que en 1948, a diferencia de lo que ocurría en Europa, el comunismo "no era seriamente peligroso" en América Latina, según opinaba el departamento de Estado. Lo que explica que Dean Acheson, el hombre que controló la política exterior norteamericana durante buena parte de la presidencia de Truman, dijera en privado, refiriéndose a los países latinoamericanos: "puesto que de todos modos van a estar con nosotros, ¿para qué molestarnos en ayudarles?".

Para Acheson los problemas de América Latina se reducían a los que causaba la inferioridad de unos pueblos "de cultura hispano-india –o sin ninguna cultura". El diagnóstico no podía ser más simple. Les leo lo que escribió en sus memorias:

"Una población explosiva, una economía estancada, una sociedad arcaica, una política primitiva, una ignorancia masiva, analfabetismo y pobreza, todo esto había contribuido ampliamente a la creación de muchas crisis locales, que tienden a fundirse en una de ámbito continental".[136]

Lo malo fue que este menosprecio les llevó a desconfiar de cualquier proyecto de política reformista en unos momentos, de 1944 a 1946, en que estaban surgiendo en América latina una serie de movimientos democratizadores que hubieran podido contribuir a cambiar el panorama político de un continente en que los años de la gran depresión habían favorecido la aparición de gobiernos autoritarios. En este escenario lo que preocupaba sobre todo a los norteamericanos no eran todavía los comunistas, sino los políticos latinoamericanos nacionalistas, partidarios del proteccionismo y opuestos a las inversiones norteamericanas, lo cual explica que, desde su perspectiva, lo menos arriesgado fuesen las dictaduras estables, que podían tolerarse en nombre de la no interferencia en los asuntos internos de estos países.[137]

La primera amenaza "comunista" (por lo menos en la percepción norteamericana) que se combatió fue en 1954 la de Guatemala, donde no había tal comunismo, sino tan sólo un intento de realizar una reforma agraria, expropiando las tierras que no se cultivaban, por las que sus propietarios recibirían, como compensación, el valor por el que las declaraban para el pago de impuestos. Con la ayuda de bombarderos norteamericanos se derribó al gobierno que se había atrevido a tanto y se colocó en el poder al primero de una larga serie de dictadores.

De todos los crímenes de la guerra fría en el mundo entero, el de Guatemala, lo que Greg Grandin ha llamado "la

---

136 Acheson, Dean, *Present at the Creation. My Years in the State Department,* New York, Signet, 1970, p. 341; en las mil páginas de este volumen los problemas de América Latina ocupan menos de dos.

137 Torres del Río, César, *Diplomacia y guerra fría. América Latina, 1945-1948,* Bogotá, Fundación Nueva Época, 1992.

última masacre colonial", es uno de los peores. Porque el precio por defender las propiedades de una compañía bananera, que se arruinó al cabo de pocos años, fue iniciar una larga etapa de violencias que, de acuerdo con las investigaciones de una comisión de la verdad patrocinada por las Naciones Unidas, llegó a producir 161.500 asesinatos y 40.000 desaparecidos, con un total de 658 masacres documentadas y la evidencia de que de 1981 a 1983 el estado llevó a cabo una política deliberada de genocidio contra la población maya.[138]

Lo malo, además, es que una larga etapa de violencias como esta no se supera fácilmente. Hoy, al cabo de más de diez años de "paz", Guatemala sigue siendo escenario de muertes violentas, con un ejército que, impune por los crímenes cometidos en el pasado, continua matando, y unos terratenientes (un 1'5 por ciento de los propietarios poseen el 62'5 por ciento de la tierra) que se niegan a cualquier reforma. La policía echa de las fincas con violencia a los campesinos que se han instalado para cultivarlas e incendia sus casas y sus cosechas.

¿De verdad merecía la pena verter tanta sangre, y llegar en última instancia a la destrucción entera de un país, para evitar una reforma agraria como la de Arbenz?[139]

En el único caso de implantación de un régimen comunista en América Latina, el de Cuba, sabemos que fue-

---

138 Grandin, Greg, *The Last Colonial Massacre. Latin America in the Cold War*, Chicago, University of Chicago Press, 2004.

139 Eisenhower, Milton S., *Informe del Dr. Milton S. Eisenhower sobre las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina*, Ciudad Trujillo, Secretaría de estado del tesoro y del crédito público, 1954, p. 15; e Richard H. Immerman, *The CIA in Guatemala. The Foreign Policy of Intervention*, Austin, University of Texas, 1982; Nick Cullather, *Secret History. The CIA's Classified Account of its Operations in Guatemala, 1952-1954*, Stanford, Stanford University Press, 1999; Max Holland, "Private sources of U.S. foreign policy: William Pailey and the 1954 coup d'état in Guatemala", en: *Journal of Cold War Studies*, 7 (2005), nº 4, pp. 36-73; Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, *Guatemala: nunca más. Informe del Proyecto Interdiocesano Recuperación de la Memoria Histórica*, Versión abreviada, San Sebastián, Tercera Prensa, 1998.

ron Eisenhower, primero, y Kennedy, más tarde, forzados por la paranoia de los militares y de la derecha norteamericana, quienes echaron a Castro en brazos de Moscú. Cuatro meses después de la fracasada invasión norteamericana de Bahía de Cochinos Ernesto Che Guevara contactó en Uruguay con Richard Goodwin, un joven asesor de asuntos latinoamericanos de la Casa Blanca, ofreciendo el inicio de negociaciones, con el compromiso de no aliarse a Moscú y de reconsiderar su política de apoyo a la revolución en el continente americano. Temiendo que un acuerdo con Cuba podía verse como una victoria de Castro, y consciente de la resistencia que iba a encontrar entre los políticos y los militares norteamericanos, Kennedy no tomó en cuenta la oferta. Guevara acabó al verano siguiente en Moscú, donde los soviéticos iban a proponer a los cubanos que les permitiesen instalar en la isla los mísiles que habían de defenderles de la esperada invasión norteamericana.[140]

Hay otros muchos casos de proyectos reformistas combatidos a sangre y fuego, o de políticos arrojados violentamente del poder porque en Washington se les consideraba, por lo general sin razón suficiente, como demasiado avanzados. En la República dominicana, por ejemplo, se había echado del poder en 1963, con el apoyo de los empresarios y los militares locales, a Juan Bosch, a quien se tenía por demasiado izquierdista. Pero cuando dos años más tarde se produjo un movimiento para volverle a la presidencia, Johnson, alegando, sin ninguna razón, "que era inminente que se apoderasen de la república elementos dominados por los comunistas", intervino militarmente para evitarlo y abrió en 1966 el camino del poder a Joaquín Balaguer, que inició ocho años de persecuciones y de

[140] Sobre las conversaciones entre Guevara y Richard Goodwin, David Talbot, *Brothers. The Hidden History of the Kennedy Years*, New York, Free Press, 2007, pp. 55-64 (trad. española, *La conspiración*, Barcelona, Crítica, 2008). Al parecer, Kennedy volvió a intentar una negociación en los últimos meses de su vida, "Kennedy sought dialogue with Cuba", en: *National Security Archive*, 24 de noviembre de 2003.

terror, protagonizados por "la Banda", un grupo de desertores de los partidos de izquierda y de asesinos a sueldo, que fueron responsables de buena parte de las cuatro mil víctimas del terrorismo de estos años. A juicio de un historiador norteamericano actual, la intervención de los Estados Unidos en la República Dominicana partía de una estimación errónea de la realidad y fue tan sólo "un ataque trágicamente equivocado contra las fuerzas del cambio progresista en América Latina".[141]

Tras de estas decisiones de intervenir en la política de los países del sur había, generalmente, una gran ignorancia de sus realidades –recuerden ustedes que en 1982 Reagan, de regreso de un viaje por América central, les dijo a los periodistas norteamericanos: "He aprendido mucho. Os sorprendería, pero resulta que todo aquello son países distintos"– y un profundo desprecio por sus habitantes. Antes de intervenir en la República dominicana, un artículo de John N. Plank en *Foreign Affairs* justificaba la legitimidad de esta actuación con este despectivo juicio sobre el país: "La República Dominicana (...) ha tenido una triste carrera como estado independiente. Miserablemente pobre, política y socialmente primitiva, sin nada que la distinga en el terreno intelectual y cultural, ha sido un desecho arrastrado por las grandes mareas de los siglos diecinueve y veinte: un objeto y no un sujeto en la escena internacional".[142]

No era mucho mejor la opinión que Nixon tenía de los chilenos cuando en septiembre de 1970 un memorándum del jefe de la División del Hemisferio Occidental de la CIA comunicaba que "el presidente Nixon ha decidido que un régimen Allende en Chile no es aceptable para los Estados Unidos". La reciente publicación de las conversaciones telefónicas de Kissinger nos muestra al secretario de Estado, William Rogers, proponiendo que se busquen formas de entendimiento

---

141 Grow, *U.S. Presidents*, p. 92.

142 Plank, John N., "The Caribbean: intervention, when and how", en: *Foreign Affairs*, 44 (1965-1966), pp. 37-48.

con Allende, preocupado por el efecto que puede causar en el público el hecho de que Nixon haya decidido derribar un gobierno elegido democráticamente, frente a la actitud totalmente decidida del presidente, que pocos días después de haberse realizado el golpe se lamenta de que la prensa "liberal" no les comprenda y le dice a Kissinger: "En tiempos de Eisenhower hubiéramos sido considerados unos héroes".[143]

Tras el fracaso de la operación de 1961 contra la Cuba castrista, que demostró que era inviable repetir éxitos como el de Guatemala más allá del ámbito del Caribe, se optó por establecer alianzas permanentes con los militares de los países del sur, a los que se les proporcionaban armas y apoyo. Se organizaron cursos para latinoamericanos en las escuelas militares del norte y, sobre todo, en la "School of the Americas", en que se formaban jefes militares y de policía. De esta escuela salieron, entre otros, el general Galtieri, jefe de la junta argentina; Manuel Callejas, que dirigió los servicios de información de Guatemala; Roberto d'Aubuisson, jefe de las escuadras de la muerte de El Salvador, más de cien de los 246 oficiales colombianos denunciados en 1993 por crímenes de guerra o diecisiete de los veinte asesinos que en 1989 mataron a un grupo de jesuitas españoles en El Salvador.[144]

En los años sesenta se intentó, como alternativa, una política de apoyo a regímenes estables, basados en la alternancia pacífica de dos grandes partidos que representasen, más o menos verosímilmente, a la derecha tradicional y a una izquierda liberal, con el apoyo de los respectivos ejércitos para

---

143 Kissinger estuvo grabando en secreto sus conversaciones telefónicas desde 1969 hasta 1977; estas grabaciones eran destruidas después de haber sido transcritas por sus secretarios. Al dejar el cargo en 1977 se llevó 30.000 páginas de transcripciones, alegando que eran "papeles personales", pero han sido finalmente desclasificadas. Véase, sobre esto, la prepublicación de *National Security Archive* en su web: Electronic Briefing Book 255, 10 de septiembre de 2008.

144 Gill, Lesley, *The School of the Americas. Military Training and Political Violence in the Americas*, Durham, Duke University Press, 2004.

mantener a raya a unos disidentes que, alejados de este juego político restringido, y perseguidos con saña cuando intentaban protestar, tenían pocas salidas más que la revuelta. Con ello se evitaba el riesgo de que la continuidad de las dictaduras pudiera acabar desencadenando una protesta social incontrolable, pero, al propio tiempo, se cerraba el acceso a la vida política legal de los otros grupos y se alimentaba una cultura insurreccional. Esto se concretó en Colombia en el pacto de Sitges-Benidorm, acordado en julio de 1956 entre Laureano Gómez y Lleras Camargo, que hizo posible el régimen de Frente Nacional que durante dieciséis años aseguró la alternancia en el poder de los dos partidos, liberal y conservador, y en Venezuela en el Pacto de Punto Fijo, firmado en octubre de 1958.

Con la estabilidad alcanzada, ambos países se convirtieron en el tipo de sociedades latinoamericanas con las que los Estados Unidos aspiraban a colaborar, al igual que sucedía con Chile, el tercer país modelo del nuevo sistema de relaciones. El problema era que si con esta fórmula se conseguía una cierta tranquilidad política, los problemas sociales no se resolvían, sino que simplemente se aplazaban. Kennedy hizo en 1962 un discurso en Bogotá en que reconocía los errores cometidos por los Estados Unidos en el pasado y anunciaba su decisión de colaborar con el programa de Alianza para el progreso a mejorar el bienestar de estos países. Pero, a su vez, pedía a los empresarios y terratenientes locales que reconociesen también sus propios errores y asumieran sus responsabilidades, porque sin una política de reforma agraria y de reforma fiscal, las esperanzas de progreso podrían, dijo, "consumirse en unos pocos meses de violencia".

El diagnóstico era claro, pero la naturaleza misma de los regímenes políticos de Colombia y de Venezuela implicaba su incapacidad para desarrollar las políticas de reforma que hubieran sido necesarias para cambiar las cosas. Ambos países se beneficiaron de las ayudas norteamericanas, concebidas como

parte de un programa que exigía de sus receptores la solidaridad con los Estados Unidos contra cualquier manifestación subversiva en su territorio, y las aprovecharon sobre todo para el momento de una inversión industrial orientada a la sustitución de importaciones. Los tímidos intentos de reforma agraria, en cambio, no tuvieron resultados apreciables, porque el precio a pagar por los acuerdos políticos entre las oligarquías locales era el de dejar sin resolver los problemas de fondo, y en especial los que derivaban del desigual reparto de la propiedad agraria, fruto en muchos casos de la apropiación ilegítima de las tierras cultivadas tradicionalmente por los campesinos, y agravada por la forma en que los terratenientes, asociados al ejército y al poder político, explotaban el trabajo de éstos. Si los ingresos del petróleo permitieron aplazar el problema en Venezuela, en Colombia prosiguió una violencia en que cientos de miles de campesinos perdieron sus tierras, cuando no sus vidas. Algo que, lamentablemente, parece no haber concluido todavía en un país en que, por no citar más que uno de los signos del conflicto, los asesinatos de sindicalistas, más de 2.500 desde 1986, quedan generalmente impunes. De lo cual no suele decir nada la prensa internacional que se emociona, en cambio, por la suerte corrida por la señora Betancourt, quien, a diferencia de estos sindicalistas, o de las 350 víctimas de la masacre de Trujillo, sigue por lo menos viva.[145]

Cuando la inestabilidad se extendió a los grandes países del sur, donde había partidos de izquierda importantes –que,

[145] Palacios, Marco, *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia, 1875-1994*, Bogotá, Norma, 1995; Gonzalo Sánchez y Donny Meertens, *Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la violencia en Colombia*, Bogotá, El Áncora, 1992; Vladimir Carrillo y Tom Kucharz, *Colombia: terrorismo de estado. Testimonios de la guerra sucia contra los movimientos populares*, Barcelona, Icaria, 2006; Guido Piccoli, *El sistema del pájaro. Colombia, laboratorio de barbarie*, Tafalla, Txalaparta, 2004; César Torres del Río, *Grandes agresiones contra Colombia*, Bogotá, Martínez Roca, 1994, pp. 218-235; Michael Evans, "Trujillo desclasificado: documentando una tragedia que no cesa", en: *National Security Archive*, 6 de octubre de 2008.

como se demostró en Chile, podían incluso llegar al poder a través de su victoria en unas elecciones democráticas– y unos sindicatos fuertes, quedó claro que a estas amenazas sólo se les podría hacer frente con unas dictaduras militares que contasen con un amplio apoyo de los Estados Unidos, con el fin de que pudieran presentarse como alternativas de modernización.

El ciclo comenzó con los 21 años de regímenes militares en Brasil, de 1964 a 1985, siguió en Chile a partir de 1973 y en Argentina desde 1976. La pretensión de estas dictaduras no era ya la de asegurar un paréntesis de orden social, como en la mayoría de las del pasado, sino la de desarraigar por completo, a sangre y fuego, las raíces mismas del progresismo reformista. El general Ibérico Saint-Jean, gobernador de Buenos Aires, declaraba poco después del golpe: "Primero mataremos a los subversivos; después a sus colaboradores; después... a sus simpatizantes; después, ...a los que permanezcan indiferentes: y, finalmente, a los tímidos". Los muertos por el terror militar se calcula que fueron en Argentina entre 10.000 y 20.000, los exiliados, muchísimos más. Kissinger le dijo en dos ocasiones –en Santiago de Chile en junio de 1976 y en Nueva York en octubre del mismo año– al ministro de Exteriores de la Junta argentina, almirante César Augusto Guzzetti, que los Estados Unidos no les causarían "dificultades innecesarias" en esta tarea de limpieza, a lo que añadió el consejo que solía dar a los dictadores amigos que le anunciaban su propósito de realizar alguna salvajada: "cuanto más pronto se haga mejor".

Los militares argentinos suprimieron los sindicatos, confiaron la gestión de la economía a un neoliberal incompetente como Martínez de Hoz, y alimentaron la pasión nacionalista popular con la conquista en la propia Buenos Aires del campeonato del mundo de fútbol de 1978, "planeado –se ha dicho– como una vastísima operación política y militar". Pero la marcha de la economía no respondió a las perspectivas de mejora que se esperaban, pese a que los costes empresariales se

encontraron con el beneficio de unos salarios reales en descenso, como lo muestra el hecho de que la participación de los asalariados en el PIB bajase del 50 al 29 por ciento entre 1976 y 1981.

Comenzaba la etapa de la especulación financiera, con tipos de interés libres que alentaban las incursiones a corto plazo de capitales del exterior, que aprovechaban los altos tipos de interés para obtener beneficios rápidos y retirarse del país sin trabas, mientras un peso sobrevaluado y un mercado abierto a las importaciones exteriores arruinaban a la industria local, incapaz de competir, pese a la ventaja de los bajos salarios, lo que acabó llevando, a partir de 1980, a una oleada de quiebras de empresas y de bancos privados, y a una inflación galopante. Por esos mismos años se producía también la crisis del modelo neoliberal chileno y los militares brasileños, ante su incapacidad para resolver los problemas de la deuda y de la inflación, se retiraban a los cuarteles.[146]

Es difícil que podamos llegar a valorar los costes que para América Latina tuvieron los proyectos de mejora frustrados, las reformas agrarias boicoteadas o los disparates de las políticas económicas de sus dictadores. Aunque tampoco se trata de sostener que todo esto vino por completo de fuera, sin la colaboración de fuerzas internas que estaban igualmente empeñadas en evitar la transformación de estas sociedades. Pero pienso que urge que los historiadores latinoamericanos revisen lo sucedido en estas décadas a la luz de argumentos más

---

[146] Marchak, Patricia, *God's Assassins. State Terrorism in Argentina in the 1970s*, Montreal, McGill-Queen's University Press, 1999; Andrew Graham-Yooll, *Memoria del miedo*, Barcelona, Libros del Asteroide, 2006; Eduardo Anguita y Martín Caparrós: *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina, 1966-1973*, Buenos Aires, Norma, 1998/4, y *La voluntad, II. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina, 1973-1976*, Buenos Aires, Norma, 1998. María Seoane, *Argentina. El siglo del progreso y la oscuridad, 1900-2003*, Barcelona, Crítica, 2004; Comisión nacional sobre la desaparición de personas, *Nunca más*, Barcelona, Seix Barral/Eudeba, 1985; Eduardo Valera-Cid, ed., *Juicio de residencia a Martínez de Hoz*, Buenos Aires, El Cid, 1981

relevantes que las amenazas, reales o supuestas, del comunismo internacional.

El fallo más escandaloso de las promesas que se formularon en 1945 es el de la prometida eliminación de la pobreza. La divergencia entre los niveles de renta de los países desarrollados y los que, no sin cierto sarcasmo, se acostumbraba a definir como "en vías de desarrollo" no sólo es mayor hoy que en 1945, sino que sigue aumentando en la actualidad.

El pasado mes de agosto el Banco Mundial, revisando las cifras de 2005, reconoció que se había equivocado en su estimación de la pobreza en el mundo y que ésta era mayor de lo que había calculado. Según esta revisión hay en el mundo 1.400 millones de seres humanos que viven por debajo del nivel de la pobreza, esto es con unos ingresos diarios inferiores a 1'25 dólares. Entre éstos figura el 42 por ciento de la población de la India y el 50 por ciento de la de África al sur del Sahara. Para acabar de completar el panorama el propio Banco Mundial calcula que es poco probable que esta cifra baje de los 1.000 millones antes de 2015.[147]

En los últimos treinta años la crisis económica africana se ha transformado en una tragedia humanitaria. La esperanza de vida al nacer de los africanos es en la actualidad de 49 años y el 34 por ciento de la población está subalimentada; las tasas de mortalidad infantil son del orden de 107 por mil nacimientos vivos, comparadas con 32 por mil para América Latina.

Para acabar de enfrentarnos a la realidad, nos encontramos ahora con el problema de la escasez y encarecimiento de los productos alimentarios fundamentales. En 2007 todavía, un libro con pretensiones de ofrecernos una visión a largo plazo

147 "An even poorer world", editorial del *New York Times* del 2 de septiemrbe de 2008.

de la historia,[148] cerraba su capítulo final de prospectiva con un optimista gráfico sobre la evolución del coste de los alimentos entre 1957 y 2000 que venía a ilustrar la afirmación de que la alimentación costaba en el año 2000 menos de una tercera parte que en 1957, gracias a los avances de las técnicas agrarias y de la irrigación. Sólo un año después de la publicación de esta alegre afirmación nos encontramos con un futuro incierto y amenazador.

Explicar el papel de la guerra fría en el empobrecimiento global exige, sin embargo, un análisis mucho más complejo que el que hemos utilizado hasta aquí. En el caso de África, por ejemplo, no basta ya con tomar en cuenta los factores políticos que han perturbado la vida de los nuevos estados africanos, aunque sean de tanta importancia como el asesinato de Lumumba por orden de Eisenhower (y el apoyo dado posteriormente a un personaje tan corrompido como Mobutu), el asesinato de Sylvanus Olympio en Togo, la interferencia de soviéticos y norteamericanos en la guerra civil de Angola y tantos otros de la misma naturaleza. Para explicar unas actuaciones que han desangrado a estos países y los han empobrecido, hay razones mucho más importantes que el posicionamiento en el terreno de la política internacional de los políticos africanos.

Razones, por una parte, que tienen que ver con la continuidad de los intereses de las metrópolis, que siguieron explotando sus negocios coloniales después de la independencia, para lo cual se preocuparon de poner en el poder a títeres que podían comprar a bajo precio, como hizo Francia en casi todas sus antiguas colonias, o Gran Bretaña en Kenia. Más tarde se iba a agregar a ello la lucha por controlar el petróleo, el uranio o el coltan que producen estos países.

Este ha sido un juego muy complejo en que con mucha frecuencia las interferencias de las viejas metrópolis

---

148 Stokes Brown, Cynthia, *Big History. From the Big Bang to the Present*, New York, The New Press, 2007, pp. 230-231.

han tenido que ver sobre todo con los intereses de sus grandes empresas. Las intervenciones militares de Francia en apoyo de Paul Biya en Camerún o del general Sassou-Ngesso en el Congo-Brazzaville pretendían simplemente proteger los intereses de la petrolera Elf-Total. Sassou-Ngesso, por ejemplo, que se contentaba con percibir de la petrolera francesa un 17 por ciento del valor del petróleo, se enfrentó en una guerra civil a un contrincante que pretendía pactar un canon del 33 por ciento con una petrolera norteamericana. ¿Cómo extrañarse de que Francia diese pleno apoyo al candidato del 17 por ciento en esta guerra civil, de modo que éste sigue hoy en el poder, en un país rico en petróleo pero que vive en plena pobreza? Casos como estos nos muestran que la pobreza no sólo es una consecuencia colateral de la guerra fría, sino que en muchos casos es su objetivo: el apoyo dado por las grandes potencias a los Mobutu, Franco o Pinochet, con el pretexto de defender a su países de la amenaza de la subversión roja, tenía en realidad como objetivo el mantenimiento de un sistema económico internacional que crea desigualdad y pobreza.

Lo cual nos invita a explorar desde esta perspectiva la propia génesis de la guerra fría. Al acabar la segunda guerra mundial los gobernantes norteamericanos estaban preocupados por los efectos que podía acarrear para los Estados Unidos el fin de las hostilidades y aspiraban a recomponer un mundo de libre comercio que hiciese posible reactivar unos intercambios internacionales en que, con su aparato productivo intacto, tendrían un papel predominante. Como había dicho Cordell Hull, "Si las mercancías no pueden cruzar las fronteras, lo harán los soldados". De ahí su inquietud al ver que los soviéticos se negaban a integrarse en los organismos de Bretton Woods, con el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional como reguladores del sistema financiero. James Forrestal, tal vez el principal artífice de la guerra fría, fue quien con más claridad expresó la relación entre comercio y guerra, en un texto no

destinado al público: "Mientras produzcamos más que el resto del mundo, podamos controlar el mar y golpear tierra adentro con la bomba atómica, podemos asumir ciertos riesgos, que de otro modo serían inaceptables, en un esfuerzo por restaurar el comercio mundial, restablecer el equilibrio del poder –poder militar– y eliminar algunas de las causas que engendran la guerra".[149]

De modo semejante opinaba Eisenhower, que en una carta escrita en mayo de 1952 afirmaba que "la preponderancia en los recursos mundiales no debe pasar a manos de los soviéticos". Los Estados Unidos debían poder acceder a las áreas del mundo que producían materias primas vitales y asegurarse de que los gobiernos que dominaban en ellas eran "favorables a nuestro estilo de vida" y creían en la libre empresa y el libre comercio.[150]

Nunca se ha expresado con mayor claridad la lógica interna de la guerra fría, con su mezcla de objetivos políticos y económicos. Que es la que explica también su persistencia. Porque en teoría el conflicto acabó en 1989 con el desmoronamiento de la Unión soviética, que liquidaba al enemigo públicamente proclamado –al "imperio del mal", como lo había definido Reagan– pero es evidente que la confrontación siguió, como lo demuestra que la OTAN, surgida de las necesidades de la guerra fría, no sólo no se desmantelase, sino que incluso haya seguido extendiéndose. ¿Contra qué nuevo enemigo? El equipo neocon que, en los últimos años de la presidencia de Clinton, preparaba el nuevo proyecto imperial norteamericano de Bush junior, partía de la negativa a aceptar que la guerra fría hubiese terminado y se proponía luchar por una hegemonía norteamericana que tenía el fin de promover la democracia y

---

149 Beisner, Robert L., *Dean Acheson. A Life in the Cold War*, New York, Oxford University Press, 2006, p. 70.

150 Leffler, Melvyn P., *La guerra después de la guerra. Estados Unidos, la Unión soviética y la Guerra fría*, Barcelona, Crítica, 2008, p. 192.

la libertad de los mercados. Uno de los objetivos de las acciones militares norteamericanas debía ser, según un documento publicado el año 2000, *Rebuilding America's Defenses: Strategy, Forces and Resources for a New Century*, evitar la aparición de nuevas potencias competidoras.

La llamada guerra contra el terror no ha sido realmente una guerra contra el terrorismo –Irak no tenía nada que ver con al-Qaeda y su invasión se había proyectado antes de los ataques del 11 de septiembre de 2001–, pero tampoco es, como piensan mayoritariamente los habitantes de los países musulmanes, una guerra por el petróleo, sino que sigue siendo, como lo ha sido la guerra fría desde 1945, una guerra por la defensa de un sistema económico global y de la hegemonía política que le es necesaria a este sistema para seguir creciendo.

Una guerra que no parece que vaya a acabarse por ahora. El mes pasado se publicó la noticia de que los Estados Unidos han decidido vender o transferir en este año fiscal armas a otros países por un valor global de 32.000 millones de dólares, cuando esta cifra había sido tan sólo de 12.000 millones en 2005. Este aumento, hasta cerca del triple, de las ventas de armas a Oriente próximo, África del norte, Asia, América Latina, Europa e incluso al Canadá no parece precisamente un augurio de paz.[151]

Y si algo puede decirse con certeza del sistema por cuya supervivencia se combate es que entre sus características figura en lugar destacado su capacidad de seguir engendrando desigualdad y, con ella, pobreza. No es la globalización la que genera estas consecuencias, sino la forma en que esta se organiza.

Las subvenciones a los productos agrícolas de la Europa comunitaria y de los Estados Unidos, no sólo cierran sus mercados a los productos agrícolas de otros países, sino que los desplazan del comercio mundial. Los precios del algo-

[151] Lipton, Eric, "U.S. arms sales climbing rapidly", en: *New York Times*, 14 de septiembre de 2008.

dón cayeron en todo el mundo porque los mercados se veían invadidos por la producción norteamericana que, subsidiada por el gobierno, desplazaba a los productores de otros países. El propio *Wall Street Journal* ha llamado la atención sobre las complejas consecuencias de este hecho: "los expulsados de la producción de algodón en el África occidental, donde el Islam es la religión dominante, afluyen en masa a las ciudades de Europa. Los que se quedan en su país ven cada vez más cómo llegan a sus mezquitas y a sus escuelas coránicas religiosos originarios del Pakistán y del Oriente próximo".[152] He ahí, pues, que en la génesis del terrorismo no cuenta tan sólo al-Qaeda.

La realidad, como señala Hubert Reeves, es que "la miseria, y sobre todo la disparidad de las riquezas representan, junto al calentamiento planetario, las mayores amenazas para el porvenir de la humanidad". "En cada minuto, en alguna parte del planeta, (...) quince personas mueren de hambre. (...) Uno de cada tres seres humanos vive por debajo del umbral de pobreza".[153] Claro está que esto se escribía antes del gran desquiciamiento que se inició en Wall Street en agosto de 2007, de modo que faltaba en el cuadro una tercera amenaza para la humanidad.

Entender la relación que existe entre la guerra fría, la desigualdad y la pobreza, nos obliga a mirar con más atención un pasado que contiene muchas de las claves del inquietante presente en que vivimos. Revisar la historia de estos sesenta y tantos años no puede limitarse al problema de las oportunidades perdidas. Las razones de la mayor parte de los acontecimientos de este relato se explican por causas políticas complejas: hay muchas guerras internas en este conflicto global, que es necesario desentrañar para entender plenamente su significado.

---

152 Citado en Hubert Reeves et Frédéric Lenoir, *Mal de terre*, París, Seuil, 2003, p. 200.

153 Reeves et Lenoir, *Mal de terre*, "Le spectre de la misère planétaire", pp. 187-202.

Lo que estoy proponiendo es un tipo de historia que, aunque plenamente consciente de las consecuencias sociales de lo que estudiamos, debe ser fundamentalmente política, en la medida en que debe cumplir con la exigencia que señalaban aquellos versos de Brecht que planteaban la necesidad de que allí donde se echa la culpa al destino, se deben denunciar los nombres de los responsables. No basta con proclamar que otro mundo mejor es posible, limitándonos a un rechazo moral de éste. Lo que debe hacerse es crear la conciencia colectiva necesaria para que entre todos nos pongamos a cambiar lo mucho que necesita mudarse.

En 1940, tras la derrota de Francia por los alemanes, Marc Bloch reflexionaba acerca de la responsabilidad que los historiadores habían tenido en aquel desastre y se decía: callamos lo que sabíamos y que debimos haber dicho porque temimos la confrontación con la multitud, los sarcasmos de nuestros amigos, el menosprecio y la incomprensión de nuestros maestros. "No nos atrevimos a ser, en la plaza pública, la voz que grita, tal vez al comienzo en el desierto, pero que al menos, sea cual sea su suerte final, siempre tendrá la justificación de haber gritado su verdad. Preferimos, en cambio, encerrarnos en la timorata quietud de nuestros lugares de trabajo. ¡Ojalá nuestros sucesores puedan perdonarnos la sangre que llevamos en las manos!".[154] El lugar del historiador está, como decía Bloch, en la plaza pública, para ayudar, con sus conocimientos, a formar una conciencia colectiva.

Tal vez sea verdad que la hora de las grandes revoluciones ha pasado, entre otras razones porque el orden establecido que deberían combatir ha aprendido la suficiente historia –de la que tiene un auténtico valor crítico, no de la que él mismo propone que se enseñe en las escuelas– como para prevenir que lleguen a producirse. Pero en la medida es que es incapaz de gestionar satisfactoriamente nuestras sociedades, como lo revela

[154] Bloch, Marc, *La extraña derrota*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 163-164.

el desquiciamiento en que hoy vive la economía mundial, son muchos los flancos débiles por los que se le puede combatir. El nuevo mundo irá naciendo poco a poco en el terreno que entre todos vayamos desbrozando, que vayamos limpiando de la maleza de los errores interesados y los tópicos irracionales.

La tarea será larga, pero merece la pena.

Barcelona, Agosto-septiembre de 2008.

¿PARA QUÉ SIRVE LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA?[155]

¿Para qué sirve la enseñanza de la historia? Para contestar a esta pregunta conviene que reflexionemos por unos momentos acerca de la naturaleza y de la función de la memoria, que es el territorio en que se desenvuelve el trabajo del historiador. La memoria personal es el componente fundamental de nuestra identidad como individuos, aquello que nos hace ser nosotros mismos y no otros. Lo mismo sucede, en otra escala, con esa memoria colectiva que es, o que pretende llegar a ser, la historia, cuya función es expresar la identidad de un grupo. Lo decía un historiador norteamericano recientemente desaparecido, Arthur Schlessinger jr.: "La historia es a la nación como la memoria al individuo. Del mismo modo que una persona privada de memoria vaga desorientada y perdida, sin saber de dónde viene o hacia dónde va, una nación a la que se niega una concepción de su pasado será impotente para enfrentarse a su presente y a su futuro".

Sólo que el problema es aquí más complejo que en el caso de la memoria personal, porque esta memoria social debería reflejar una pluralidad de experiencias, debería ser capaz de escuchar y armonizar las diversas voces de quienes integran

[155] Conferencia dictada el 24 de octubre de 2008 en el contexto de la VIII Jornada de Encuentro y Debate de la Escuela de Educación de la Universidad de Viña del Mar. Salón Zócalo del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, Valparaíso.

este grupo. Y ocurre que, por lo general, la definición de esta identidad suele caer en el dominio de lo que llamamos el uso público de la historia, eso que un historiador italiano ha descrito como "todo lo que no entra directamente en la historia profesional, pero constituye la memoria pública (...); todo lo que crea el discurso histórico difuso, la visión de la historia, consciente o inconsciente, que es propia de todos los ciudadanos. Algo en que los historiadores desempeñan un papel, pero que es gestionado substancialmente por otros protagonistas políticos y por los medios de comunicación de masas".[156]

La historiografía académica parece tener como objeto central el de legitimar retrospectivamente las construcciones estatales del presente y la estructura del poder social de nuestro tiempo, o sea, el orden establecido. Escoge para ello como objetos dignos de estudio, como "hechos históricos", los que se refieren a la vida del estado y elige como protagonistas a sus dirigentes. Una historia de la que, por tanto, están ausentes los más, los que no son ni gobernantes ni personajes sociales destacados. La alternativa sería construir un tipo de historia que permita escuchar, a la vez, las diversas voces que hay en la sociedad y no sólo las de los dirigentes; que recoja las de unos grupos subalternos que hasta ahora han quedado al margen del relato central, como sucede en el caso de las mujeres.

Pero no es esto lo que se espera de quienes enseñan historia. Más bien al contrario. Los gobiernos han sido siempre conscientes de la importancia de controlar el uso público de la historia. En un pasado más lejano, nombrando cronistas oficiales (Luis XIV de Francia tenía en nómina hasta diecinueve historiadores) o controlando la forma en que se recordaban los acontecimientos: Napoleón se encargaba de fijar todos los detalles de los cuadros que reproducían sus victorias.

---

[156] Santomassimo, Gianpasquale,"Guerra e legitimazione storica", en: *Passato e presente*, (Florencia) nº 54 (settembre-dicembre 2001), pp. 5-23 (citas de pp. 8-9)

Esta preocupación aumentó considerablemente, y tomó un nuevo sentido, a partir del siglo XIX, con la formación de los estados-nación modernos. Los gobiernos decidieron vigilar estrechamente los contenidos que se transmitían en la enseñanza, porque eso de la historia, como dijeron en su momento tanto la señora Thatcher como Nikita Jrushchov, que al menos en esto coincidían, era demasiado importante como para dejarlo sin vigilancia en manos de quienes se dedican a la enseñanza. La historia que los gobiernos imponían debía cumplir la doble función de legitimar cada estado-nación, construyendo una visión que solía pasar por alto las crisis y las disidencias que se hubiesen producido en su evolución, y de asentar, a la vez, la aceptación de los valores establecidos, transmitiendo una determinada concepción del orden social.

Esto es lo que garantiza la presencia de la historia en la enseñanza. Cuando en los años ochenta del siglo pasado hubo tentaciones de reemplazarla por otras disciplinas sociales o por métodos que se encaminaban a desarrollar habilidades, tanto el gobierno socialista francés como el conservador británico rectificaron inmediatamente, ante el riesgo de perder el más eficaz instrumento de enseñanza del patriotismo. Una preocupación que llevó a Christopher Hill a decir que cuando los políticos "empiezan a hablar de inculcar patriotismo en la enseñanza escolar de la historia hemos de felicitarnos por su interés, pero preocuparnos por sus intenciones".

En Francia se ha llegado al extremo de que se publiquen leyes que fijan los contenidos acerca de una serie de cuestiones históricas, con lo que convierten en delictivo apartarse de la ortodoxia establecida: en 1990 fue la ley sobre el holocausto, en 2001 otras dos sobre el genocidio armenio y sobre la trata negrera y en 2005 una acerca de que se reconozca un papel positivo a la colonización francesa. Todo lo cual culminó con la

propuesta de Sarkozy de crear un ministerio que tuviera entre sus objetivos la "identidad nacional".[157]

En otros casos no hace falta siquiera la actuación del estado, sino que los mismos efectos se consiguen con la presión social. James W. Loewen explica en *Las mentiras que me contó mi maestro* cómo los libros de texto norteamericanos actuales manipulan lo que se refiere a la guerra de Vietnam, y nos dice que los profesores temen meterse en controversias en estas cuestiones por miedo a ser despedidos. Son allí los propios padres los que ejercen la vigilancia intelectual sobre la escuela: los que exigen que no se enseñe a sus hijos el evolucionismo, en el terreno de la ciencia, y quienes cuidan de que en lo referente a la historia se apliquen criterios de "puro americanismo", de "mi país, con razón o sin ella".[158]

¿Por qué este miedo a lo que pueda aprenderse en la escuela acerca de temas como la guerra de Vietnam? No es tanto porque se puedan difundir contenidos antipatrióticos, lo cual no es previsible, como por el riesgo de que se deje a los alumnos que piensen por su cuenta. Si lo hicieran, podrían descubrir que esta guerra, que acabó en 1975, la ganaron los malos, y que entonces se pudo ver que no ocurría ninguno de los desastres con los que se había justificado la propia contienda: no hubo la temida operación dominó –ningún otro país "cayó" bajo un régimen comunista, como se había profetizado–, y no sólo no se produjo un retroceso de la civilización, sino que el nuevo Vietnam unificado ha avanzado desde entonces por un camino de prosperidad. La reflexión lógica a que los alumnos podrían llegar sería la de que aquella guerra, que les costó a los norteamericanos 58.000 muertos y 300.000 heridos (y una pérdidas inmensamente mayores a los vietnamitas) y que tuvo para los Estados Unidos un coste directo de 140.000 millones de dólares, con lo que, según dice la *Guía para el estudio de la*

[157] Rémond, René, *Quand l'état se mêle de l'histoire*, París, Stock, 2006.

[158] Loewen, James W., *Lies my teacher told me*, New York, Touchstone, 1996.

guerra de Vietnam de la Universidad de Columbia,[159] "absorbió recursos que se necesitaban para los servicios sociales", había sido un error estúpido de los dirigentes de su país, engendrado por la ignorancia y por el miedo. Está claro que no se puede tolerar que los alumnos que estudian historia descubran, pensando por su cuenta, estas cosas; de otro modo no se les podría engañar de nuevo para llevarlos a Irak o a Afganistán.

Con esto, sin embargo, estamos pasando ya del terreno de la memoria como signo de identidad al de otra de sus funciones, más importante todavía, si cabe. Un gran neurobiólogo, el premio Nobel de Medicina Gerald Edelman, nos dice que una de las funciones esenciales de la memoria individual es la de permitirnos hacer una especie de reordenación constructiva de nuestros recuerdos cada vez que nos enfrentamos a una experiencia nueva. Esta reelaboración no es una simple reproducción de una secuencia anterior de acontecimientos, sino una estrategia para evaluar las situaciones nuevas a que hemos de enfrentarnos, construyendo con los elementos que conservamos en la memoria, fruto de nuestras experiencias anteriores, un escenario al cual puedan integrarse los datos nuevos que se nos presentan, para elaborar lo que Edelman llama "presentes recordados". Esta interacción de nuestra memoria y de las percepciones que recibimos del exterior es precisamente lo que da nacimiento a la conciencia.[160]

Lo mismo debería poder decirse de esta memoria colectiva que es, o que aspira a ser, la historia. El valor fundamental

---

159 Anderson, David L., *The Columbia guide to the Vietnam war*, New York, Columbia University Press, 2002, p. 78.

160 Edelman, Gerald M. y Tononi, Giulio, *El universo de la conciencia. Cómo la materia se convierte en imaginación*, Barcelona, Crítica, 2002 y Gerald M. Edelman, *Wider than the sky. A revolutionary view of consciousness*, Londres, Penguin, 2005. De modo semejante, Gilles Fauconnier y Mark Turner en *The way we think. Conceptual bending and the mind's hidden complexities*, Nueva York, Basic Books, 2002, señalan la importancia de "la construcción de lo irreal", mediante el uso de escenarios contrafactuales.

de la memoria colectiva, como de la individual, debería ser el de proporcionarnos una herramienta de análisis de la realidad que nos rodea con el fin de ayudarnos a construir "presentes recordados" con los que podamos enfrentarnos a los problemas nuevos que se nos presentan. Se trata de aquello que mi maestro Pierre Vilar llamaba "pensar históricamente", que no quería decir mantenerse permanentemente aferrados al pasado, sino, por el contrario, usar lo aprendido en él para tratar de comprender mejor el mundo en que vivimos.

Entendida así la historia, nuestra función al enseñarla a nuestros alumnos no debe ser la de inculcarles unas verdades determinadas sobre el pasado, sino la de alimentar sus mentes, no sólo con elementos de conocimiento histórico para que puedan operar con ellos, sino también, y yo diría sobre todo, con un sentido crítico que les lleve a entender que son ellos quienes deben utilizar este aprendizaje para juzgar, con la experiencia adquirida, con los "presentes recordados" que elaboren, el paisaje social que les rodea, sin aceptar que se les diga que es el producto de una evolución lógica, natural e inevitable.

Nuestros alumnos podrán aprender de este modo a asimilar las noticias que les llegan cada día a través de los medios de comunicación con un espíritu crítico, en lugar de aceptarlas sin discusión, porque con mucha frecuencia lo que parece un relato objetivo de acontecimientos viene envuelto en todo un ensamblaje de tópicos y prejuicios interesados. Una enseñanza adecuada de la historia debe servir, ante todo, para que aprendan a mirar con otros ojos su entorno social; para que aprendan a "pensar históricamente", puesto que todos los datos sociales que puedan ser objeto de reflexión, incluyendo los que contiene el periódico de hoy, son ya pasado y, por ello mismo, objeto potencial de análisis histórico.

Raphael Samuel escribió, celebrando el pleno retorno de la historia a la escuela: "Como una disciplina intelectual la historia requiere un grado de distanciamiento: la habilidad de establecer

contrastes y hacer conexiones, de descubrir un principio de orden en medio de un caos aparente, de explicar, o tratar de explicar, los porqués y las razones de hechos aparentemente misteriosos, de pensar lo impensable. Como una forma de investigación es un viaje a lo desconocido. Como una materia de enseñanza, se supone que ensancha la mente, que desafía las suposiciones admitidas en la vida cotidiana al mostrarnos la contingencia de mucho de lo que consideramos natural y permanente, la modernidad de mucho de lo que equivocadamente suponemos tradicional, y la antigüedad de mucho de lo que pasa por nuevo".[161]

Hace muy poco recibí un mensaje de un antiguo alumno mío, que había estudiado historia en la Universidad en que trabajaba a fines de los años setenta. Me contaba que su vida le había llevado lejos del terreno de la investigación o de la enseñanza de la historia, pero añadía: "Nunca me he arrepentido de haber estudiado historia, porque lo que aprendí entonces me ha permitido ver las cosas con más claridad en estos años turbios. Muchas veces, mientras hacía sindicalismo o participaba en movimientos sociales, he recordado lo que había aprendido en la facultad y he comprobado hasta qué punto me resultaba útil".

Este ha sido uno de los momentos en que me he sentido más orgulloso de mi oficio; mucho más que cuando he recibido premios o distinciones públicos por mi trabajo como investigador. Pienso que lo más importante que he realizado en mi vida profesional ha sido enseñar a algunos de los que pasaron por mis clases a orientarse en medio de la sociedad en que viven y a pensar por su cuenta.

Para realizar este trabajo de estimular las conciencias el profesor de historia tiene dos privilegios. El primero, que es el único que se ocupa globalmente de todas las dimensiones del ser humano, desde sus necesidades vitales y sus trabajos, hasta sus aspiraciones y sus sueños. El segundo, que la historia es la

[161] Samuel, Raphael, "The return of history", en: *London Review of Books*, 14 de junio de 1990, pp. 9-12.

única disciplina de cuantas se dan en las educaciones primaria y secundaria –esto es, en la educación que va a recibir un mayor número de ciudadanos– que tiene la capacidad de crear una conciencia crítica respecto del entorno social en que vivimos, lo cual puede convertirla en una herramienta eficaz de educación cívica. Recuerdo aquella afirmación de Voltaire de que, una vez que los hombres han aprendido a pensar por su cuenta, no se les puede ya seguir tratando como a bueyes: una de las misiones esenciales de la enseñanza de la historia es precisamente la de abrir los ojos de los seres humanos para que no se les pueda manipular como a bueyes. Algo que, por desgracia, sigue ocurriendo con frecuencia.

No se trata, quiero insistir en ello, de fijar e inculcar un nuevo canon contra el de las verdades históricas establecidas, sino de enseñar una historia entendida sobre todo como método, como instrumento de comprensión de nuestro entorno, y por ello mismo, en perpetua transformación. El historiador no es el guardián de un repertorio de datos sobre el pasado establecidos para siempre, sino alguien que se ocupa en una investigación abierta y dinámica de este pasado. Como escribía Arthur Schlesinger jr., a quien he citado antes, en un artículo al que dio el título de "Historia y estupidez nacional", para aludir a la forma en que los norteamericanos estaban repitiendo en Irak los errores de Vietnam: "Las concepciones del pasado están muy lejos de ser estables, puesto que se revisan constantemente de acuerdo con las urgencias del presente. La historia no es nunca un libro cerrado o un veredicto final. Está siempre en construcción (...). Cuando aparecen nuevas urgencias en nuestro tiempo y en nuestra vida, el historiador vuelve su foco, examinando las sombras, sacando a primer plano cosas que siempre estuvieron allí, pero que los historiadores anteriores habían dejado al margen de la memoria colectiva. Nuevas voces surgen de la oscuridad histórica y piden nuestra atención".

El papel de quienes enseñamos historia en la tarea de ayudar a que los alumnos desarrollen una conciencia crítica es mucho más importante de lo que habitualmente pensamos. Lo

entendió en los días finales de su vida, cuando luchaba en la resistencia contra los nazis, Marc Bloch, que en momentos de tantas dificultades, que acabaron con su asesinato a manos de la GESTAPO, reivindicaba la capacidad del historiador para ayudar a cambiar las cosas. Una conciencia colectiva, escribió, está formada por "una multitud de conciencias individuales que se influyen incesantemente entre sí". Por ello, "formarse una idea clara de las necesidades sociales y esforzarse en difundirla significa introducir un grano de levadura en la mentalidad común; darse una oportunidad de modificarla un poco y, como consecuencia de ello, inclinar de algún modo el curso de los acontecimientos, que están regidos, en última instancia, por la psicología de los hombres".[162]

Pienso en una enseñanza de la historia que aspire no tanto a acumular conocimientos como a enseñar a pensar, a dudar, a conseguir que nuestros alumnos no acepten los hechos que contienen los libros de historia como si fuesen datos que hay que memorizar, certezas como las que se enseñan en el estudio de las matemáticas, sino como opiniones e interpretaciones que se pueden y se deben analizar y discutir. Para que se acostumbren a mantener una actitud parecida ante las supuestas certezas que querrán venderles día a día unos medios de comunicación domesticados y controlados. Como dijo Bloch, lo que hay que hacer es introducir un grano de levadura en la mentalidad del estudiante. Esta es la gran tarea que pienso que podemos hacer los que enseñamos historia.

Valparaíso, Octubre de 2008.

---

[162] Bloch, Marc, *La extraña derrota*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 164-165.

Índice

Introducción 11

La historiografía vuelta sobre sí
(Conversación con Pablo Aravena) 23

Clase 1
La crisis de la historia social 47

Clase 2
Reconstrucción 71

Clase 3
Tiempo de progreso, historia universal.
Reconsideraciones 93

Conferencia 1
Por una nueva historia de la guerra fría 121

Conferencia 2
¿Para qué sirve la enseñanza de la historia? 145